

DARIO DELGADO RAMÍREZ

Anabell

UN PORTAL A LAS ESTRELLAS



Darío J Delgado Ramírez “Darius”

Artista Plástico, Escritor y poeta venezolano.

Denominado “El poeta de Maracaibo”, con dos libros publicados y más de 350 poemas en las redes sociales. Su tema favorito es su terruño Maracaibo, y cuenta con más de 100 videos y fotografías de la ciudad en diferentes performances y declamaciones, tanto en variadas instituciones del Estado Zulia como en las plazas más conocidas, desde donde sus seguidores le identifican como El Poeta de Maracaibo. Con su personaje de sombrero y flux, se hace acompañar del maestro José Luis Ferrer (violinista), siendo “Darius” además, compositor de gaitas. Sus obras han sido expuestas en múltiples ocasiones en museos y galerías del estado de Zulia. Ha participado en exposiciones colectivas en más de 30 ocasiones. Fundador de Carlos Sánchez Gallery, Presidente y creador del Consorcio Universal de la Ciencia y las Bellas Artes-CUCBA. Actualmente, en vías de publicar una novela de corte romántico y un poemario también de su autoría.

ANABELL

Un portal a las estrellas

Dario J. Delgado Ramírez

Dario J. Delgado Ramírez
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2022.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798360502159

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Ilustración de la portada:
Roberto Rodríguez. “Anabell”

Corrección:
Alirio Hernández

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

*Agradezco a Dios primero, por permitirme
otro logro en mi carrera artística y literaria.*

*A mi madre, Maria Esperanza Ramirez, a mis hijos,
Ninoska María Delgado y Girby J. Delgado,
a mis familiares por apoyar siempre mis proyectos de vida.*

*A mis amigos, por alentarme y permanecer de la mano
conmigo, especialmente a Hortencia Aguilar Herrera, a
Roberto Rodríguez y a Edgar Acevedo Chícharo,
de Mexico.*

*De Venezuela, a Maria A. Delgado, Gladys Paredes,
Jesús Ángel Semprun, Luis Durán, América López,
Francisco Urbina, José Luis Ferrer y Luis Perozo Cervantes.*

*De España, a Freya Párraga, Juanita Amador
y María Rosa Rosim.*

*A Eliza Mácia de Italia,
y a Beatriz Tomatis, de Argentina.*

*Y un agradecimiento especial al prologuista
Juan Elmer Caicedo Niquén, de Perú.*

DEDICATORIA

*Esta obra la dedico especialmente a mi Madre,
Maria E. Ramirez,
a mis hijos, Ninoska María Delgado y Girby J. Delgado;
a mis hermanos y demás familiares.*

*A Ana Yizol Pineda, Merly Delgado
y Rosa Elena Contreras*

*A mis amigos, especialmente. A los profesores,
Juan Elmer Caicedo Niquén, de Perú,
y al maestro de Artes plásticas,
Roberto Rodríguez Contiño, de México*

*y a todos los Poetas, Pintores, Músicos,
Coordinadores y Directivos de CUCBA.*

PRÓLOGO

“Ese canto juglar, es un encanto.
Hame gustado desde su principio, y
es prodigioso que entre tanto canto,
no exista ningún ripio”

Pedro Muñoz Seca

Así es ANABELL, una fantástica historia que en carruaje de cielo nos entrega Darío Delgado (Darius), conocido pintor, poeta y escritor venezolano que lanza suspiros en la belleza de sus cuadros plásticos, y ha puesto en mis manos sus emociones celestes para la valoración de esta obra que al leerla, desde el primer capítulo capturó mi atención por ser ágil, amena e interesante, de principio a fin.

Anabell es una novela escrita en esta época moderna con carácter mágico - ficcional (aparentemente), pero con vivencias que se mueven entre el pasado y el presente; es decir, el tiempo es un dado al azar existente solo en la conciencia de los personajes.

Si bien es cierto que el tema central es el idilio entre Darius y Anabell, también es importante penetrar en el pensamiento del autor para determinar que uno de sus objetivos principales, es darnos a conocer que desde que apareció la humanidad el hombre ha estado acompañado por otros seres no terrícolas; en la

obra dos fuerzas poderosas: El bien y el mal.

El bien representado por maestros de luz, ángeles, semi-dioses y guerreros extraterrestres entre los que destacan el rey Ónix y Vidrania, padres de Darius que gobiernan en el séptimo cielo, y las fuerzas del mal representadas por seres reptilianos, donde sobresale la figura de Alan Husman (Gato blanco) y el tenebroso Malekí.

La lucha entre el bien y el mal va a recorrer los diferentes capítulos de la obra, que en total son 35, y que no desean que el amor desembarque en la plenitud del matrimonio entre los jóvenes enamorados: Darius y Anabell. Esta última, requerida para ser sacrificada a cambio de volver a la vida al tenebroso Malekí. Anabell era hija (en la Tierra) de Roberto Rossi y Graciela Ledmam, prósperos empresarios del siglo XVIII.

Indiscutiblemente, la novela nos adentra por senderos inimaginables al transponer portales (especie de espejos), que se convierten en medio de transporte con tecnología cuya rapidez es superior a la velocidad de la luz, capaces de trasladarlos en cuestión de segundos a las diversas dimensiones espaciales o cielos existentes.

Creo que “Anabell” ha sido preconcebida con bujías y propulsores de alta gama, y que la borrasca de los años no podrá destruir, pues ha nacido para perennizarse en el tiempo con su grata fuente multicolor de bellas descripciones.

El lector de a pie, el ciudadano común y corriente, el

académico o ilustrado, tendrá en esta obra una puerta abierta a lo inconmensurable, a lo mágico y fantástico, a rutas de espacios estelares, a dimensiones proféticas que seguramente otras generaciones lograrán alcanzar, si es que estamos de acuerdo con el autor.

Estoy seguro que esta obra tendrá vigencia histórica porque su enfoque va más allá de los límites de la mente humana, donde se rompen los lazos de la cotidianidad para desgarrarnos una realidad que se grita a voces, pero que los humanos nos resistimos a creer: Los reptilianos, (agentes del mal) y los seres de luz, (celadores del bien), están en la Tierra y se camuflan en la piel de los humanos.

¿Será posible que seres de otras galaxias convivan con nosotros? ¡Puede que sí! Y si no, preguntémosnos: ¿Cómo se construyeron las gigantescas líneas de Nazca en Perú, solo descifrables desde el aire? ¿Y... Machu Picchu? ¿Y las Pirámides de Egipto? La tecnología de aquellos años era tremendamente rudimentaria para lograr tan grandes proezas, pero ahí están, de pie, retando la inteligencia humana para dar respuesta a cómo fueron edificadas.

En fin, en el penúltimo capítulo de este emocionante libro, se cristaliza – en el planeta Zafiro – la tan anhelada boda entre Darius y Anabell. Después de la esplendorosa fiesta, los recién casados vuelven a Tierra, y tienen dos hijos: Orín y Mira, que por seguridad, iban a ser trasladados al séptimo cielo.

La novela termina con el rapto de Orín, quien fue atra-

pado por dos seres indescriptibles, conocidos como trogolitos, quienes lo llevaron a la galaxia perdida en una nave de fuego, dejándonos un sabor a... ¡*continuará!*

Juan Elmer Caicedo Niquén
Perú

Muchos pensarán que esta historia debió llamarse “Gato Blanco” y no Anabell, pero a medida que se vaya desarrollando cada suceso narrativo aquí expuesto, podrán entender el propósito real de esta denominación.

Alan Husman, “Gato Blanco”, fue un elegante caballero perteneciente a una orden secreta de reptilianos, hijo de un legendario hechicero. Solía vestirse de traje, zapatos y sombrero blancos. Era comerciante, dueño de una flota de naves mercantes, lo que le permitía ocultar su verdadera dedicación: ser un sacerdote de la legendaria secta de seguidores del malévolo Malekí. Husman era un hombre misterioso, pero solo dejaba saber eso a través de un pasatiempo: se hacía ver como coleccionista compulsivo de extrañas antigüedades.

En cambio, Anabell parecía haber nacido para el bien, porque la recibió en este mundo una bahía de arenas blancas y las aguas de un lago que bien mirado, semejaba ser de cristal. Por las noches, ese lago encantador era alumbrado por constantes relámpagos azules que intensificaban su belleza.

Anabell era hija de unos ricos empresarios – Roberto Rossi y Graciela Ledman – quienes vivieron en un hermoso palacete con un jardín encantador. Corrían los días del año 1700 cuando nació Anabell. Por esa misma época, aún había piratas en el Mar Caribe.

Les adelantaré solo estos detalles: las sirenas y las serpientes gigantes, podrían ser consideradas simples leyendas por algunos, pero las naves nodrizas de los extraterrestres serán algo más que ficción cuando sal-

ga a la luz la historia de Anabell y “Gato Blanco”; porque esta, mucho más que una semblanza de amor, es un encuentro entre lo terrenal y lo dimensional. Es algo que podría estar sucediendo en este momento a nuestro alrededor, gracias a los símbolos antiguos que mantienen vivo el espíritu de Anabell.

Hay muchas evidencias de la presencia de seres reptilianos y megalianos entre nosotros, viviendo ante nuestros ojos, bajo la piel de personas muy famosas, intelectuales reconocidos y políticos que ocupan altos cargos de gobierno en varios países. Pero también hay entre nosotros seres que están altamente cargados de luz, pertenecientes a niveles elevados de consciencia: seres protectores, creadores de energía positiva, seres con poderes místicos, con espadas y símbolos cuánticos. De ellos también trata esta historia.

Maestros de luz, ángeles, semidioses, guerreros extraterrestres. No importa cómo los llares, lo importante es que viven entre nosotros sin que podamos saberlo; velan por el futuro de la humanidad y se encargan de proteger nuestro planeta. Ellos tienen la misión de hacer cumplir los designios de Dios, para que el universo cumpla su función. Existe un sinfín de cielos bajo el último cielo donde habita el Dios creador, que disfruta su infinito universo.

La historia de amor de Anabell se mueve entre el pasado y el presente idílico, pero envuelto en vibrantes aventuras y fuertes emociones, ya que el espíritu de Alan Husman, a pesar de haber muerto hace cientos de años, está cautivo en el antiguo brazalete maligno.

CAPÍTULO I

EL REENCUENTRO

Año 1715

Darius Yordan venía de visitar a su amigo Francisco, un padre jesuita, coleccionista de antigüedades, quien también practicaba la astronomía y era amante de las bellas artes. La casa cural quedaba contigua a la imponente catedral metropolitana de San Pedro y San Pablo, en plena Plaza Mayor; por eso, al salir de allí, pudo dirigirse caminando al Mercado (que quedaba a unas pocas calles), para visitar la floristería y elegir el más hermoso ramo de flores para su amada Anabell.

Tenía muy claro lo que deseaba, las flores que harían suspirar a Anabell. Abrió la puerta del local, y encontró al señor Marcelo, el florista del mercado.

— Señor Marcelo, vengo a buscar un ramo de rosas azules, dijo, dejando escapar una sonrisa.

— ¡Ay hijo! ¡Azules! Pues azules solo tengo estas pequeñas flores de campo, que siempre me traen los arrieros de la madrugada.

— No, Marcelo, usted sabe, yo quiero un ramo de rosas azules, las que harían suspirar a mi amada Anabell.

— Esas rosas que me pides sabes que no existen, nunca he visto un rosal que dé rosas azules. Ella suspiraría por la fantasía, no por las rosas azules que mientas. Debes quererla mucho para andar buscando

imposibles, dijo Marcelo con tono de hombre desengañado por los años.

— Sí, lo que más quiero en el mundo es a esa mujer, y deseo llevarle siempre la flor más hermosa, para poder comprobar que ninguna es tan bella como ella, dijo Darius, como en un trance de amor.

— Te recomiendo estas rosas rosadas. El rosado en una flor tiene un significado maravilloso. Estas flores son dignas de un amor sublime, y se nota que andas nadando en uno así, en amor de verdad, dijo Marcelo, mientras le acercaba un ramo que resplandecía por su belleza.

— Está bien señor Marcelo, deme ese ramo y agréguele por favor al arreglo, algunos capullos de esas flores de campo, que seguro acentuarán la belleza natural de las rosas, expresó convencido de haber conseguido algo hermoso que regalarle a su amada. Vaciló unos minutos mirando dalias y girasoles, dejándose embriagar por los aromas de la floristería. Casi de inmediato recordó algo importante, entonces interrumpió el oficio del señor Marcelo para decirle: — ¡Ah! Por favor, cuando termine ese arreglo, me va a preparar otro, pero de rosas amarillas. Son para doña Graciela, la madre de Anabell, le dijo picándole el ojo al florista.

— ¿Usted se refiere a doña Graciela de Rossi? ¡Vaya! ¡La esposa de don Roberto! Esa mujer tiene el mundo a sus pies, con su esbelto talle y su tez blanca tan suave como el talco. (Esa reacción pareció haber sido producto de un antiguo recuerdo removido en el cuerpo del florista, gastado por los años).

— Esa misma, la que trajo al mundo al amor de mi vida, mi Anabell. ¡Cómo no agradecerle ser artífice de ese milagro! (Es verdad que Darius consideraba a Anabell como un ser milagroso, como si el más hermoso de los ángeles hubiese bajado al mundo solo para hacerle feliz).

— Pues joven, yo que conozco bien a esa respetable dama, puedo tomarme el atrevimiento de recomendarle los girasoles. Don Roberto siempre compra un arreglo con girasoles para alegrarla en los días especiales, dijo el florista, demostrando pleno dominio de su oficio.

— Entonces que sean girasoles... ¡los mejores! Y muchas gracias señor Marcelo por su sugerencia, es sin duda muy valioso recibir de usted estos consejos. Darius era joven, pero sabía que en la ancianidad había un tesoro incalculable: la sabiduría.

Con arreglos en mano fue caminando hasta atravesar la plaza mayor para abordar su carruaje, y dirigirse a la bahía de los palacetes. Entre las grandes casas de los terratenientes, sobresalía la más hermosa, la de Anabell. En las noches se asomaban a sus ventanas el lago y las estrellas, y parecía que durante el día guardaban cautelosamente el resplandor de los cielos.

Darius vivía un maravilloso idilio, ya que recientemente había recibido autorización de don Roberto Rossi para cortejar a su hija, quien era cuidada celosamente; pero la buena fama de Darius había convencido a la noble familia Rossi, de que era el hombre correcto para desposar a la joven Anabell, aunque esta apenas acababa de cumplir quince años.

Pero a decir verdad, ese compromiso estaba destinado a suceder. Los padres de estos jóvenes se habían convencido de que serían la pareja ideal, y pactaron su matrimonio cuando apenas eran unos niños. Don Sebastián Yordan, el padre de Darius, y don Roberto Rossi, tenían poderosas razones para ver unidas las futuras sendas de sus familias.

El camino a la bahía de los palacetes era sinuoso, pero Darius había tomado todas las previsiones. Decidió ser puntual hasta la exactitud, para no perder ni un segundo del tiempo que tenía determinado para visitar a su amada. Ya en el coche con las flores listas, pudo relajarse un poco y conversar con su cochero – joven también, acompañante de Darius desde que eran niños – el mozo Juan. Le comentó el asunto de las flores, y cómo el señor Marcelo le había recomendado llevar girasoles, además de la emoción que sentía por ir a ver a Anabell.

Juan se alegraba de ver fluir el amor por las venas de su pasajero, y no tardó en decirle:

— Pierde el miedo, que llegaremos temprano, y podrás estar a tiempo para tu encuentro con ella.

— Es un temor y un placer al mismo tiempo – confesó Darius – porque deseo pasar mi vida con ella, pero solo me permiten visitarla durante dos horas. Solo 120 minutos, y el tiempo pasa más veloz cuando estás al lado de la persona que amas. Una hora es como un minuto, pero un minuto mirando a sus ojos, será como un momento eterno.

— Estás perdido en el amor, dijo Juan, mirando fijamente a Darius, y terminaron con una carcajada

cómplice, compartiendo la alegría que había invadido su mundo, gracias al amor que sentía por Anabell.

Un par de caballos blancos, hermosos, con crines espesas, halaban del carruaje que conducía a los visitantes hasta el palacete de los Rossi. Empezaban a coleccionarse en el cielo de la tarde, los crepúsculos anunciando que la noche aparecería pronto, esa cálida noche que sería iluminada por la sonrisa y la voz de Anabell.

En el transcurso del viaje, Darius había perdido su mirada en medio de los ramos de flores, y entre las rosas y los girasoles, parecía encontrar la fragancia de Anabell. No la había visto nuevamente desde que eran niños, pero aún podía recordarla: era una niña hermosa de piel blanca y cabello castaño, tan dulce y mágica, que se acercaba a él en tiernos juegos bajo un viejo árbol de su casa. Imaginaba que su cuerpo se había dibujado como el de una mujer, pero él no podía sospecharlo, apenas si podría por fin cortejarla y descubrir la nueva esencia que la poseía. La traía a su memoria, hermosa, de piel blanca, ojos café y cabello castaño, y se preguntaba: ¿Aquella niña con la que jugaba en aquel árbol, de espontánea sonrisa y largas clinejas, será la misma ahora que creció?

La verdad, el amor que sentía por ella parecía ser resultado de una magia antigua, o un embrujo muy poderoso, porque a pesar de su pasión intensa, y la emoción que sentía por ir a visitarla, conocía muy poco de ella, aunque en su alma tuviera la seguridad de saberlo todo al respecto. De pronto, la voz de Juan interrumpió las cavilaciones de Darius:

— Ya estamos llegando, ahora se pueden ver las cornisas de la casa de tu amada.

— Casi me pierdo en el ensueño. Estaba pensando en mi Anabell. Hace seis años que no sé nada de ella. La última vez que la vi, teníamos nueve años. La recuerdo claramente, con sus clinejas, recogiendo flores del jardín. Hizo un ramo de rosas rosadas, eran sus favoritas, después de las azules, claro está, dijo Darius suspirando con cada palabra.

— Ya se ve la casa, Darius, ya casi llegamos.

Darius empezó a recoger las flores y los regalos, lleno de emoción. Había una corbata de seda, muy fina, comprada para agradar al señor Rossi. *Al verla en el almacén donde la compré, me dije: esta es ideal para Don Roberto*, le comentó a Juan.

— ¿Don Roberto? ¿No será mejor si le dices suegro?, dijo el leal cochero, ahogado en carcajadas.

— Si quieres puedes reírte, pero así será. Mi relación con Anabell se convertirá en matrimonio. Tengo el presentimiento de que estamos unidos desde siempre, como si hubiésemos estado juntos antes de nacer. Siento que le pertenezco, algo me lo dice desde lo más profundo de mi ser.

El sol caía, cuando el portón del palacete empezó a abrirse para dejar pasar el carruaje conducido por Juan, llevando a bordo a un enamorado con su pecho vibrando de amor. Podía verse el relámpago silencioso en la lejanía, resaltando su luz entre el crepúsculo, y reflejando el zigzagueante compás de luz en los ladrillos del camino. El jardín, sembrado entre

otros, de perfumados nardos, iba dirigiendo los sentidos hacía la mansión; se escuchaba la música que producía el viento al entrar en contacto con el ramaje de los apamates, como un saludo de bienvenida. En la orilla del lago, los cocoteros se alzaban con la suave brisa y el corazón de Darius latía cada vez más fuerte.

El carruaje se detuvo frente a la puerta de entrada, para que bajara un joven elegante – con traje y sombrero – que se revelaba ante los ojos de Anabell, actualizando así el recuerdo que ella tenía de su compañero de juegos, y dejando atrás la imagen del niño que siempre la cautivó.

Cuando sus padres le hablaron de la visita de Darius, ella no pudo dejar de pensar en ese niño soñador, callado y valiente que, durante tardes dignas de recuerdo, la acompañó en sus juegos infantiles. Él la empujaba en el columpio, y ahora podía volver a sentir el vértigo en la boca del estómago, con solo imaginar su visita. Verlo bajar del carruaje, le hizo descubrir en Darius a un atractivo e interesante caballero.

Anabell esperaba en la puerta de la casa con un hermoso vestido de seda, con encajes rosados, además de portar un sombrero blanco con flores, que hacía resaltar su belleza, aunque también dejaba ver su cabello trenzado, claro y hermoso.

El tiempo parecía haberse detenido, pero volvió a seguir su curso, cuando un incontenible impulso de Darius lo condujo directo a los brazos de ella, para darle un fuerte abrazo que puso sus cuerpos al corriente, de todo lo acontecido en los años que habían transcurrido.

— ¡Eres tú, Darius!, susurró Anabell. ¡Mira cómo has crecido!

— Sí, soy yo, el mismo con el que jugabas de niña. No veía la hora de volver a encontrarnos. Cada amanecer te pienso y todas las noches he soñado con ser tuyo todos los días. Ahora, por fin, te tengo entre mis brazos.

Anabell se sonrojó al escuchar estas palabras, pero de inmediato despertó de esa especie de trance en que se había sumido, y dijo:

— Vamos, entremos a la casa, mi papá y mi mamá están esperando dentro. Ya he sido suficiente imprudente al recibirte sola. Unos pasos más adelante, estaban los padres de Ana Bell.

— Estimado don Roberto, ¿cómo está?, dijo Darius, obteniendo de inmediato una respuesta del sonriente Roberto Rossi, quien amablemente lo saludó e invitó a seguir. Doña Graciela, mucho más efusiva, lo abrazó y besó en los cachetes mientras exclamaba: ¡Darius, hijo mío!

La felicidad de Darius se hizo evidente mientras se abrazaban y tocaban, recordando momentos de la infancia y por la emoción de encontrarse, seis años después, preparados para hacer realidad el sueño de sus padres. Fue tanta la emoción, que a Darius casi se le olvidan los regalos que tenía para ellos. Les presentó a Juan, mientras este le ayudaba a bajar las flores y los obsequios.

Juan se retiró después de ayudar, y Darius pudo empezar a mostrar todo lo que había traído. Estaban en el patio interno de la casa. Le entregó a don Roberto una caja, pidiéndole que aún no la abriera. A doña

Graciela la agasajó con las flores y un obsequio, que también estaba hermosamente envuelto, dejando entre dudas su contenido.

— ¡Qué hermosas flores, hijo! ¿Cómo sabes que me gustan los girasoles?

— Fue mi ángel de la guarda quien me lo dijo, le susurró con un dejo de hilaridad, al oído. Luego, por fin pudo entregarle el ramo de rosas a la bella Anabell, junto a un elegante collar de perlas que de inmediato quiso poner en su cuello.

La exquisitez del collar sorprendió a todos, especialmente a Anabell, quien lo abrazó como muestra de agradecimiento.

— ¡Qué bello presente! Recuerdo que cuando era niña, prometiste regalarme un collar de perlas. Y estas rosas rosadas son mis favoritas, aunque te confieso que aún espero encontrar la rosa azul que tanto anhelo, dijo la joven, antes de pedirle a su mamá que abriera el regalo, porque le emocionaba saber qué le había traído Darius.

El obsequio de la señora era un par de hermosos zarcillos de oro, con forma de estrella y diamantes incrustados. Era una joya única. Doña Graciela solo pudo decir ¡gracias!, embargada por la emoción. Seguidamente, don Roberto abrió su obsequio, y quedó maravillado con aquella corbata, con ese regalo tan exquisito. Se estrecharon las manos, como sellando un acuerdo, reconociendo que el amor estaba allí, y apuntó:

— No nos equivocamos tu padre y yo, cuando decidimos comprometerlos...

El jardín estaba hermosamente cuidado, y después de admirar los obsequios, allí tomaron el té. Era un diseño ornamental exclusivo del artista italiano Marcus Grazziani, con una fuente de inspiración angelical, en la que las pequeñas columnas sostenían al Ángel Gabriel. La colección de helechos era impecable, tanto como las orquídeas, que mostraban su belleza indescriptible en el tronco de un árbol de cerezos, cultivado con esmero por doña Graciela.

Darius pensó que todo eso era una digna residencia para su princesa, y así lo dijo en voz alta, de manera inconsciente. No tardó don Roberto en responder, que Anabell era la princesa y la señora Graciela era la reina. De seguidas, la jovencita agregó: Y tú, Darius... eres mi príncipe.

Terminado el té, Anabell tomó las flores y las puso en varios jarrones de porcelana. Los Rossi se retiraron y una vez que los jóvenes supieron que no había nadie que pudiera verlos, juntaron sus labios magnéticamente en un sublime beso. Mientras se besaban cerraron los ojos, y el jardín comenzó a lucir más hermoso, por el hálito mágico de su amor. Las plantas reverdecieron, y las rosas rosadas en los jarrones empezaron a irradiar luz en el amplio jardín.

CAPÍTULO II

EL RETRATO

Al siguiente día, Darius se despertó muy temprano, y ya no pudo dormir más. Un mismo sueño lo desveló cada vez que logró dormirse. Era una visión clara que había tenido mientras meditaba, y ahora habitaba en su cabeza. Pasó toda la noche en duermeyela intentando reconstruir la historia de esa ensoñación. Aún no había salido el sol cuando decidió levantarse; sacó del viejo baúl los pinceles y las pinturas, y se acercó a un gran bastidor que estaba dispuesto en su estudio.

— Hola Darius, ¿cómo estás? ¿Cómo amaneces? Juan y yo te hemos estado esperando para desayunar. ¿Quieres desayunar aquí? (Era la voz de Marié – su mucama – tras la puerta).

— Solo un té caliente, de esos que haces con tanto talento, respondió Darius. Ella sabía que él quería tomarse un té de jengibre fresco, y antes de que se marchara, Darius abrió la puerta y le confesó: Marié, hoy desperté con ganas de pintar algo para Anabell; tuve un sueño muy hermoso donde se me reveló un paisaje que jamás he visto, pero que es indescriptiblemente bello.

Empezó entonces a trabajar en su lienzo, adecuadamente extendido encima de un elegante caballete. Comenzó degradando un celeste que podría ser el cielo, y sobre ese cielo una luna plateada que terminaría iluminando una representación preciosista del

lago y el viejo camino. Los árboles de su imaginación tenían un follaje a veces rosado, otras veces lila, que daba forma a una colorida brisa que podía sentirse solo con ver el cuadro. Los árboles se iluminaban con la luna; era una luz que se confundía con el celeste del cielo y el bello color musical del lago. Finalmente, pintó rosas azules, mariposas y colibríes en el sendero del camino, que le daban un encanto mágico, casi Divino, al paisaje.

Sin embargo, por más que Darius miraba la obra que parecía terminada, tenía la seguridad de que algo faltaba. Era un hermoso sueño, no una fotografía, así que por más que se hubiese esforzado en reproducir lo que estaba en su mente, aún faltaba algo que no podía recordar. Es por eso que abandonó el lienzo, con la convicción de que solo faltaba ese “algo” para darlo por concluido.

Ya hacía horas que no veía a Anabell, y había decidido ir a verla. Entró a la habitación a cambiarse de ropa, y salió convertido en el caballero elegante que recién conoció la familia Rossi. En la sala estaba Marié con un pequeño libro, e interrumpió su lectura para preguntarle adónde iría. Este le informó que iba a ver a Anabell, y que tenía la intención de celebrar con ella un día de campo.

Juan había pasado varios días trabajando en el sótano de la casa; algo tramaba, pero suspendió su labor para preparar los caballos y acompañar a su joven amo. Darius montó su corcel negro y a todo galope enfiló camino a la casa de Anabell. Detrás, Juan le gritaba

que lo esperara, pero no fue hasta una vasta distancia después, que se detuvo a esperarlo, y así anduvieron juntos. Fue entonces cuando tuvieron la oportunidad de hablar pocas palabras sobre el trabajo secreto que estaba desarrollando Juan en el sótano.

— Yo creo que tú ya lo sabes, estoy abriendo un portal, una puerta a otra dimensión, fue la respuesta de Juan — con una inocente sonrisa — a la pregunta de Darius, quien no podía creerlo, por lo que intentó seguir el diálogo con tono de burla:

— Sí, y ahora me dirás que te viene a buscar una nave espacial, agregó irónicamente Darius.

Tras decir esto, pudieron ver las cornisas de la casa de Anabell, quien ya lo esperaba junto a sus padres en la bahía adyacente a la casa. Darius apresuró el paso de su caballo cuando vio la figura refulgente de su prometida entre los espigados reflejos del cielo en el lago.

Anabell igualmente se adelantó unos pasos, y lo recibió con una calurosa bienvenida. Ella había soñado con pasear junto a Darius. Se acercaron al lugar donde se encontraban sus padres, quienes contemplaban la trepidante presencia del relámpago que empezaba a verse con la llegada del atardecer. Darius saludó cariñosamente a doña Graciela y a don Roberto. Juan se quedó con estos, mientras los enamorados salieron a pasear a caballo por los alrededores de la bahía.

— Al quedar solos los tres, Juan le pidió sonriente a don Roberto y a doña Graciela que le hablaran del portal del Catatumbo.

— ¿Será sobre los bellos relámpagos?... preguntó don Roberto un tanto desconcertado. Juan entendió y guiñando un ojo, dijo:

— Sí, es a los relámpagos a lo que me refiero.

Anabell y Darius iban a caballo por la orilla de la bahía. Él en su hermoso caballo negro y ella, en una yegua blanca. Anabell tenía un vestido de seda blanco con encajes aguamarina. Decidieron caminar un poco, y al bajarse del caballo, pudo desplegar una sombrilla blanca que hacía juego con su fino sombrero adornado con flores.

Darius igualmente desmontó, y mientras caminaban tomados de la mano, los caballos permanecían cerca de ellos, juntos, como queriendo también enlazar sus destinos. Él estaba elegantemente vestido, con chaqueta y sombrero, tomando firmemente – pero con delicadeza – la mano de su amada Anabell. Fue entonces cuando le preguntó:

— Querida, ¿puedo pintarte? Traje mis pinceles y pinturas, y un pequeño caballete con lienzo. En unos minutos, ya estaba Darius viendo a Ana Bell posar para él, bajo la luz del atardecer. Anabell sonreía entre las flores amarillas y bellas espigas, y de fondo se observaba la hermosa bahía. Al cabo de dos horas, antes de que la noche arrojara los últimos vestigios de luz, ya el enamorado pintor había terminado su obra.

Anabell estaba deseosa de ver el resultado, por lo que se acercó para poder apreciar la que seguramente sería una obra maestra. Al verla, quedó tan complacida que saltó de emoción, como cuando era niña.

Era increíble ver la manera como Darius captó su sublime sonrisa, sus ojos de felicidad, su fina mejilla, su cabello dorado, bajo aquel sombrero de flores.

— ¡Mi amor, capturaste mi alma en tu lienzo!, dijo Anabell como exhalando un *te amo*, que fue absorbido por los labios de Darius en un beso que hizo más hermoso el atardecer. Montaron en sus caballos y Anabell fue a mostrar el resultado a sus padres, quienes elogiaron el talento del joven, por la manera en que parecía estar Anabell viva en ese cuadro. Dijeron que lo pondrían en la sala de la casa. Ante tal entusiasmo, Darius se animó a hablarles del paisaje de gran formato que estuvo pintando desde la madrugada.

La pintura quedó en la casa de los Rossi como un símbolo imborrable de la felicidad de Anabell. Se despidieron, los Rossi retornaron a su casa llevando con regocijo el cuadro, y Juan y Darius montaron sus caballos, para volver a casa por el camino que los trajo a la bahía.

CAPÍTULO III

LA ROSA AZUL

Darius descansaba en su cama, pero sin dejar de pensar en Anabell. Pasados varios minutos de éxtasis, se quedó plácidamente dormido. En apenas segundos, en un nuevo sueño, se encontró en aquel hermoso paisaje que intentaba terminar de pintar. Lo que faltaba, estaba allí, frente a sus ojos. Era un lugar hermosísimo, donde pudo ver a su amada Anabell caminando entre esplendorosas rosas azules, bañadas por el delicado reflejo de una cautivadora luna llena.

Despertó entonces, sin tener la mínima noción del tiempo transcurrido o por transcurrir, y se dirigió a su estudio. Sin distraer sus pasos ni su mirada, fue directo al encuentro del lienzo con el paisaje que debía terminar, y allí plasmó la bella imagen de su joven amada. *Al fin, ahora sí he terminado*, se dijo complacido a sí mismo, esbozando una placentera sonrisa. Volvió a su habitación, y de nuevo se quedó dormido, pero esta vez con la satisfacción de contemplar en su mente, aquella hermosa obra de arte.

A la mañana siguiente, se levantó temprano como de costumbre, pero esta vez preparó el desayuno, y luego llamó a Juan y a Marié.

— ¡Qué sorpresa... preparaste el desayuno!, dijo Marié con cara de asombro.

— Sí, quise prepararlo hoy, y espero por ustedes para que desayunemos juntos.

— ¿Qué sucede Darius?... hoy te veo muy emocionado, dijo Juan.

— ¡Les tengo una sorpresa! Miren la pintura que acabo de colgar en la pared, dijo emocionado.

— ¿Cuándo pintaste ese cuadro tan hermoso?, preguntó entusiasmado Juan. — Tiene una impactante cosmovisión, y sobre todo, supiste captar la esencia de Anabell, agregó.

— Es delirantemente precioso, alegó tímidamente Marié, sin dejar de mirar el cuadro.

— Gracias, amigos, ustedes son mi familia, y como tal, quise que fueran los primeros en verlo terminado.

— ¿Cuándo se lo vas a llevar?, preguntó acucioso el fiel Juan.

— Mañana en horas de la tarde llevaré además de la pintura, el violín. Quiero obsequiarla con un hermoso y romántico atardecer, y ustedes, si así lo quisieran, están cordialmente invitados, si es su gusto acompañarme.

Dicho esto, se sentaron a la mesa a desayunar, y habiendo terminado en pocos minutos, Darius se dirigió a su habitación, mientras Marié y Juan se quedaron conversando sobre el futuro de su joven amigo.

— Es hora de que Darius comience a entrenar, porque pronto se elevarán sus niveles de consciencia, dijo Marié.

— Sí, es cierto. Me preocupa cuando descubra quién es en realidad, ripostó Juan.

— Y cuando sepa que realmente, somos sus protectores...

— Todo a su tiempo, Marié. Ayer bajó al sótano, y casi alcanzó a verme salir por el portal. Lo mejor será que mañana vayas tú con él, pues quiero llegar antes y revisar los alrededores de la mansión. Necesito indagar un poco, me informaron que están ocurriendo cosas muy extrañas en los predios de Villa Graciela.

— ¿A propósito, Marié, te has preguntado la reacción de Darius cuando se entere que en realidad yo soy su hermano Dariel, y tú su prima Marux? Creo – y así lo espero – que se pondrá muy contento.

— Sí, estoy segura que así será. Pero por ahora, es mejor seguir manteniendo en secreto nuestra identidad, puntualizó.

— Sí, así es. Tenemos que manejarnos con dedicada prudencia, pues hay mucha energía negativa en las calles. Fuimos seleccionados por Onix para proteger al príncipe Darius, y debemos esforzarnos para cumplir con ese cometido, finalizó Juan.

Al despertar la mañana siguiente, Darius se dispuso a envolver la pintura, y al terminar de hacerlo, él mismo la llevó hasta el coche. También hizo lo propio con el instrumento musical, tal como lo había planeado.

— Darius, Marié nos espera para desayunar...

— Sí, está bien, Juan. Espérame por favor, para que vayamos juntos al comedor.

Habiendo desayunado, los tres se dispusieron a salir. Juan se adelantó y montó en su caballo, alegando que debía revisar algunas cosas antes de ir a Villa Graciela. Darius, entonces, optó por conducir el coche, haciéndose acompañar por Marié.

— ¿Ya seleccionaste la melodía que interpretarás a los Rossi?, preguntó la joven acompañante.

— Sí, Marié, ya la tengo. Tocaré *Rosas Azules* para mi amada y tú me acompañarás con la flauta dulce...

Antes, cuando Juan llegó sigiloso a los predios de la mansión, bajó del caballo y extendió sus alas para volar sobre los grandes árboles violeta, los cocoteros, manglares y campos de flores, y finalmente, sobrevolar los lugares inmediatos al bello palacete blanco. *Todo está en orden*, se dijo; *no hay presencia de energías oscuras*. Se dispuso entonces a esperar a Darius, quien en realidad es su hermano. Y Juan, como hermano mayor, está encargado de la protección del príncipe. Muy cerca de su destino, Darius y Marié conversaban aménamente.

— Ya casi llegamos, Marié. ¡Verás que será una excelente tarde!

Al llegar, les esperaban doña Graciela y don Roberto, quienes abrieron el enorme portón para que entrara el coche que los trajo. Darius se bajó cuidadosamente sosteniendo el cuadro envuelto en papel celeste, seguido de Marié con los estuches del violín y de la flauta. Distraído como estaba en el cuidado de la pintura, sorpresivamente Darius sintió que le cubrían los ojos. Risueña y celebrante, Anabell con sus suaves manos blancas quiso sorprenderlo, y tan pronto Darius colocó el lienzo a buen resguardo, volteó para abrazarla y ella le correspondió con ternura y sincera emoción. Inmediatamente después, lo tomó de la mano y lo condujo hasta el jardín principal. Soltó su mano, y caminó unos pasos entre los rosales, pasos

estos que bastaron para desaparecer momentáneamente de su vista.

Instantes después, comenzó a escucharse una hermosa melodía, y al acercarse Darius, pudo ver a Anabell sentada a un piano de cola, blanco, luciendo un hermoso vestido de encajes. Cuando Marié le alcanzó el violín, Darius se sumó a la hermosa interpretación musical, que mantuvo extasiados a los presentes. En la pared, la luminosa pintura ya colgada, brillaba con tal resplandor, que envolvió el ambiente con sus mágicos colores.

Era la pintura que llevó Darius. Un exótico paisaje fue apareciendo entre los diferentes azules del cielo y el lago, y los follajes comenzaron a moverse como si el viento se paseara entre los árboles lila y amarillo. Y cuando Marié apareció tocando la flauta, una intensa luz dio vida a las aves del colorido espacio, al tiempo que los enamorados fueron transportados a ese fantástico lugar, como si formaran parte del mismo, como si integraran aquel paisaje de ensueño, con un largo camino de piedras amarillas bordeado de fragantes rosas azules.

— ¡Amor, algo mágico nos metió en la pintura! dijo eufórica Anabell.

— No te preocupes amor mío, creo que estamos soñando, acotó Darius, al tiempo que tomaba una rosa azul del camino, para obsequiársela mientras la besaba.

— ¡Esta es la rosa que siempre soñé!, expresó la joven, antes de tomar la mano de su prometido, para irse por el camino hasta la orilla del lago. Allí, frente a la luna y después de un tierno y sentido beso, escu-

charon nuevamente sonar la mágica flauta, que esta vez los hizo flotar hacia otra dimensión. Al terminar la suave melodía del instrumento de viento, Anabell se encontró sentada frente a su piano, sobre el cual, sorprendentemente, había una hermosa rosa azul. De inmediato, Darius se acercó a ella para interpretar con el violín, el tema que compuso especialmente para la ocasión.

Las horas fueron pasando, mientras los presentes disfrutaban plenteramente...

CAPÍTULO IV

EL ENCUENTRO CON GATO BLANCO

Mientras tanto, en las afueras del palacete, Dariel detectó una energía maligna que se aproximaba. *Algo se acerca a la casa, debo estar alerta, percibo una energía muy mala*, pensó para sí. Y ciertamente, en medio de aquella felicidad en el interior de la mansión, a las afueras ya se dejaba sentir el influjo de la malignidad que estaba a punto de cambiar el destino de Anabell.

El largo carruaje blanco llegó de pronto, tirado por cuatro corpulentos caballos también blancos. Un rostro se asomó dirigiendo la mirada al portón de entrada, y preguntó por Don Roberto. El señor Aurelio, servidor de los Rossi, temeroso se apresuró a entrar para informar a su patrón, quien permanecía entretenido escuchando las bellas melodías entonadas con el violín.

— Don Roberto — le dijo Aurelio acercándose — afuera está un carruaje muy extraño, y un hombre desde su interior pregunta por usted.

Don Roberto dispuso salir enseguida, acompañado de Pablo, su mayordomo, y Andrés, el capataz. Con ellos salieron Julián y Mario, quienes también forman parte de la servidumbre.

— ¿Qué hace usted aquí?, preguntó con enfado don Roberto al extraño visitante.

El misterioso hombre se bajó del carruaje mirándolo fijamente a los ojos, con una enigmática mirada verde y profunda, que logró enmudecer al espíritu reacio de don Roberto. Todos se quedaron inmóviles, confundidos, casi hechizados por ese misterioso hombre de traje y sombrero blancos, calzando zapatos del mismo color. En el interior de la casa, se produjo un completo silencio, como si una inmensa y repentina sombra negra hubiera llegado para cubrir todo a su paso.

¿Qué pudo haber pasado en ese efímero encuentro? ¿Por qué Roberto Rossi entró a la casa, y fue directamente a encerrarse en su habitación, inexpresivo, sin decir una sola palabra? Ese día, que hasta el momento había sido de mucha alegría, terminó inundado de tristeza. Ante los eventos, doña Graciela y Anabell optaron por encerrarse también cada una en su habitación, a llorar desconsoladamente. Mientras, Darius esperaba en la sala completamente desconcertado, ajeno a lo que acontecía a su alrededor. Repentinamente se levantó para asomarse a la ventana, y pudo ver alejarse al misterioso carruaje en medio de una nube de pájaros negros que oscurecieron el camino.

Paralelo a esto, los faroles se apagaron azotados por un repentino y fuerte viento producido por los cocoteros, que mecían sus gigantescas palmeras como si se encontrasen en medio de una brutal tormenta.

Mientras tanto Dariel, que permanecía sobrevolando la casa, pudo observar cómo en medio del camino el carruaje desaparecía inmerso en una espesa neblina. En ese mismo instante, se abrió la puerta de la

habitación de doña Graciela, quien salió compungida y apenada, aún con rastros de lágrimas en sus ojos, en busca del joven visitante.

— Darius, ¡qué pena! Deberás disculparnos, por favor, pero ante la situación presentada, lo mejor es que te marches.

— ¿Pero qué está pasando? ¿Dónde está Anabell? ¿Cómo está don Roberto? ¿Qué pasó con el hombre del carruaje?, preguntó Darius en apresurada secuencia, dejando notar que estaba muy intrigado por lo sucedido.

— Por favor, hijo, debes marcharte. Mi esposo está bien, no hay por qué preocuparse. El problema es mi hija...

— ¿Anabell? ¿Qué le pasó a ella? ¿Qué está pasando con ustedes?, dígame, por favor. Permítame hablar con ella, debo escucharla, saber que está bien...

— Me temo que eso no será posible por ahora. Debes entender, tienes que marcharte ya. A su debido tiempo, nos comunicaremos contigo para explicarte con detalles lo ocurrido.

Dada la insistencia, Darius se despidió de doña Graciela y salió de la casa. Al subir a su coche, pensativo, ensimismado, con su mente ocupada en lo recién acontecido, ni siquiera reparó en la presencia de Marié, quien desde hacía largo rato le esperaba sentada en completo silencio. Darius sabía lo que estaba sucediendo, pero no podía decir nada todavía a su hermano menor, pues más que ayudar, pudiera poner su vida en mayor peligro.

Juan, no sé qué pensar, qué hacer, para saber lo que pasa. Muy pensativo, Darius continuó su cami-

no, preguntándose qué ocurrió con aquel misterioso hombre del carruaje...

CAPÍTULO V

EL CASTILLO AZUL

El agotamiento y el profundo estrés cobraron su cuota durante el trayecto. Marié hubo de hacerse cargo de las riendas, pues Darius cayó rendido. Soñando, escuchó la voz de Anabell que lo llamaba, y la vio a lo lejos correr entre los arbustos. Ver aquella hermosa imagen de su amada desaparecer inexplicablemente, lo perturbó hasta el punto de llamarla angustiosamente: *Anabell, ¿eres tú? ¿Por qué te alejas?, ¿Por qué no me esperas?*, repetía sin cesar, mientras aún estaba dormido. Ahora oculta en el sueño, Anabell solo dejaba escuchar su voz, como si alguna fuerza desconocida impidiera que Darius la viera. *Te amo, Darius, no me olvides, amor mío*, repetía incesantemente, haciéndose cada vez más débil su dulce voz.

Entretanto Juan, (quien en realidad es un ser de luz llamado Dariel), habiendo alcanzado el coche para cabalgar junto a ellos, tocó con su mano a Darius en la frente, diciéndole: *Descansa hermano, estoy aquí para protegerte*.

Al llegar a casa, Darius ya despierto, se dirigió a la sala acompañado de Marié, quien durante el camino prefirió permanecer callada, sin pronunciar una sola palabra. Sin embargo, ante la insistencia de Darius en el tema, se quedó largo rato conversando sobre lo ocurrido en la mansión de los Rossi.

Al entrar Dariel, se dispuso rápidamente y con total sigilo, a bajar las escaleras que conducen al sótano, y atravesó el portal allí localizado. Esa misma noche, Darius soñó de nuevo con Anabell, pero esta vez se trató de un sueño muy extraño, donde se veía sentado en la rama de un árbol gigante, lleno de flores amarillas. Pero... ¡sorpresa!, el grande árbol no estaba en el suelo, sino que flotaba sobre un río de aguas muy cristalinas, que se perdía de vista en la lejanía del horizonte de aquel bello paisaje. Repentinamente, comenzaron a salir del río burbujas gigantes de muchos colores, y en el interior de estas burbujas se reflejaba el rostro de su querida Anabell. Las burbujas iban explotando una a una, a medida que alcanzaban las ramas del árbol que sostenía al joven enamorado.

Sobre aquellas ramas, definidos haces luminosos fueron materializando una figura que más que una silueta de luz, era la imagen astral de Anabell, quien de inmediato se acercó a Darius, y lo tomó de la mano, para iniciar una caminata con él por un puente celeste infinito, que conducía a un hermoso castillo azul con muchos cristales morados en su fachada, follajes colgantes y variadas flores azules, rosadas y amarillas. Anabell intentó explicar a Darius lo que estaba sucediendo, pero fue interrumpida por la presencia de una serpiente gigantesca que comenzó a devorar las torres con cristales engastados, del majestuoso castillo.

— ¡Ayúdame Darius, los reptilianos me quieren atrapar!, gritó con voz angustiosa la joven, al tiempo que

aquella bestia saltaba para posarse frente a ellos. La imagen fue transfigurándose hasta hacerse nítida, y convertida en un enorme gato blanco, logró acorrarlos. Darius, desesperado y sin saber qué hacer, tomó de la mano y empezó a correr con su amada, pero esta fue desvaneciéndose a medida que avanzaban. Fue entonces cuando cayó en cuenta que se trataba de un sueño.

CAPÍTULO VI

EL EXTRAÑO CASO DE LA NANA ELENA

Al amanecer del nuevo día, Darius se levantó antes de salir el sol, y fue preparando su carruaje para visitar temprano la casa de los Rossi. Le pidió a Juan que lo acompañara, explicándole que iría para aclarar de una vez por todas, esta enigmática situación.

— Quédate tranquilo, Darius. Don Roberto te dejará saber el momento indicado para que los visites, y todo quedará aclarado, le dijo Juan, tratando de conminarlo a quedarse.

— No Juan, iremos a visitarlos ahora mismo. ¡Estoy seguro que Anabell nos necesita!

Emprendieron entonces el viaje hasta la mansión de los Rossi, a primeras horas de la mañana. Juan sabía lo que estaba sucediendo, pero tenía que resguardar a su protegido hermano menor, de la amenaza latente que existía en torno a él. Sabía que más allá de la presencia maligna de Alan Husman (Gato Blanco), estaba la energía negra de Malekí. Sin embargo, había llegado el momento de preparar a Darius para que encontrase su más alto nivel de energía y desplegase la gran amplitud de su consciencia.

Mientras continuaban el recorrido, en la mente de Darius confluían muchas preguntas sin respuesta: ¿Quién es ese hombre misterioso, vestido de blanco?

¿Qué le dijo al padre de Ana Bell? ¿Por qué se puso tan mal don Roberto? ¿Qué le pasó a Ana Bell? ¿Qué es lo que afectó tanto a esa familia? Juan, que pudo intuir lo que pasaba por la mente de su protegido, quiso tranquilizarlo diciéndole: No temas, mi amigo. ¡Pronto todo esto se aclarará!

A medida que fueron acercándose al palacete, se podía observar que algo andaba mal. El camino de ladrillos amarillos se había cubierto de hierba, los faroles que anunciaban la cercanía a la mansión se habían desprendido, y yacían tirados como si hubieran sido artículos abandonados desde hace años, y desde ese punto se podía apreciar que el palacete lucía como si fuese una construcción abandonada.

A Darius lo invadió la angustia, y su corazón latía con tal fuerza, que parecía querer salir de su pecho. Cuando alcanzó a ver el portón de la entrada yacer en el suelo, como si una fuerza sobrenatural lo hubiese desprendido de sus bases para luego tirarlo, y al mismo tiempo observó las ventanas rotas y los querubines de la fuente resquebrajados y manchados, no pudo más que preguntarse con asombro: ¿Qué pasó aquí? ¿Qué misteriosa tormenta arrasó todo a su paso? ¡Apenas anoche todo era hermoso!, pensó después.

Sin poder creer lo que veían sus ojos, al llegar finalmente, ambos jóvenes bajaron del carruaje. Sin dejar de mirar absorto todo aquello, Darius se dijo a sí mismo, sin darse cuenta que lo pronunció en alta voz: ¡Algo anda mal! Y aunque sus sentidos percibieron un silencio muy profundo, casi sepulcral, tocó a

la puerta con su bastón, sin recibir respuesta alguna. Solo el viento deslizándose a través del ático parecía responderle, lo mismo que las destartaladas ventanas batiéndose al ritmo de una pesarosa brisa que inundó el ambiente. El silencio profundo invadía todo el rededor, y solo era interrumpido por los insistentes toques de bastón del angustiado visitante. Al dar media vuelta para marcharse resignado, escuchó un crujiente sonido que le anunció que alguien abría la puerta. Aquella puerta, la misma que antes parecía una obra de arte, hoy se encontraba cubierta de telarañas y abundante polvo en sus numerosos adornos de origen italiano.

Una tierna viejecita se asomó para invitarle a pasar con ademanes de amabilidad, al tiempo que le dijo:

— ¿Cómo está usted, joven Darius?

Sorprendido, Darius sin adelantar un solo paso, comenzó a cavilar. La cara le era familiar, estaba confundido, pero a la vez seguro de que esa voz era la de la nana de Anabell, la adorable Elena.

— ¿Qué ha pasado, nana Elena? Hasta ayer en la noche, todo era tan hermoso en esta casa, todo estaba en orden, y usted lucía mucho más joven.

— Me alegra mucho verle otra vez. ¿Dónde estuvo todo este tiempo? Llevo treinta años en esta casa esperando por usted, para hacerle entrega de esta carta que le dejó la niña Anabell...

— ¡No puede ser nana Elena! Apenas anoche estuve aquí con ella, en el concierto de piano que nos brindó. ¿Dónde está Ana Bell? ¿Dónde están don

Roberto y doña Graciela? ¿Dónde están los demás? Anoche todos nos encontrábamos aquí.

— Todos se marcharon anoche mismo, luego que apareció aquel hombre de blanco. Deberá disculparme, joven Darius, pero no puedo decirle nada más, es lo único que sé. He estado aquí mucho tiempo, esperando que usted viniera, para hacerle entrega de esta carta que le dejó mi niña Anabell. Yo estaba segura de que vendría, lo que no entiendo es porqué tardó tanto tiempo. He envejecido esperándolo.

— Tampoco yo entiendo qué ha pasado, querida nana...

Recibió la carta, agradeciendo gentilmente la entrega. La nana le acompañó hasta el carruaje, para despedirlo y hacerle una petición muy especial:

— Busque a la niña Anabell, consígala donde quiera que esté, porque ella le ama con todo su corazón; pero además, corre gran peligro...

Al comenzar Juan la marcha del coche, Darius quiso pasear una vez más su mirada por aquella desolación en que se había convertido “Villa Graciela”. Entonces algo llamó poderosamente su atención:

— ¡Juan! ¿Has visto? ¿Has visto lo que acabo de ver? La nana Elena acaba de entrar sin abrir la puerta; simplemente la atravesó, como si hubiese desmaterializado su cuerpo para hacerlo...

— Ja, ja, ja... creo que aún estás dormido, respondió Juan, tratando de no darle importancia alguna a ese hecho.

Pensativo, envuelto en un mar de dudas, Darius trataba de descifrar las cosas que pasaban por su mente.

Infinidad de inquietudes lo agobiaban, la primera de las cuales era saber dónde estaba Anabell. ¿Por qué en la mansión de los Rossi había transcurrido tanto tiempo? ¿Por qué la nana cruzó la puerta sin abrirla? ¿Por dónde deberá comenzar su búsqueda?

De repente, Juan se vio forzado a detener la marcha. Una nube oscura comenzó a cubrir el carruaje, y una bandada de pequeños pájaros negros se cruzó en su camino, como si una espesa neblina quisiera detenerlos. Simultáneamente, una manada de gatos salvajes abordó el coche, y sin que ninguno de los dos pudiese hacer algo para evitarlo, se llevaron consigo la carta. Juan se apeó e intentó perseguir a los felinos, pero estos se perdieron rápidamente a través de los arbustos. Regresó prontamente a saber de Darius, y lo encontró profundamente dormido. No quiso despertarlo, y por el contrario, pensó que había sido mejor así, que no hubiera estado en vigilia, pues en el intento de evitar la pérdida del sobre, probablemente hubiera salido herido. (La realidad es que Darius solo descansaba, como perdido en un sueño, donde una poderosa energía lo protegía. Juan estuvo seguro que esos gatos habían sido enviados por Alan Husman, y las aves eran cosa de Kaína. Muy cerca de allí, se encontraba un gato con figura humana, escondido entre la maleza, sin dejarse ver, y sosteniendo con sus garras un pequeño sobre blanco).

Darius despertó sobresaltado, aún confundido y con un océano de dudas. Estaba en su cama, su habitación, su casa, pero no lograba definir si había tenido un sue-

ño, o se trataba de un sueño dentro de otro sueño. Lo desconcertaba todo lo que rondaba su cabeza, y no lograba dilucidar por completo lo que acaecía en su vida. Su mirada perdida flotaba en lo más alto del techo, cuando escuchó que tocaron a la puerta. Se levantó ipso facto, y se apresuró a abrir. Era Marié, quien había ido a despertarlo para desayunar. Al tenerla frente a sí, la abrazó y de la nada le preguntó:

— ¿Marié, cuál es la fecha de hoy?

— Hoy es 28 de mayo del año 1715, respondió rápidamente ella, sorprendida por la actitud del joven señor de la casa. Darius entonces comprendió que todo había sido un sueño: la vieja casona, la nana, la carta...

Mientras desayunaban, les contó sobre el extraño sueño tenido, y tan pronto terminaron de comer, Juan y él se levantaron de la mesa y dispusieron lo necesario para ir de inmediato a la casa de los Rossi. Logró constatar así que todo estaba en orden, pues pudo apreciar la majestuosidad de la mansión con su impecable portón principal, al final del cuidado camino de piedras amarillas. Y aparte de la conservada fuente con sus columnas y querubines finamente tallados, apreció la puerta de entrada intacta, sin telarañas ni polvo que opacaran la belleza de sus adornos itálicos. Pero además, acompañó a tomar el té a doña Graciela, quien le confió que don Roberto y Anabell habían salido de viaje, en horas muy tempranas de la mañana.

De regreso a casa, le confesó a Juan que se sentía más tranquilo, al haber comprobado que cada cosa permanecía en su lugar, incluyendo a la nana Elena. Sin

embargo, en su fuero interno, muy adentro de su corazón, presentía que algo no andaba bien, algo extraño se ocultaba tras ese viaje tan repentino, y tras aquel carruaje elegante con el misterioso hombre de blanco; y aunque no habían transcurrido treinta años, ya comenzaba a extrañar a su amada Anabell. También esta vez Juan sabía lo que en realidad estaba sucediendo, pero igual que antes, no podía revelar nada, al menos por ahora. Solo sabía a ciencia cierta que había que preparar y proteger a Darius, con miras a los futuros encuentros con Alan Husman, dentro de la gran ola de energía negativa que se mantenía fluyendo a lo largo y ancho del planeta. De hecho, la gran batalla entre el bien y el mal, apenas comenzaba...

CAPÍTULO VII

UN CORTO ENCUENTRO

Los días fueron pasando, y con ellos las semanas, mientras Darius solo pensaba en Anabell. Pasaba la mayor parte del tiempo en su taller, pintando paisajes, en los que siempre terminaba dibujando la figura de la atractiva jovencita. Una tarde, se encontraba dando los últimos retoques a un cuadro de gran formato, cuando de repente pudo observar cómo el ramaje de los árboles se movía, y las hojas se agrupaban para simular magnolias de colores, como si la obra hubiera cobrado vida propia. La Luna se hacía más grande y luminosa, siguiendo a una joven que caminaba por un estrecho sendero que conducía al mar. Pero súbitamente, todo cambió: la mujer se convirtió en una gata, con una enorme cola que sobresalía de su vestido de seda.

El misterio se hacía cada vez más grande: algo extraño había en ese lienzo. Lentamente Darius comenzó a sentir una especie de hipnotismo que lo obligaba a acercarse más y más, como embrujado, con la mirada fija, sin parpadeo alguno que distrajera la concentración en la obra. Aletargado, comenzó a sentir la brisa del mar, el olor a flores y el intenso aroma de Anabell. Sí, allí estaba la joven buscada con tanta ansiedad, tras el portal que sin notarlo Darius atravesó hasta estar frente a su princesa. No podía creerlo, pero estaba allí, frente a ella.

Ambos se abrazaron tiernamente, y con ardor juntaron sus labios en un largo y apasionado beso.

— ¡No puedo creerlo, amada mía! Al fin nos vemos de nuevo, en este mundo tan hermoso.

— Debo irme, fueron las únicas palabras que articuló Anabell, antes de parecer alejarse impulsada por el viento en dirección a la Luna, hasta desaparecer por completo.

Una gran energía devolvió al joven pintor a su taller, quien extenuado, quedó tendido en el piso de madera, al pie del caballete que sostenía el cuadro con el cautivador paisaje.

Poco rato después, Marié, al ver que nadie atendía a sus toques a la puerta, decidió entrar y lo encontró aún tendido. Llamó de inmediato a Juan, quien se acercó velozmente, temiendo que hubiera pasado algo malo.

— ¿Qué le pasó a Darius?, preguntó angustiado.

— No lo sé, Juan, no lo sé. Entré y lo encontré allí, tal cual lo ves ahora. Llémoslo pronto a su habitación, añadió asustada. Creo que le está afectando mucho la ausencia de Anabell, y pienso que pronto habrá que contarle toda la verdad.

— Consultemos con los maestros del quinto cielo, ellos sabrán decirnos lo que debemos hacer, le mencionó Juan, mientras lo levantaban para acostarlo en su cama.

CAPÍTULO VIII

JUAN Y MARIÉ CRUZAN EL PORTAL

Juan y Marié fueron al sótano de la mansión, con el propósito de formar un campo de energía limpia, para poder cruzar hasta la quinta dimensión. Allí los recibió el Maestro de tres estrellas Charlot, quien los trasladó de inmediato al palacio del rey Andrómini. Este rey, con un alto nivel de luz, vivió en Atterra hace algo más de quince mil años.

Los jóvenes visitantes estaban fascinados con la majestuosidad de aquel palacio, cuyas paredes eran de piedra con incrustaciones de vidrios de colores metalizados, rodeado en su exterior por olivos, cedros, apamates y muchos otros árboles de colores naranja y amarillo. Al poco rato, hizo aparición un ser con una sonrisa celestial, cabello ondulado largo y suelto que caía sobre sus hombros y vestido todo de blanco: era el rey Andrómini.

— Princesa, mi bella Marux, dijo condescendiente, mientras se acercaba para besarla en la frente.

— ¡Oh padre! ¡Qué alegría volver a verte después de tanto tiempo!, agregó ella.

En ese instante, Dariel se acercó al rey, y ambos se fundieron en un sentido abrazo.

— Bienvenidos al quinto cielo, hijos míos, disfruten de su estancia aquí, por favor. Ya habrá tiempo

para abordar el asunto que los trae. Sé todo lo que ha sucedido en la Tierra, dijo el rey, mientras caminaba a tomar asiento, dispuesto a conversar con Marux (cuyo nombre terrícola es Marié), y con Dariel (de nombre Juan). Diversos temas fueron motivo de conversación durante gran parte del día. Al final de la tarde, abordaron el tema principal, el del maligno Alan Husman y su influencia en la vida de Darius. El rey les dio los primeros consejos.

Marux y Dariel se retiraron caminando hasta los jardines del palacio, y de inmediato una intensa luz se posó frente a ellos y fue materializándose hasta convertirse en la hermosa reina Ailuz.

— ¡Dariel, hijo mío, estás aquí! ¡Abrazame por favor! Abrazame fuerte hijo, abrazame...

Ante aquella escena desbordada en amor maternal, una sonriente Marux fue apartándose discretamente para que Dariel pudiera estar a solas con la reina. Madre e hijo optaron por recorrer los delicadamente cuidados jardines palaciegos.

Entre recuerdos y anécdotas, transcurrieron los minutos en aquella amena conversación familiar. Pero al cabo de un rato, la curiosidad invadió a Dariel y no le fue posible aguantarse más para preguntar:

— Madre, ahora que he crecido, ¿me dirás al fin quién es mi padre?

— Aún no, hijo. Podrías correr grave peligro en la Tierra al saberlo. En el momento indicado, te lo diré. Lo conocerás, y él te dirá todo lo que quieras saber. Lo que puedo asegurarte ahora mismo, es que siem-

pre ha estado contigo y te ha acompañado adonde quiera que hayas ido. Es el ser más poderoso de esta constelación celestial, dijo finalmente la reina Ailuz.

Mientras Dariel y su madre recorrían el jardín conversando y disfrutando de la hermosura del entorno, distante unos cuantos metros de ellos, se le apareció a Marux un portal de cristal. Frente a sus ojos, estaba ahora el espejo mágico de Vidrania, quien extendiendo su mano, invitó a la joven a acompañarla. Cuando Marux cruzó el portal entró en el séptimo cielo, donde una preciosa dama la recibió con una tierna sonrisa de bienvenida. Gratamente sorprendida, no podía creer que estaba frente a la reina Raddia, su madre, cuyo rostro era exactamente igual al de ella.

Vidrania, con suaves movimientos, construyó una escalinata de vidrio para que Marux y Raddia subieran hasta un exquisito jardín suspendido en el aire, lleno de pequeñas hadas y cautivantes flores con campanas amarillas.

— Madre, me siento muy orgullosa de ser tu hija, siendo como eres, una leyenda del mundo de Atterra. ¡Te amo!

— También yo estoy orgullosa de ti, hija mía. Es por eso que le pedí a la reina Vidrania que te permitiese venir al séptimo cielo, dijo Raddia, mientras se deleitaban caminando entre los jardines flotantes.

— Muy pronto, prosiguió, debo volver al quinto cielo, Andrómini debe estar esperándome. Por cierto, ¿lograste conversar con tu padre?

— Sí, madre, conversé con él. Fue un encuentro extraordinario. Siempre soñé con un acercamiento así.

Ahora tengo que volver; vine con Dariel y lo dejé hablando con Ailuz.

— No te preocupes hija, Dariel está por llegar, Vidrania le fue a buscar. Ella quiere que Dariel conozca a su padre.

En ese mismo instante, un portal de espejo se abrió y apareció Dariel acompañado de Vidrania. Tan pronto vio a Raddia, el joven fue a su encuentro, y ambos se abrazaron emocionados.

— ¿Cómo estás Dariel?, le preguntó la reina, esbozando una desmarcada sonrisa.

— ¡¿Qué cómo estoy!?! Estoy encantado por poder saludar a la bella madre de Marux, la leyenda de Atterra.

Simultáneamente, muy cerca de donde estaban, una luz trepidante salida de la nada y de forma triangular, fue adquiriendo consistencia estructural hasta semejar una pirámide dorada, de cuyo interior salieron el rey Ónix y Trunder, su hijo, y además rayo gemelo de Darius. La alegría se hizo presente, en los que allí estaban. El rey Ónix, legendario guerrero de los buenos tiempos en Atterra, con más de dos metros de estatura, caucásico, cabello áureo, y vestido de blanco y azul, se dirigió a todos:

— ¡Bienvenidos a la séptima dimensión!

Dicho esto, caminó lentamente hasta donde permanecía inmóvil Dariel, al lado de Vidrania y Marux. Haciendo una reverencia, el joven le dijo con gesto de admiración: — ¡Rey Ónix!

— ¡Hijo amado!, respondió el monarca mientras lo estrechaba entre sus brazos. Tenía razón Ailuz, eres

mi propia imagen. Quiero que conozcas a tu hermano gemelo.

— ¡Al fin te conozco, padre! Sí, soy idéntico a ti... y tú Trunder, eres la copia de Darius.

— ¡Bienvenido! Querido hermano. Dame un abrazo, le dijo Trunder, mientras caminaba hacia él con los brazos extendidos.

— Parece que estuviera en presencia de nuestro hermano Darius, salvo que él luce más juvenil, respondió Dariel, en un tono muy conciliador, a lo que su recién conocido hermano agregó:

— Sí, somos dos rayos gemelos. Él vivió con nosotros, pero quiso nacer de nuevo en la Tierra al mismo tiempo que Anabell, hija de Maxula y nieta del rey Moor. No te preocupes hermano, también yo viajaré a la Tierra para apoyarlos, estaremos juntos enfrentando a las fuerzas oscuras de Malekí.

— Vayamos a la villa de las pirámides, dijo el rey Ónix, al tiempo que abría un portal, y todos se dispusieron a cruzarlo para llegar a un lugar encantador con muchos árboles frondosos color naranja. Todas las casas eran pirámides de ese mismo color, hechas de vidrio y piedra, y en cada una convivían tres familias. La parte baja era un idílico jardín, y en la parte alta se ubicaban tres casas que flotaban sobre este.

Ónix subió a una especie de cúpula central, desde donde se podía avistar un complejo de hasta quizás mil villas. Bajo el jardín principal, se encontraban variados jardines más pequeños.

— Dariel, acompáñame. Ven tú también Trunder, caminemos con tu hermano, enseñémosle parte de la hermosura de la séptima dimensión.

— ¿Es este el último cielo?, preguntó entusiasmado Dariel.

— No, hijo, después de este cielo está el octavo. Allí rige tu abuelo, el rey Ross. Después siguen el noveno, el décimo, y muchos más cielos que aún ni yo mismo conozco. En el último de ellos, está el rey del universo, el Dios Creador. Con Él están muchos maestros ascendidos, como el maestro Yeshosua (Jesús). Allí, al lado del Creador, también se encuentran los ángeles guerreros, defensores de la constelación eterna. Jesús fue el cordero, la alianza perfecta, entre el planeta Tierra y este último cielo. Hay muchas cosas que tendremos que explicarte, pero otras más, las comprenderás por ley Divina, dijo el rey Ónix, y continuó: — Por ahora, ustedes se encargarán de todo lo concerniente a la nueva amenaza: su misión será eliminar a Alan Husman y a todos los seguidores de Malekí. A este lo fortalecen los pensamientos negativos a la vez que los positivos lo debilitan. Últimamente la humanidad viene ejecutando acciones que no agradan en absoluto al Creador. Luego agregó:

— Trunder, entrégale a Dariel la espada del rey Ross. Mi padre quiere que la utilice tu hermano. Adicionalmente, Dariel, deberás ir con esta espada al mundo subterráneo, para traer a su vez la espada de Megan, y se la entregarás a Darius.

— Así será padre; en cuanto llegue a la Tierra, iré al mundo antiguo, expresó entusiasmado el obediente Dariel.

Lo siguiente fue una invitación extendida por Ónix a las familias reales, para celebrar el encuentro. Los presentes recorrieron la cúpula entre círculos de energía cuántica que iban formando destellos de múltiples colores. Disfrutaron a la vez, de la casi infinita variedad de flores que han crecido en el jardín, mientras bailaban unos con otros en el gran salón de las pirámides.

— Debemos marcharnos temprano, dijo inquieta Vidrania a los príncipes guerreros, por cuanto tienen ya mucho tiempo fuera de la Tierra.

— Sí, debemos volver de la séptima dimensión. Llevamos fuera largo tiempo, aunque en la Tierra solo sean horas. Darius debe estar buscándonos y nuestro cuerpo esperándonos, dijo Marux.

CAPÍTULO IX

DARIUS DESARROLLA LA CONSCIENCIA

Por la mañana, Vidrania los llevó al quinto cielo. Dariel se resistía a dejar al rey Ónix, y Marux quería ver de nuevo a su padre Andrómini. Pero el tiempo que habían permanecido fuera de su cuerpo físico, imponía el retorno. Se les pidió entrar en una pirámide, y en cuestión de segundos, aparecieron en la mansión de Darius, quien al despertar, escuchó a Dariel y Marux subiendo las escaleras del sótano. Solo habían transcurrido dos horas, a pesar de que en los cielos superiores tuvieron la sensación de que pasaron varios días. Levantado ya, Darius sintió que tenía otro nivel cognitivo, como si se hubieran abierto los códigos de su consciencia.

— Juan, ya sé que eres Dariel, mi hermano mayor, y tú Marié, mi prima Marux, dijo el príncipe Darius antes de abrazarlos.

— Preparemos todo, nos vamos al templo de Ónix, no podemos perder tiempo. Ya Alan Husman sabe quiénes somos, y ha comenzado a avanzar con su malévolo plan, dijo angustiado Dariel.

Marux abrió el portal del túnel sagrado, y los tres lo cruzaron. En fracciones de segundo llegaron a su destino, un lugar con un apacible lago, rodeado de impecables jardines. En medio del agua, había una

estructura cilíndrica que conectaba con variados portales del universo.

Darius no salía de su embeleso, admirado por la belleza de todo aquello. Dariel le hizo saber que recordaba haber estado muchas veces cuando niño en ese lugar, a lo que Marux agregó que ella también lo recordaba, como el sitio donde le habían enseñado todo lo que hasta ese momento sabía.

— Darius, aquí es donde vas a elevar tu consciencia, hasta culminar todo tu entrenamiento, le dijo Dariel. Nuestro padre me informó que vendrán tres maestros de luz que se encargarán de tu adiestramiento hasta que alcances la máxima escala de tus niveles.

Mientras hablaban, apareció de la nada junto a ellos, una mujer de exótica belleza. Se trataba de Diana, la primera de los maestros que el rey Ónix enviaría.

— ¡Bienvenida maestra Diana! Recorramos el templo para que lo conozcan, y mañana se comenzará con el entrenamiento, dijo Marux dirigiéndose a los involucrados.

De repente, un puente de cristal cubierto de corales emergió de las profundidades del lago y fue acoplándose desde el cilindro hasta el primer jardín, al tiempo que una esfera energética rodeaba la armazón cósmica. Diana y los tres jóvenes caminaron por el puente y entraron a la estructura cilíndrica, que fue lentamente sumergiéndose hasta el fondo. A través de un sistema de redes viales submarinas, se desplazaron hasta llegar al secreto templo de Ónix.

— ¡Bienvenidos!... disfruten del templo cuántico, les dijo un guardián virtual protector de las instalaciones, quien les indicó el camino a sus habitaciones, identificadas con el nombre de cada uno.

Marux y Dariel comenzaron a recorrer aquel increíble lugar, mientras que Diana y Darius se dirigieron a sus dormitorios, con la intención de descansar.

— Hasta mañana muy temprano, dijo Darius a sus compañeros antes de entrar.

Con la aurora, los jóvenes se levantaron y dirigieron de inmediato a los jardines del templo al encuentro de Diana, quien estaba activa desde la madrugada. Ella, los esperaba ya montada en un imponente corcel negro para dar un paseo inicial por un intrincado bosque de cerezos. Darius y Marux montaron sus respectivos caballos, mientras Dariel se dirigió a un portal por donde salió a cumplir varias misiones asignadas previamente.

Mientras Darius cabalgaba junto a sus compañeras, una especie de película biográfica con la velocidad del rayo fue pasando por su mente, penetrando cada neurona y ejecutando las sinapsis adecuadas, de manera de internalizar en el joven entrenado un cúmulo de conocimientos, que servirían como base de datos para todo lo que estaba por venir.

— Diana, quiero que sepas que ahora recuerdo todo mi pasado, incluso, recuerdo el nacimiento de Marux y ya tengo claro quién es Dariel, dijo Darius, con voz sosegada.

Diana y Marux sonrieron plácidamente, satisfechas del logro mostrado. Las horas transcurrieron inad-

vertidamente mientras los jinetes disfrutaban ampliamente de la naturaleza. Desmontaron, y los tres abordaron una antigua embarcación hasta el templo. Durante el trayecto, brillosos puentes fueron emergiendo al tiempo que otros se ocultaban bajo las aguas para darles paso. Algunos delfines acompañaron su ruta saltando y jugueteando, y solitarias sirenas nadaban entre los corales. Mientras, la esfera iluminaba todo el espacio, como si se tratase de un enorme farol. Ya casi al final, bajaron de la barca y terminaron de llegar subiendo por un pequeño puente que los condujo finalmente a la orilla. Ahora estaban nuevamente, en el majestuoso templo de Ónix.

Finalizando la tarde, Dariel salió del portal por el túnel sagrado, con un pensamiento único: “Hermano, pronto traeré para ti la maravillosa espada de Megan”. Pensando esto, desplegó sus alas y se alejó del umbral.

Diana había dejado a Marux y Darius en el templo, para emprender camino a los jardines de Kwan Ying, una maestra de luz muy ascendida, dueña de un lago violeta. La paz, la armonía, la nobleza, el amor, la felicidad, son algunas de sus cualidades más resaltantes. En el jardín central, hay una escultura de la hermosa princesa en medio de cinco delfines, que funge de oráculo. Diana atravesó por una cascada al fondo del monumento, y desapareció.

Los días fueron pasando, y Darius fue dominando en detalle el arte de la guerra, y con Diana aprendió, entre otras cosas, a manejar la espada con destreza, así como a transportarse de una dimensión a otra.

CAPÍTULO X

EL GATO ASECHA

Mientras Darius cumplía con su entrenamiento, en el obelisco de Malekí, Alan Husman se reunía con sus seguidores. Los gatos blancos, los reptilianos y los hombres ave, eran los grupos malignos que más influían en el clan secreto (Kahus). En su derecho de palabra en la reunión, Husman arengaba a sus acólitos: “Tenemos que descubrir el portal para entrar al templo sagrado y eliminar al hijo de Ónix y a todos los guardianes que le protegen. Hace tiempo que no siento sus energías, como si un campo magnético les brindara protección. Tengo la información de que están ocultos, perfeccionando sus habilidades defensivas. Tampoco encuentro a la princesa Anabell, después de haberle conjurado un hechizo aquella noche que visité su casa. Sé que fue escondida y es protegida por los guardias del rey Ónix. Tenemos que encontrarla, esa princesa es la clave para realizar el ritual que devolverá al maestro Malekí a la vida”.

— Mi señor, tengo información de que Anabell está viviendo en la catedral metropolitana de San Pedro y San Pablo, sé que lleva tiempo allí. El templo está construido sobre un cementerio, y no hemos podido atraparla porque está protegida por la luz sagrada, dijo un servidor del mal, de nombre Satrán. Si usted lo ordena, prosiguió, yo personalmente me encargaré de ella.

— Voy a enviar a un miembro de la legión de los pájaros para que atrape a Anabell y la envíe al laberinto. Allí la prepararemos para el sacrificio, dijo con voz imponente Kalima, a lo que Husman ripostó:

— Y cuando ubiquen a Darius, inmediatamente me lo comunican; quiero eliminarlo yo mismo. La primera vez que nos encontramos no sabía quién era. El hijo de Ónix tiene que sufrir, me encargaré de él. Recuerden que Malekí fue eliminado en aquel entonces por el príncipe Ónix, hoy rey del séptimo cielo, quien estuvo influenciando a través del tiempo a muchos guerreros y mandatarios durante más de catorce mil años. Hoy día, Gato Blanco se erige como nuevo líder de las legiones de Malekí, hasta que se materialice su regreso.

CAPÍTULO XI

TRUNDER VIAJARÁ A LA TIERRA

Transcurrió el tiempo, y ya Darius tenía dos años entrenando con los diferentes maestros, y recientemente había cumplido dieciocho años de edad terrenal. El rey Ónix, reunido con Vidrania y Trunder, se dirigió a este último:

— Tu hermano ya cumplió la mayoría de edad. Hubiese preferido que nunca se marchara, pero él mismo decidió nacer de nuevo y crecer con un cuerpo humano, para experimentar todas las sensaciones conocidas: amor, dolor, tristeza, alegría, y demás sentimientos terrenales. Quería vivir en la Tierra, el planeta azul, para encontrarse allí con Anabell.

— Recuerda, padre, que ella fue quien lo motivó a nacer en la Tierra, acotó Trunder.

— Sí, ella quería tener la experiencia de vivir como ser humano, agregó Vidrania.

— Pero lo que no tomamos en cuenta para entonces, prosiguió Ónix, fue la intención de Malekí de querer regresar a ese planeta desde las profundidades del abismo, con un nuevo cuerpo físico.

— Malekí sabe que mi hermano está en la Tierra y solo quiere vengarse de ti. No te perdona que le arruinaras los planes de conquistar Atterra. Además, anda tras Anabell para utilizarla en el ritual por medio del

cual podrá regresar al mundo físico. No veo la hora de retornar a ese planeta, y ayudar a mi hermano, dijo Trunder, muy seguro de sí.

— Cuando quieras puedes viajar, debes apoyar a tu hermano. Recuerda que ustedes son dos rayos gemelos que se complementan el uno al otro, dijo finalmente el rey.

— Solo esperaré a que complete su entrenamiento...

CAPÍTULO XII

LA LLEGADA DE SETO

Mientras el tiempo se consumía en el planeta azul, una estrella roja apareció de repente: era un nuevo portal que aparecía en los jardines del templo, de donde descendió una imponente figura de inusual complexión corporal, que abordó a Darius:

— Soy Seto, he venido a apoyarlos y a complementar el entrenamiento del príncipe Darius.

Cuando Diana se percató a distancia de lo que acontecía, corrió hacia ellos y sin dudarle, abrazó al personaje recién llegado. Seto, un maestro experto en telepatía y clarividencia, tenía grandes ojos grises. Era el segundo maestro de luz enviado por el rey Ónix.

— Bienvenido maestro Seto, es un placer saludarle, verle de nuevo, y saber que contamos con usted. Le presento a Darius, nuestro aventajado alumno.

— Es un placer, príncipe, estamos para servirle, dijo amablemente aquel ser, con una humildad que Darius no esperaba ver en un avanzado maestro de luz.

— Gracias maestro, me halaga en gran medida que haya venido, dijo reverentemente Darius.

Marux, que ya había llegado al lugar del encuentro, expresó:

— Bienvenido maestro Seto, es un verdadero motivo de regocijo tenerlo aquí.

De seguidas, Seto se despojó de su sotana anaranjada, desenvainó su acero y realizó suspendido en el aire

todo un espectáculo con su espada de luz. Este ángel que bajó del último cielo tenía altamente impresionados a Marux, Diana y Dariel, pero quien realmente estaba más impactado era Darius, por el elegante y grácil despliegue con que batía sus alas, y la sobrada habilidad para mover su espada. Era, además, un ángel guerrero de piel morena, de casi tres metros de estatura, lo que lo convertía en toda una atracción. Dariel, profundamente emocionado, se quitó su sotana blanca y comenzó a volar en una extraordinaria exhibición de topes con espadas de luz y deslumbrantes acrobacias aéreas. Marux y Diana disfrutaron a plenitud la demostración de alta pericia tenida por ambos.

Alternamente, se abrió otro portal, y un rayo azul salió despedido desde el mismo. Un ser de luz fue descendiendo lentamente, hasta posarse frente a Darius. Todos se maravillaron del extraordinario parecido de los seres enfrentados, por lo que fácilmente pudieron deducir que era su gemelo Trunder, a quien le brindaron una calurosa bienvenida, reverencia incluida.

— Darius, me alegra volver a encontrarnos, tengo tantos recuerdos, y pasó mucho tiempo sin saber de ti, hasta que nos visitaste.

— Querido hermano, a mí también me alegra mucho el tenerte a mi lado otra vez. A medida que mis recuerdos se van incrementando, voy extrañando más a toda mi familia, pero especialmente a ti, y por supuesto, a mi amada Anabell. A ella no dejo de pensarla...

— Vine para apoyarte, para pelear a tu lado y ayudarte a rescatar a la princesa. Eliminaremos al clan oscuro,

pues juntos seremos invencibles. Mi padre te envía su amor, al igual que nuestra madre Vidrania. Ellos te mandaron desde el séptimo cielo estos símbolos sagrados: El rayo azul y la estrella de seis puntas... ya te explicaré cómo funcionan, le manifestó muy entusiasta Trunder.

Hizo una pausa para de nuevo abrazarlo, y luego agregó:

— Nuestro padre autorizó a Dariel para que retirara la espada de Megan del viejo templo de Ziva. Con ella podrás acabar a Malekí, al igual que lo hizo nuestro padre cuando lo venció una vez.

— Gracias hermano, ahora somos un solo rayo, querido Trunder.

Dariel, que contemplaba junto a los otros muy de cerca aquel derroche de lealtad familiar, se acercó aún más para intervenir:

— Acá tengo la espada de Megan. Hace días fui a buscarla, solo que estaba esperando el momento propicio para hacer entrega formal de ella. Toma hermano, sujétala.

Darius agarró la espada con ambas manos, y luego de examinarla detenidamente, extasiado por su belleza y pulcritud, la dejó reposar a su lado. Se colocó los símbolos que recién le habían entregado, la estrella en el cuello y el rayo en su cinturón. Cuando volvió a tomar la espada en sus manos, emergieron de su espalda el par de alas que siempre había tenido, pero que ni él mismo lo había sabido antes. Todo su cuerpo se iluminó, y una especie de halo de pureza

lo cubrió por completo. Comenzó a sentir cómo una energía fluía por toda su piel, y sintió un impulso incontenible de volar. Así lo hizo, surcó los aires en raudo vuelo, dejando a su paso un irisado resplandor bajo la cúpula celestial.

A partir de ese día, comenzó a entrenar con Seto, sin darse por enterado de que el tiempo solo transcurría más allá de los límites del templo.

CAPÍTULO XIII

LA LLEGADA DE MERCURY

Dos años más transcurrieron para un total de cuatro, sin ver a su amada Anabell. Tras este tiempo de entrenamiento, Darius había cumplido ya veinte de edad. Una tarde de descanso, de las pocas que podía tener, los cielos se abrieron de súbito para dejar aparecer el tercer maestro de ley. Se trataba de Mercury, el maestro de la transformación cuántica. Hizo su entrada en forma de círculo de fuego, para luego convertirse en un hombre de agua, después en un rayo y finalmente en un ave, su última transformación, antes de volver a su estado natural.

— ¡Hola joven príncipe! Soy Mercury, tu tercer maestro de ley, y he venido a enseñarte todo lo que sé...

¡Hola Mercury! Es un verdadero placer conocerte de esa manera tan maravillosa. La verdad, me has dejado deslumbrado. Al igual que tú, espero aprender todo lo que sabes.

— Eso es parte de tu esencia, y con ayuda de los símbolos podrás activar todos los dones que posees como obsequio del último cielo.

Trunder, que se había mantenido al margen de la conversación, decidió participar:

— Las fuerzas del mal, no saben lo que les espera. No son presa fácil, pero la luz siempre vencerá a la

oscuridad. A lo largo de la historia los hemos vencido. Guerras, pandemias, terremotos, inundaciones, hambruna y desesperación son artilugios usados con frecuencia por las fuerzas oscuras. Esto derivará en tiempos futuros en que la humanidad vivirá confundida, pues ya no sabrán distinguir el bien del mal, ni viceversa. El aseo del mal siempre va a existir, con la finalidad de hacerse del poder, pero allí estaremos permanentemente nosotros, para evitarlo. Dicho esto, Mercury se retiró a su aposento para descansar hasta la mañana siguiente.

Un nuevo día. Un nuevo amanecer en el que Darius despertaba esta vez muy conmovido, al dejarse dominar por la nostalgia. Pensando en su entrañable amor por Anabell, entró en trance y viajó en pensamiento mientras la estrella de seis puntas se iluminaba. Anabell... ¿dónde estás? ¿Me escuchas?

Desde su habitación, la joven princesa le respondía con asombro y desconcierto:

— Te escucho Darius... ¿dónde estás?, preguntó casi en susurro.

— Espérame, pronto todo esto terminará y volveremos a encontrarnos para estar juntos por siempre. Te amo, amor mío, te amo, Anabell...

Intempestivamente, se cortó la comunicación entre los enamorados. Diana bloqueó la conexión telepática al activar un escudo para cubrir completamente el templo de Ónix, aislándolo de toda onda energética externa.

— Darius, ¡no debes hacer eso!, le señaló Diana en

tono de reproche. Cuando te activas telepáticamente, el tercer ojo emite una energía que se entrelaza con las ondas cuánticas haciéndolas perceptibles, y esa situación podría poner en evidencia tu ubicación. La telepatía, la tele-transportación y el portal del rayo azul no pueden usarse con la estrella de seis puntas, pues es una comunicación con mucha potencia que sobrepasa la quinta frecuencia en esta dimensión.

— Ya entiendo, maestra; le ruego me disculpe por ese descuido ingenuo que tuve, y le garantizo que nunca más volverá a suceder.

— Muy pronto podrán estar juntos. Ella está protegida en la vieja catedral, y también tiene una estrella de seis puntas. Nadie podrá entrar en ese templo para hacerle daño, mientras mantenga esa protección consigo.

Entre tanto Anabell, refugiada en la Catedral Metropolitana, permanecía muy preocupada y llena de incertidumbre, segura de haber escuchado la voz de su prometido. ¡Estoy segura que era él! Espero con ansias *volver a verlo, pero a la vez me angustia que me vea así, no quiero que me vea con los cinco ojos que ahora ocupan mi rostro, y esta enorme cola que sale de mi espalda baja, mientras mi cuerpo está a punto de convertirse en el de una gata. Sería una terrible pesadilla tener que ocultarme — por culpa de un oscuro hechicero — del hombre que amo con todas mis fuerzas. Pero igualmente creo que Gato Blanco pronto tendrá que rendir cuentas y someterse a la justicia de los cielos, pues siempre el bien triunfará sobre el mal...*

En realidad, Diana quiso evitar que Darius se enterara de la metamorfosis que estaba experimentando Anabell, pues al enterarse, iría de inmediato en su búsqueda. Saldría rápidamente del templo, abandonando su preparación, y de seguro pondría en grave peligro la vida de la princesa y la suya propia. Diana se preguntaba qué sería de la joven si Alan Husman lograra encontrarla. ¿Quién era realmente Anabell, y por qué fue escogida por el hechicero Husman en su maléfico plan?

Darius, como descargando su energía en el vacío, no cesaba de gritar quejumbrosamente: *Anabell, Anabell mi amor, dónde estás amor mío...* Con este pensamiento de por medio, una suave voz llegó a su mente desde el séptimo cielo. Su madre Vidrania le habló: *Hijo amado, déjate llevar por tu corazón, recuerda que el amor verdadero lo puede todo; es capaz de vencer a las más grandes fieras, salir del más profundo abismo, y hasta romper los más potentes hechizos. Solo deja que la magia del amor se consolide en tu corazón.*

Simultáneamente a estar atento a lo que le dijo su madre, sus añoranzas lo trasladaron al recuerdo de su vida al lado de Vidrania, Ónix y Trunder. Y paralela a esta evocación, su mente trajo las imágenes de sus padres terrenales, Don Joaquín y doña Josefina, quienes fallecieron en un naufragio. Hasta ahora, Darius sigue sin saber con exactitud quién fue aquel ser luminoso que lo salvó a él. Para ese entonces, solo contaba con diez años de edad, pero pese a ello, recuerda todo como si hubiese acontecido ayer.

CAPÍTULO XIV

EL SECRETO DEL REY ROSS

Mientras tanto, en la séptima dimensión estaba de visita el rey Ross, conversando con su hijo Ónix, su nuera Vidrania y su nieta Zaneta.

— Tendrás que encargarte del octavo cielo. Necesito recorrer algunos lugares para cerrar los portales de Sereón y Soros, pues han aparecido seres de la legión del abismo, y debemos evitar una batalla innecesaria en el nivel superior. Las líneas del tiempo se están alejando, dijo Ross, dirigiéndose a Ónix.

— Sí padre, me preocupa también la atmósfera que se está formando en las dimensiones bajas. Ya Trunder está en la Tierra junto a Seto, Diana y Mercury, para darle apoyo a Darius, Dariel y Marux.

— Por cierto, ¿cómo va el entrenamiento de Darius?, preguntó el rey Ross.

— Muy evolucionado. Pronto estará listo para enfrentar a las fuerzas oscuras que lo amenazan, respondió rápidamente Ónix.

— A propósito, padre. ¿Podría ir a la Tierra para apoyar a mis hermanos?, inquirió Zaneta.

— Debemos dejarla ir, creo que es conveniente hacerlo, sugirió su abuelo.

— ¡Sí, estoy de acuerdo! Me parece una buena idea, prepararé el traslado, se apresuró a decir el preocu-

pado Ónix, mientras Vidrania le apretaba su mano izquierda, como queriendo decir algo que de inmediato prefirió callar. Solo atinó a abrazar tiernamente a Zaneta, al tiempo que le decía:

— Estaremos muy pendientes de ti, hija mía...

— No te preocupes, madre, estaré bien junto a mis hermanos, susurró la joven princesa.

— Deja que tus hijos se encarguen de Alan Husman, debemos confiar en ellos. Nacieron para ser grandes guerreros y amazona, dijo el rey Ross algo consternado, y continuó dirigiéndose a su hijo:

— Aún recuerdo el nacimiento de Marux. Ella nació en la cuarta dimensión, la de los muertos, un lugar donde nadie nace; solo llegan las almas. En aquel entonces, cuando tu hermano Andrómini fue alcanzado por la flecha de Megan, fue a buscar a la princesa Raddia a ese lugar de paz. Luego de rescatarla le brindó protección en la gran pirámide dorada, y fue allí donde dio a luz a la dulce princesa que todos amamos. Posteriormente, yo mismo me encargué de su crianza. Es por eso que esa niña siempre ha sido mi adoración, finalizó.

— Abuelo..., y ¿dónde quedo yo?, preguntó graciosamente la princesa Zaneta, lo que ocasionó que todos rieran y buscaran abrazarla.

El diálogo familiar se mantenía. El rey visitante fue contando variadas historias y anécdotas de diversa índole, hasta que fue respetuosamente interrumpido por su hijo Ónix:

— Padre, en definitiva, ¿cuántos cielos hay?

— Yo mismo no lo sé, ni mi padre Moor lo sabe. Solo sé que hay un último cielo donde vive el padre creador de todo el universo, dijo con evidente seguridad el rey Ross, antes de agregar:

— Cuenta la historia que el maestro Jesús es el rey de ese último cielo. Estaba escrito que el hijo de Dios moriría y resucitaría por amor a los seres de la creación, para luego subir a los cielos. Por eso hay que meditar y orar en agradecimiento al supremo, aunque aún nos falte por saber lo maravilloso que es nuestro padre celestial. De saberlo, y si realmente creyéramos todos en conjunto, las fuerzas oscuras perderían su vigencia. Y dirigiéndose a Vidrania, agregó:

— Regala a tu hija antes de que viaje, la cadena con el símbolo de los espejos, para que la tenga con ella en la Tierra.

— Así será mi rey, le respondió Vidrania para finalizar.

CAPÍTULO XV

LA MAESTRA KWAN YING

Entretanto, en el templo de Ónix, Darius se levantaba con la llegada del amanecer, y tan pronto pudo, se dirigió al jardín de los espejos. De allí, tomó tres perlas que estaban sobre una piedra marmoleada al lado de la entrada, además de una pequeña flor aterciopelada que pendía de la rama de un hermoso arbusto de hojas lanceoladas, para montarse luego en una extraña nave muy plana que flotaba al final de una pequeña vereda pedregosa. Esta nave sin mandos lo condujo hasta los jardines mágicos del templo de Kwan Ying, pasando sobre una especie de hileras de bóvedas. Al llegar a la última, la nave se detuvo y Darius bajó de ella, pudiendo observar en las alturas la esplendorosa majestad de estos jardines, repletos de plantas exóticas y flores de loto crecidas sobre las aguas de un gran estanque, alrededor del cual se podían apreciar decenas de helechos que a su vez sostenían en su tallo preciosas variedades de orquídeas. Pasos más allá, se podía distinguir las aguas quietas de un sereno riachuelo.

Sintió la necesidad de meditar en medio de aquella acogedora soledad, pero repentinamente una atmósfera de luz envolvió todo el entorno, mientras un enorme lago violeta fue apareciendo frente a sus ojos. Como impulsado por una fuerza esotérica des-

conocida, lanzó las tres perlas al centro del lago; estas al contacto con el agua comenzaron a emitir una intensa luz que fue incrementando su espectro, hasta convertirse en una nube dorada, trayendo encima una bella mujer que fue materializándose hasta quedar hermosamente definida. Ella se acercó a Darius moviendo pendularmente sus manos y le entregó una pequeña bolsa, cuyo color verde hacía juego con la frondosidad de la naturaleza circundante. Darius, como hipnotizado, solo atinó a obsequiarle la flor que había traído junto a las perlas, gesto al que ella respondió con una dulce sonrisa.

— Soy la maestra Kwan Ying. Te he observado desde que llegaste a mis jardines, porque sé cuál es tu dolor. Anabell te ama, solo que por ahora no puede dejar que la veas. Ella tiene un hechizo que solo tú podrías romper, pues debes recordar que los hechizos se neutralizan solo cuando existe un amor realmente puro. Cuando logres estar con ella, no la mires a los ojos, solo abrázala fuerte, con toda la fuerza de tu corazón; y bésala apasionadamente. Se siente muy triste y apenada. En la bolsa que te entregué encontrarás un polvo mágico, que sirve para romper cualquier hechizo, por muy maligno que este sea. Y continuó:

— Debes esperar el momento preciso, pues podrían ponerte una trampa para que agotes el polvo mágico. Si eso sucediera, recuerda que no debes mirarla a los ojos, y besarla y abrazarla con toda la fuerza de tu alma enamorada.

— Háblame de ti, quisiera conocerte más, pronunció Darius suplicante.

— Soy Kwan Ying, diosa del amor, la armonía, la bondad, la misericordia y la felicidad, y eso te debe bastar por los momentos. Debo irme ya, joven príncipe...

Dicho esto, fue desapareciendo en la misma forma en que apareció, solo que de manera inversa. Ante el hecho, Darius dirigió su mirada a las alturas y exclamó: *Padre celestial, supremo Dios, gracias por enviarme a este lugar al encuentro con la maestra Kwan. Desde que la vi, me produjo una sensación en extremo agradable por su belleza, sutileza y sabiduría. Ansío contar esta experiencia a mis hermanos, y de seguro el día de mañana luce como una excelente oportunidad, debido a que me toca entrenar con el maestro Mercury.*

CAPÍTULO XVI

DARIUS Y ZANETA SE CONOCEN

Con los primeros albores del siguiente día, cuando ya se encontraban todos listos para la correspondiente sesión de entrenamiento, una profusa luz incandescente comenzó a aparecer en medio del bosque, y lentamente se fue transformando en un portal iluminado que se irguió entre el follaje. Al instante, una preciosa niña sonriente salió dando tímidos pasos, y Trunder se apresuró a tomarla entre sus brazos, estrechándola fuertemente.

— ¡Mi niña! ¡Hermanita, te atreviste a venir! ¿Cómo es que nuestros padres lo permitieron?

— El abuelo Ross aprobó mi propuesta de acompañarlos; yo quería estar con ustedes, respondió la pequeña princesa Zaneta.

— ¡Pues claro! Y como siempre, te saliste con la tuya. Ven, vamos adonde están los demás. Allí están nuestros hermanos Darius y Dariel, entrenando con el maestro Mercury, le dijo Trunder tomándola de la mano.

— ¿Quién es esa hermosa niña?, preguntó Darius, visiblemente intrigado.

— Ella es Zaneta, nuestra hermana menor. Solo tiene trece años, pero la acompañan todas las habilidades del mundo. Es un ser sorprendente, capaz de

multiplicarse hasta treinta veces, desaparecer cuando quiere, transformarse en una niña transparente, o brillante y reflectora como un espejo, y su cuerpo es muy resistente, con la dureza específica del diamante, dijo a todo pulmón el orgullosos Trunder.

Zaneta se acercó y abrazó a Darius primero y luego a Dariel, antes de hacer lo mismo simultáneamente a todos los demás. Su habilidad para multiplicarse, asombró a todos los presentes. Habiéndose suspendido la jornada, el grupo compartió, charló, rio y disfrutó ampliamente del resto del día, hasta que el anochecer los encontró aún entretenidos. Cada quien se retiró a su respectiva habitación, incluyendo a la recién llegada Zaneta.

CAPÍTULO XVII

EL REGALO MISTERIOSO

Cuando Darius se quedó dormido, un inmenso espejo se materializó en su habitación. Una fulgurante luz cubrió cada centímetro de la alcoba, y una hermosa mujer apareció. Era la reina Vidrania, quien se acercó a su hijo, y lo despertó con un beso.

— Al abrir los ojos y ver a la reina, supo de inmediato de quién se trataba. Madre, ¿qué haces aquí? Siempre he soñado contigo, tu rostro siempre me fue familiar. Antes no sabía quién eras, pero ahora con el nivel de consciencia que he alcanzado, he logrado saber y explicarme muchas cosas.

— Vine a buscarte, tengo una sorpresa para ti. Ven conmigo, le dijo afectuosamente Vidrania.

— Busquemos a Trunder, quiero que también venga con nosotros, expresó Darius entusiasmado.

Cuando ambos se detuvieron frente a la puerta de la habitación de Trunder, esta se abrió y apareció el príncipe gemelo, exclamando inmediatamente:

— ¡Madre! ¡Sentí tu presencia! ¡Te esperaba! ¿Adónde quieres que vayamos?

— Solo síganme, les tengo un regalo, respondió ella. Ah, pero esperen un momento... ¿Esta jovencita adónde cree que va?

Instantáneamente se materializó Zaneta, quien estando invisible había entrado al dormitorio, escu-

chando todo lo que habían hablado.

— Quiero ir con ustedes, respondió Zaneta a la pregunta de Trunder sobre el motivo de estar allí.

— Pensándolo bien hermana, no es mala idea que vengas con nosotros, así sabrás del obsequio que espera por Darius. Además quiero que sepan que mañana es el último día de entrenamiento, por lo que debemos darnos prisa.

— No se preocupen, solo será una noche. Mañana estaremos todos presentes y podremos ver los diferentes combates, y principalmente, el gran avance de Darius. Realmente, vine para verlos combatir, y aprovecho entonces mi venida, para que él descubra la verdad de su existencia y libere por completo su consciencia, les dijo apaciblemente la serena madre.

— Vamos, crucemos el túnel de los espejos; es el momento indicado, dijo finalmente.

Instantes después se encontraban cruzando el túnel de luz y al final del mismo, se podía visualizar una cabaña con una enorme puerta.

— Madre, ¿qué hay detrás de esa puerta?, preguntaron los tres casi al unísono.

— Entren y verán. ¡Ese es mi regalo! Y recuerden algo: cuando salgan de la cabaña, los estaré esperando. Solo tardarán unas pocas horas. Zaneta, ya que estás aquí, acompáñalos, pero mantente al lado de Trunder, deja que Darius descubra su regalo.

Al entrar, pudieron ver algo fantástico revelándose ante sus ojos. No podían creer que en el interior de esa pequeña estructura de madera, existía un inmen-

so paisaje; pero cuando su asombro se evidenció con mayor énfasis, fue al encontrarse con los cuatro legendarios caballos alados (dos blancos, uno negro y otro plateado). Junto a los equinos se encontraba una exuberante criatura de género femenino, alta, delgada, con una muy agradable sonrisa.

— ¡Hola príncipes!, dijo la exuberante mujer, con una voz naturalmente melodiosa, mientras caminaba y danzaba alternando sus piernas en zigzag, alrededor de los gemelos.

— Hermanos, conozcan a Natalia, dijo Trunder mientras extendía sus brazos en dirección a la fémina.

— Encantada de conocerle, príncipe Darius, dijo la bella mujer sin desdibujar su sonrisa y haciendo una amable reverencia. — Estaba esperándoles, sabía que vendrían los tres. ¿Cómo estás Zaneta? Pueden llamarme Natalix, porque a decir verdad, así lo prefiero, aunque estoy consciente de que ustedes me llamarán como quieran. Represento el equilibrio de la fauna y la flora con el ambiente, soy la guardiana de esta dimensión y todas las dimensiones de los primeros cielos.

— Estos cuatro caballos – continuó – son para ustedes, son los regalos que vinieron a buscar. Los cuatro son hijos del gran Pegasus en Hela, la yegua diosa del viento y la neblina. Los machos son suyos, y la hembra plateada permanecerá aquí esperando por la princesa Anabell.

Dicho esto, apuntó con sus manos al horizonte y comenzó a visualizarse un camino de piedras azules,

al que le fueron apareciendo en sus bordes grandes flores blancas, haciendo de aquel pictórico estrecho un exquisito tramo de intenso colorido.

— Disfruten su estancia en esta dimensión, agregó Natalix complacida.

— Gracias, gracias, gracias, dejó escuchar Trunder, mientras Darius y Zaneta agradecían del mismo modo.

Al instante Natalix se transformó en un hermoso cisne rosado que al levantar vuelo fue haciéndose invisible, mientras que entre los hilos del viento se podía escuchar su aterciopelada voz: *Recuerden regresar por la puerta grande antes que el sol se torne rojo. Aquí el tiempo no es como el que ustedes conocen.*

Los hermanos montaron entonces los caballos, sonriendo y satisfechos.

— Darius, hagamos una carrera, para ver quién llega primero al lago de las nubes.

— Acepto el reto, Trunder. Arrancaremos a la cuenta de cinco.

Salieron por el camino de piedras, pero estas comenzaron a brillantarse y proyectarse al cielo, y los caballos empezaron a volar moviendo sus alas de manera rítmicamente acompasada, mientras que la yegua plateada permaneció donde estaba, dejándose envolver por una espesa neblina para luego ser elevada plácidamente al cielo por un suave viento.

Llegaron finalmente al lago de las nubes, en el valle de los flamencos.

— Hermano, creo que ganaste la carrera, dijo Trunder mostrando condescendencia.

— Sospecho que a propósito te dejaste ganar, respondió Darius sonriente y efusivo.

Las nubes del lago fueron despejándose y el verdor de una exótica montaña fue apareciendo lentamente. Una colosal escultura de Pegasus brillaba en la cima como si de un templo natural se tratara, y una cascada fluía desde la mitad del cerro, formando una depresión con una poza en la que unas lindas doncellas se bañaban, mientras otras recogían agua en pequeños recipientes nacarados. Alrededor de las bañistas, iban creciendo flores de diferentes tamaños, formas y colores.

— Los dos rayos gemelos cruzaron en vuelo la cascada, tras la cual se ocultaba una luminosa cueva llena de miles de luciérnagas. Al final, una puerta plateada se abrió ante ellos, y pudieron ver a la pequeña Zaneta, sonriente y sosegada.

— Hermanos, les gané la carrera. Hace rato ya, que espero por ustedes.

— ¿Cómo hiciste para llegar aquí primero que nosotros?, preguntó ingenuamente Darius.

— ¿Se olvidan quién soy?, preguntó la pequeña princesa.

— Recuerda, Darius, que ella tiene el poder de desmaterializar su cuerpo y trasladarse molecularmente a cualquier sitio...

Mientras los hermanos conversaban, dos doncellas se apostaron a ambos lados de la puerta, gesticulando con sus brazos para invitarles cordialmente a entrar a un gran salón al que apenas se le podía ver su frontis.

Una vez dentro, los gemelos pudieron ver a una jo-

ven vestida de blanco sentada de espaldas a ellos, ante un elegante piano del mismo color. El uso de una toca le daba un aire de monja, pero esto no fue lo que más llamó la atención a Darius, pues al momento esta mujer comenzó a interpretar una melodía que le era muy familiar: La rosa azul. *Estoy seguro que es el tema de Anabell*, se dijo. Se acercó a la misteriosa pianista cuya cabeza permanecía cubierta con la prenda monacal, pero pudo observar entonces una larga cola que desde su baja espalda caía al suelo. Antes de seguir avanzando, comenzó a hacerse varias preguntas: ¿Quién es esa mujer con cola de gata? ¿Por qué está sentada en un piano que parece ser el de Anabell, y además ejecuta su melodía favorita? ¡No puede ser Anabell!, se repetía insistentemente. Pero su corazón palpitaba como si quisiera abandonar su cuerpo... como si el amor le indicara que era su amada.

Al llegar hasta ella, esta dejó de tocar el piano, y extendiendo su brazo diestro lo tomó de la mano, para decirle con natural dulzura:

— No intentes mirarme al rostro, mi amor, soy Anabell. Al instante, el joven reconoció la voz, y su olfato le indicó que ese era el perfumado aroma de la mujer amada.

— ¿De veras eres tú, Anabell?

La ejecutante pulcra del instrumento de cuerdas y teclas fue incorporándose lentamente, para abrazarse al hombre de sus sueños, y al hacerlo le susurró al oído:

— Sí, mi amor, soy yo, Anabell. Pero no me mires a la cara, por favor, te lo suplico. Abracémonos, solo podré estar en esta dimensión por muy poco tiempo,

concedido por la gracia de tu madre Vidrania. Ella a través de un sueño me explicó todo, y planificó este encuentro, incluso desafiando algunas leyes naturales de las líneas del tiempo. Y continuó: ¿Recuerdas cuando aquel día llegó en un misterioso coche blanco aquel tenebroso personaje?

— Claro que lo recuerdo, vida mía. Es imposible que lo olvide...

— Pues, el llamado Gato Blanco discutió con mi padre, y al saber que no cederíamos a sus macabras exigencias, lanzó sobre la familia un hechizo, a través del cual me convertiría con el transcurrir del tiempo en una gata, paso previo para posteriormente ser sacrificada en un ritual que traerá al mundo físico al maléfico Malekí. Pero gracias a la estrella que llevo colgada de mi cuello, se ha detenido el proceso metamórfico, además de permanecer protegida en la catedral, sitio al que difícilmente tendrán acceso las fuerzas del mal.

— Te he extrañado mucho, amor mío. Desde ese día no ha tenido descanso mi corazón lastimado.

— Tu madre me indicó que pronto vendrías por mí, le dijo entusiasmada Anabell.

— ¡Y así será! Espérame, me falta muy poco. Ya los códigos fueron liberados, y mi entrenamiento está en su fase final...

El diálogo fue interrumpido por una melodía interpretada con violines cuyos decibeles fueron poco a poco *in crescendo*, como invitando a los jóvenes enamorados a disfrutar al máximo del momento. Estos se abrazaron y comenzaron a danzar al son de la sua-

ve y melodiosa música, y al instante se encontraron flotando en medio del amplio salón, que lucía una decoración adaptada a la ocasión. Una luz que se reflejaba desde un espejo fue envolviendo a Anabell, quien lentamente se iba soltando de los brazos de su amor. Su cuerpo astral casi disipado fue absorbido por un pequeño remolino que tuvo su origen en el resquicio de una ventana de cristal, y se la fue llevando junto a todo lo habido a su alrededor: el piano y cada uno de los objetos que ornaban el salón. Al mismo tiempo, los violines dejaron de escucharse, mientras Darius gritaba ansioso: *¡Pronto estaremos juntos, mi amor!*

Al mismo tiempo, un portal se abrió en el punto donde había estado el piano, y al entrar los tres hermanos, se encontraron viajando en un túnel de colores brillantes, galopando en sus caballos. Antes de alcanzar el final del túnel, Darius le dijo a sus hermanos: *¡Ahora entiendo todo; estoy muy feliz por haber visto a Anabell!*

Al finalizar el recorrido y salir por una gran puerta hecha de madera cristalizada, pudieron ver a Vidrania, quien los esperaba tal como lo había prometido. — ¡Madre! Dijo Darius abrazándola fuerte y cariñosamente, sin mencionar una sola palabra más.

Vidrania se sentía inmensamente feliz, y junto a los gemelos y su pequeña princesa Zaneta, emprendió el retorno al templo de Ónix. Ya cercano el final de esa larga noche, la reina fue hablándole a los jóvenes guerreros sobre los males que azotan a las civilizaciones de bien.

— El afán de acumulación de riqueza y poder – les dijo – ha llenado de energías negativas al planeta. El odio, la envidia, el vano orgullo, el rencor y el egoísmo, han liberado la desesperanza en las mentes. Esta circunstancia ha bajado vibraciones causantes de enfermedades colectivas. De no tomar nosotros los afectados el control, crearán males masivos artificiales y muchos sufrimientos más...

Cuando se aproximaban a una paradisíaca bahía, una misteriosa dama de alto talle, piel blanca y hermoso rostro, iba descalza sobre las aguas, en dirección al lago azul. Su larga cabellera amarilla era batida por el viento, confundiéndose sus finos cabellos con los primeros vestigios del sol que comenzaba a asomarse. Su caminar era muy pausado, pero decidido, como si algo en el lago la llamara, y por donde iba pasando fueron creciendo coloridas flores hasta que llegó a la orilla, donde estaba anclada una antigua embarcación que esperaba por ella. Mientras, las palmeras azotadas por el viento comenzaron a dejar oír una melodiosa cadencia que se mezcló con el ambiente nuboso que arropaba el paisajístico escenario.

Apareció entonces Natalix, e inmediatamente después – sorpresivamente – su madre Mariné, reina de la naturaleza.

— ¡Madre! ¡Madre, te buscaba! Acabo de llegar de las verdes praderas, donde pude conocer a los príncipes y entregarles los regalos de Moor. A Anabell le reservamos según fue indicado, la yegua plateada. El caballo negro se le entregó a Zaneta, quien enseguida

lo bautizó *Athenaz*, y Trunder llamará a su caballo *Zulu*, mientras que Darius le puso el nombre de *Bengala* al suyo.

— Acompáñame, vamos a limpiar las aguas del lago antes de que salga el sol, dijo Mariné a su hija.

Ambas se dirigieron al bote y con la ayuda de un suave viento de popa iniciaron el recorrido lacustre. Un grupo de delfines nadaba en paralelo con movimientos ondulantes perfectamente sincronizados, como si escoltaran en comitiva a las navegantes. Natalix comenzó a entonar una enternecedora canción mientras su madre introdujo sus manos superficialmente, produciendo suaves remolinos que fueron haciendo completamente cristalinas las aguas.

— Madre, ¡qué bella vista tiene la playa desde aquí! Las flores y las palmeras hacen percibir una paz espiritual estupenda, comentó Natalix.

Sorpresivamente, una enorme serpiente marina emergió frente a la embarcación, y tanto Mariné como Natalix saltaron al lomo de la colosal bestia acuática. Esta, en un impulso desde su vientre, alcanzó a sobrepasar las nubes, para dejarse caer de inmediato y sumergirse en las profundidades del lago, llevando consigo aun a la reina de la naturaleza y su hija Natalix.

CAPÍTULO XVIII

CHOQUE DE ESPADAS

Cuando faltaba poco para la medianoche, Darius despertó en su habitación del templo de Ónix. ¿Dónde estoy? Se preguntó, y le pareció tener la respuesta: *Creo que estuve soñando con Anabell y mi madre, pero a pesar de haber sido solo un sueño, todo me parece muy real.* Su cavilar se vio interrumpido cuando tocaron a la puerta. *Darius, soy Trunder, abre, por favor.*

Al abrir, encontró a su hermano un tanto agitado, desconcertado, casi gritando:

— ¡Creo que Vidrania está aquí! He soñado con ella, y todo me parece muy real. No entiendo lo que está pasando.

— No es un sueño, todo es verdaderamente real, respondió sereno Darius.

— ¡Mamá está aquí!, escucharon a su lado, reconociendo enseguida la voz de Zaneta.

— ¡Como siempre, Zaneta! Vives oculta, fisgoneando. Materialízate para poder verte, por favor, y trata de mantenerte así, le recriminó casi enojado Trunder.

Sin hacerse visible aún, la pequeña preguntó a sus hermanos:

— ¿Adivinan con quién estoy?

Sin esperar respuesta, apareció con Vidrania junto a ellos.

— ¡Madre, sabía que estabas aquí! Te sentí conmigo, con nosotros...

— Así es Darius, hijo mío, así es. Estoy con ustedes, y todo fue real. Como les prometí, llegamos a tiempo para la esperada competencia. Debo estar oculta hasta la hora del evento, solo ustedes tres saben que estoy aquí. Haré mi aparición en el salón de los combates. Para mañana les tengo otra sorpresa, pero antes dime, Darius, ¿qué te pareció el encuentro con Anabell?

— ¡Extraordinariamente hermoso! Gracias, muchas gracias madre, por permitirme ese momento de felicidad, no solo por ver de nuevo a mi amada, sino por verte a ti también. Antes, cuando no sabía quién eras, sentía que alguien me cuidaba, me protegía...

— Quiero que sepas que yo misma te salvé de morir en aquel naufragio, hijo. Te extraje de las aguas profundas, temiendo que hubieras muerto ya, y te abracé dándote el calor de mi pecho hasta que volviste al mundo físico. Llegué tarde para salvar a tus padres terrenales, sus pulmones habían colapsado. Ahora ve a descansar, hijo, mañana será la gran prueba.

En efecto, de acuerdo a lo previsto, Darius se levantó muy temprano y se dirigió de inmediato al salón de combates. Cuando llegó, ya todos estaban allí, esperándole. Las puertas fueron abiertas por completo y una intensa luz iluminó toda el área, al tiempo que una hermosa figura iba apareciendo. Era la reina Vi-drania, quien dirigió las primeras palabras a los presentes: *Bienvenidos al majestuoso salón de los combates.*

Todos se sorprendieron al verla aparecer, y solícitos hicieron la respectiva reverencia, mientras ella caminaba a encender el fuego, dando inicio de esta mane-

ra al primer combate llevado a cabo entre Mercury y Seto. Zaneta hizo su aparición, dejándose ver entre los espectadores. Diana, Marux, Dariel y el resto de los guerreros fueron participando hasta que llegó el gran evento esperado. Cuando salió Darius, todos quedaron sorprendidos. Aquel joven otrora delgado, con estampa intelectualoide y delicadeza al hablar y en su trato, ahora mostraba una prominente masa muscular distribuida proporcionalmente de manera óptima y elegante, y su caminar garboso dejaba ver los avances que gracias al intenso entrenamiento, ahora podía exhibir. Lucía una indumentaria que identificaba su nueva condición de guerrero, consistente en una túnica bajo un arnés elaborado con varias placas de extraños metales unidos por tiras de cuero, para proteger torso y cuello, y que a pesar de su solidez le permitía tener libertad de movimiento. Tenía, entre otras cosas, grebas altas en ambas piernas, de manera de proteger sus extremidades, y sandalias de suela pesada sujetadas con trenzas de piel anudadas en zigzag rodeando sus pantorrillas, hasta el tope inferior de las rodillas. Su imponente figura se complementaba con el tupido y sedoso cabello hasta los hombros, y hasta su mirada había cambiado: ahora era penetrante, cautivante, casi hipnotizadora.

Todos estaban sorprendidos, no solo por su atlética figura sino por su increíble parecido con su hermano Trunder y a la vez, el de ambos con Ónix, su padre. De seguidas, desplegó sus alas y emprendió un vuelo rasante por los alrededores inmediatos, exhibiendo

el perfecto dominio que tenía de ese don, además de dejar por sentado que el tiempo de entrenamiento estaba dando los frutos esperados.

Ya en la arena de combate, se puso en guardia y desenvainó la espada de Megan para enfrentar al maestro Mercury, como los dos legendarios galácticos que eran. Con cada choque de las espadas, una explosión de rayos multicolores se desplegaba *in crescendo* hasta lo alto del templo. De repente, Darius se invisibilizó, por lo que Mercury se vio impedido de atacarlo puntualmente, pero aun así, la experiencia se impuso en el arte del inveterado maestro y pudo seguir presentando digna batalla. Sin embargo, Darius pudo doblegarlo hasta finalmente vencerlo.

Luego de ser declarado oficialmente ganador del combate, Trunder se acercó a él y ambos sacaron de sus respectivos cinturones el símbolo del rayo azul, que junto a la estrella de seis puntas, les permitió activar la imagen de la serpiente milenaria del gran Ónix. Volaron entonces sobre la serpiente, que desde arriba se veía como un inmenso espejismo luminoso en extremo, a todo lo largo de sus casi veinte metros. Esta criatura, a la que llamaban Tarus, era el guardián de las aguas de Aterra. Desaparecida la imagen espectral de la sierpe, caminaron hasta donde se encontraba sentada Vidrania, quien se dispuso a clausurar el evento:

— Estoy muy complacida con la participación de todos los guerreros y maestros sacros. No me cabe la menor duda de que hicieron un inmejorable trabajo de formación integral con Darius, por lo que les doy

mis más expresivas gracias, extensivas a todos cuantos tuvieron que ver de una manera u otra con esta titánica tarea.

Dicho esto, volteó hacia sus hijos para abrazarlos con evidente efusividad, mientras los asistentes iban desalojando las instalaciones. Ante el ruego de los gemelos, de quedarse por lo menos un día más, respondió: — Debo marcharme ahora. Vuestro padre tiene que viajar a distintos lugares del universo, y yo me haré cargo del séptimo cielo mientras dure su ausencia. Zaneta me acompañará.

— Madre, déjame quedarme un par de días más para compartir más ampliamente con mis hermanos, le pidió suplicante Zaneta.

— Está bien hija mía, te concedo esa petición, pero debes prometerme que te comportarás debidamente.

— Sí madre, así lo haré. Permaneceré visible todo el tiempo. Seguidamente, Vidrania extendió sus manos y aparecieron tres triángulos que fueron acoplándose lentamente por sus tres puntas hasta formar una perfecta pirámide llena de luz. La reina se desvaneció en un pequeño torbellino de humo que entró a la estructura triangular mientras esta emitía una radiante luminosidad violeta, y todo fue disipándose hasta desaparecer por completo.

Gratamente impresionado, Darius tomó de la mano a su pequeña hermana y se retiró del lugar, mientras Marux, Trunder, Diana y Dariel se quedaron contemplando la exuberante flora de los jardines.

CAPITULO XIX

LA CUARTA DIMENSIÓN

Al siguiente amanecer Marux viajó a la cuarta dimensión. Allí encontró muchos seres ya fallecidos, que creían estar vivos aún. Una joven, sin saber que había muerto el día anterior, se acercó tímidamente a la visitante.

— ¡Hola! ¿Quién eres?, le preguntó Marux.

— Soy Ruth. Me siento desorientada, muy sola. Ayer estaba paseando montada a caballo recorriendo un atractivo valle soleado, cuando algo asustó a la bestia y empezó a correr sin control hasta que me lanzó por los aires, y al caer me golpeé fuertemente contra una roca. Aquí me siento muy sola y quisiera volver a casa, pero no tengo idea de cómo hacerlo.

— Ruth, ya no estás en la Tierra. Te marchaste, solo quedó allá tu cuerpo físico. Pero no te preocupes, te ayudaré a entender y a cruzar hasta la gran luz. Ahora nos encontramos en la cuarta dimensión y quiero que sepas que todo estará bien, estoy aquí para ayudarte, expresó con tono maternal la princesa Marux. Ven, dame tu mano, acompáñame, camina conmigo, visualicemos un lindo paisaje, pensemos en cosas hermosas, agradables.

— Me siento mucho mejor, y aunque nunca he sido buena para soñar despierta, siento que ya puedo hacerlo. Cuando tomaste mi mano experimenté sensaciones nuevas, me sentí sosegada, en paz, atinó a co-

mentarle la recién fallecida a su nueva “amiga”.

— ¡Oh! ¡Qué hermoso paisaje has proyectado, Ruth! Allí todo es espléndido, apacible. Ahora debes caminar en dirección a la luz que se alcanza a ver tras la colina; verás que pronto vendrán por ti.

— ¡Gracias! Me siento mejor ahora. ¿Cuál es tu nombre? ¿Eres una diosa? ¿Un ángel?

— Me llamo Marux, y no soy un ángel y mucho menos una diosa. Nací en esta dimensión y siempre regreso a ella, entre otras cosas, para ayudar a quienes puedan estar desorientados, así como tú lo estabas. Ya sabrás de nosotros, conocerás a muchos como yo, alcanzó a decirle, antes de que Ruth desapareciera disipada en un rayo lumínico que la absorbió.

Un instante después, Marux salió de su onírica meditación y se dispuso a descansar.

Mientras esto tenía lugar, en los jardines de las siete princesas entrenaban Dariel y Trunder, afinando aún más sus destrezas guerreras y coordinando con proyecciones metafísicas los próximos pasos a dar. Al cabo de un rato, se les unió Darius...

CAPÍTULO XX

UN MISTERIOSO NAVÍO

Después de haberse marchado la reina Vidrania, en aquel momento Darius se acercó a Dariel y le comentó: — Juan, esta mañana me sorprendiste con tu habilidad para manejar la espada.

— ¡Qué chistoso Darius! ¿Por qué sigues llamándome por mi nombre terrenal, si ya sabes que soy tu hermano, y que mi verdadero nombre es Dariel?

— Solo fue una broma, hermano. Sabía que te extrañaría escucharme decir Juan. Lo que ocurre es que he estado repasando todo el recorrido de mi vida, y he recordado con orgullo y satisfacción cómo tú y Marux han cuidado de mí, sin que yo supiera quiénes eran ustedes, y peor aún, sin que supiera tan solo quién era yo mismo. Ahora entiendo lo maravilloso que es tener una familia, contar con parientes, recibir amor de quienes amas. Me gustaría salir de este templo, me agradaría pasar por la casa de Anabell para saber cómo están sus padres, y luego ir a la casa de antigüedades de mi padre.

— No creo conveniente que seas tú quien haga semejante recorrido, debo ser yo quien lo haga en tu lugar, y desde luego te informaré cada detalle que observe y llegue a conocer, acotó Dariel.

— ¡Claro que así debe ser!, dijo Trunder, quien se había acercado para unirse a sus hermanos en el diálogo.

— ¡Está bien, está bien!... cálmense, por favor. Ante tan aplastante mayoría de ustedes dos contra mí, pues no me queda más que acatar el veredicto, dijo sonoriamente sonriente Darius. Luego agregó:

— Ya que serás tú quien vaya en mi lugar, Dariel, entonces te sugiero que visites primero a don Roberto y doña Graciela; luego dirígete a la casa de antigüedades y allí buscarás al celador. Dile que yo te envíe por el triángulo de cristal, que te lo entregue en mi nombre y bajo mi responsabilidad.

Acatando las instrucciones de su hermano, Dariel emprendió viaje apenas iniciándose el próximo día. Tomó su espada y cruzó el portal que conduce a la Ciudad del Sol, llegando de inmediato al interior de la mansión de los padres de Darius. Buscó en el closet de su habitación la indumentaria de cochero que solía usar como Juan, y de nuevo vestido con traje y sombrero de copa ató el caballo al carruaje y se dirigió a cumplir con su primer encargo en la bahía del sol, al sitio donde repetidas veces llevó a Darius a visitar a Anabell.

Habiendo llegado a casa de don Roberto, y estando el portón principal abierto, fue directo a tocar a la puerta. Al instante, como si hubiese estado esperándolo, abrió la nana Elena.

— ¡Joven Juan, qué sorpresa! ¿Cómo se encuentra?

— ¡Bien, muy bien! Espero que usted también esté bien... y que me perdone si ocasiono alguna molestia a esta hora.

— ¡Para nada! Le aseguro que para nada es molestia, al contrario. Pase usted adelante, por favor, y tenga

la amabilidad de esperar. Ya le aviso a Doña Graciela que usted está aquí.

No fue mucho lo que esperó, por cuanto la mamá de Anabell se presentó casi al mismo tiempo que la nana se ausentó.

— ¡Hola joven Juan! ¡Qué placer tenerlo aquí con nosotros y saber que está bien! ¿Vino solo, o Darius le acompañó?

— No, él no vino conmigo, aunque estoy acá justamente cumpliendo un encargo suyo. Quiere saber cómo se encuentran, si todo está bien, si necesitan de algo con lo que pueda ayudarles. Me encargó decirles que confíen en él, que pronto todo volverá a ser como antes.

Luego de un largo diálogo que se extendió por más de dos horas, visitante y anfitriona se despidieron. Antes de marcharse, Juan recibió un decidido abrazo de la señora Rossi, momento que aprovechó la dama para susurrarle al oído: *Tenga usted cuidado, joven Juan, nos están vigilando. La gente de Gato Blanco permanece mero-deando la casa.* Juan sintió que en realidad una presencia extraña estaba muy cerca, y cuando salió observó a un supuesto jardinero husmeando los alrededores inmediatos del coche, pero al ver que él se aproximaba, el intruso convertido en solo una sombra, corrió en dirección a la maleza hasta perderse. Juan, sin pensarlo dos veces, se montó y salió de los predios alejándose a gran velocidad.

Habiendo avanzado ya un considerable trecho, pero estando aun bordeando las orillas del lago, pudo ob-

servar que un viejo barco emergía de las profundidades, con una calavera impresa en su bandera negra. Pensando rápidamente, atinó a esconder el carruaje entre unos manglares que sobresalían a la vera del camino, con el propósito de echar un vistazo indagatorio para saber de qué se trataba aquello. Se despojó de la levita, y de inmediato un par de enormes alas se asomaron desde su espalda. Empezó vuelo con tal elegancia y destreza, que sobrevolando el área desde abajo semejaba ser un gran águila blanca. Por lo menos algunos marineros así lo creyeron, hasta el punto de acudir exaltados a alertar a su mandamás.

— ¡Capitán, mire esa enorme águila! Pareciera con su vuelo rasante querer posarse en el mástil mayor de la nave, dijo su asistente.

— No veo razón para tanto alboroto, respondió parco y regañón el viejo capitán Morgan. Señores, vamos a lo nuestro, las aves no interesan en lo absoluto a nuestro líder Gato Blanco.

— Entendido, capitán. Le informo que ya estamos en posición para sitiar la ciudad, dijo el jefe de marineros.

— Recuerden que esta vez el botín será muy valioso, acotó el siniestro capitán, antes de agregar: Alan Husman dice que habrá muchas almas en juego. El maestro Malekí nos pide el sacrificio de Anabell, a costa de lo que sea. No importa lo que tengamos que hacer, habrá que hacerlo con tal de llegar hasta la joven princesa cuya muerte en ofrenda traerá a la vida a Malekí, maestro de maestros. Me dice también Gato Blanco, que además debemos encontrar al príncipe

Darius y eliminarlo antes del próximo eclipse. A él lo tienen escondido en alguna dimensión, a eso se debe que hayamos puesto en alerta a todas las fuerzas aliadas. ¡El hijo de Ónix debe morir! finalizó.

Dariel, habiendo escuchado todo lo hablado, pensó que lo antes posible tenía que poner al tanto a sus hermanos de los macabros planes de Alan Husman y sus secuaces.

CAPÍTULO XXI

EL PACTO

Mientras tanto en el mundo subterráneo se sentía la energía de Malekí, quien desesperadamente quería volver a la vida, y sabiendo que el eclipse estaba muy próximo a acontecer, debía conseguir con urgencia el cuerpo adecuado para lograr su fin.

Pero lo que no sabía el maléfico personaje, es que los reptilianos no lo acompañarían en esta aventura, por cuanto en sus mentes contemplaban otros planes. Ellos, a su vez, querían aprovechar el eclipse para volver a la vida a su reina, conocida desde hace muchas eras con el nombre de Sibax. Como raza, ya habían pasado por una metamorfosis progresiva y sus mutaciones habían avanzado a tal punto que sus cuerpos eran semejantes a los de los humanos, junto a quienes habitaban el planeta Tierra desde que llegaron desde la galaxia Lacerta. Sin embargo, no buscaban un cuerpo perfecto y virginal para su reina, solo la querían de vuelta a la vida. Al igual que Malekí, se requería para Sibax la energía emanada durante el eclipse, por lo que era prioridad para ellos terminar con las aspiraciones de volver a la vida del némesis de Atterra.

Precisamente para lograr su objetivo, pensaron en hacer un pacto con el rey Ónix, pues también él persigue el mismo fin: Impedir que Malekí vuelva a la vida. Debemos emprender unas estrategias que nos

permitan evitar el retorno del malévolo personaje, quien, de lograr su propósito, nos convertiría en sus esclavos en medio de la oscuridad con la que impregnaría al mundo habitado.

Los reptilianos eran liderados por el rey Sor, quien esperaba ansioso el retorno de su amada reina en un nuevo cuerpo. Esta vez la llamaría Isabel, en lugar de Sibax. Este era el principal motivo para buscar impedir que la energía de Malekí se materializara en un nuevo cuerpo físico, evitando así, que despierte a Ziva, su cómplice en los tiempos de Atterra, y quien fuera su sacerdotisa principal, siendo una guerrera reptiliana. Nadie sabe cómo desapareció, aunque algunos aseguran que está dormida desde hace más de catorce mil años.

Cierto es, que cada cinco mil años los lacertas intentar revivir al príncipe Malekí y despertar de las profundidades subterráneas a la audaz Ziva. Están prontos a cumplirse esos cinco mil años desde el último intento, que afortunadamente terminó en rotundo fracaso gracias a la intervención del rey Ónix, y esta vez tocará a los príncipes Darius, Trunder y Dariel junto a los maestros de la luz, evitar la materialización de los que encarnan el mal.

CAPÍTULO XXII

EL MISTERIOSO CELADOR

Un día después de haber llegado, Juan salió muy temprano esta vez en su caballo blanco. Se dirigió prontamente a la casona muy antigua que Darius heredó de sus padres terrestres, lugar donde funciona la tienda de antigüedades, igualmente heredada de don Joaquín y doña María. Al encontrarse en el lugar, notó que una parte de la ventana frontal estaba semi-desprendida, lo que permitía que la fuerte brisa la azotara contra el marco de madera, produciendo un estruendoso sonido que podía escucharse a lo lejos. Juan desmontó y fue acercándose sin dejar de observar con detenimiento las bisagras, que parecían a punto de desprenderse ante el vaivén de las hojas que seguían a merced de la fuerza del viento. Tocó sin delicadeza alguna la vetusta puerta, adornada en su rectángulo central por una serie de extraños jeroglíficos, indescifrables para el joven visitante. Ante el segundo intento de ser escuchado, esta vez la puerta se fue abriendo muy lentamente. Juan decidió entrar, y al hacerlo se encontró frente a un enjuto anciano, con una larga y muy blanca barba, y de ojos celestes muy pequeños, que se mecía en una desgastada silla de madera torneada. Sonriendo amablemente, el anciano pronunció sus primeras palabras:

— ¡Bienvenido príncipe Dariel! Tengo mucho tiempo esperando por usted.

— ¿Es usted el celador?, preguntó el enviado de Darius.

— Sí, yo mismo soy. Tengo guardado un paquete para su hermano desde hace mucho tiempo. Debe tomarlo y salir rápidamente de este lugar, pues estamos siendo vigilados. Cruce el portal que está tras la puerta de ese clóset, y no se preocupe por su caballo, me encargaré de que pronto lo tenga de vuelta con usted. Antes de abrir la puerta que daba al portal, Dariel quiso echar una mirada atrás, y pudo apreciar cómo el anciano se iba desvaneciendo junto con el resto del escenario que había servido segundos antes para concretar su misión. Todavía a tiempo, abrió la puerta e ingresó al portal, que lo condujo de inmediato al templo de Ónix.

Sus hermanos gemelos lo aguardaban de pie mientras conversaban sobre sus planes, y Dariel entregó en sus manos a Darius el paquete que le dio el celador, contentivo entre otras cosas de siete pequeños frascos de vidrio templado que contenían a su vez lágrimas de ángeles sagrados, y un modesto envoltorio con los siete símbolos localizados en la vieja mansión.

Dariel también les contó lo del misterioso barco antiguo, donde logró enterarse de los planes de Alan Hushman para alcanzar su objetivo. De seguidas, Darius extrajo también del paquete recién recibido, un triángulo de cristal, elevando al instante sus brazos al cielo para expresar a viva voz: *Padre, ya estoy listo para librar la gran batalla contra el malvado Malekí; solo es cuestión de tiempo...*

Dicho esto, una vistosa armadura fue cubriendo todo su cuerpo, adhiriéndose a su piel como si formara parte de él, dejando sobresalir sus alas que brillaban, ante el resplandor de una luz azulada que inundó con su magia todo el ambiente. Gracias padre por este valioso regalo, dijo sonriente y satisfecho.

— ¡Es la armadura del rayo azul!, agregó Trunder también impresionado.

Entretanto, los reptilianos regidos por Sor, los guerreros de Hydra y los vulcanianos, ya habían logrado pactar con Ónix, y se preparaban para atacar el castillo de Husman.

CAPÍTULO XXIII

DARIEL ES CAPTURADO

A la mañana siguiente, desde antes que despuntara la aurora, una joven se encontraba en la Catedral orando al Dios Creador, y con lágrimas en los ojos suplicaba el milagro de volver a ver a su familia y al gran amor de su vida.

¡Oh, Padre Celestial! Gracias por el aire que respiro, por esa energía de vida que inyectaste en mí al nacer. Maestro Jesús, protege a todos tus hermanos maestros de luz, guíalos para que logren imponerse sobre las fuerzas malévolas. Quítame este mal que me afecta, aunque aun así todo lo que venga de Ti lo acepto. Jesús, en ti confío plenamente, pronunciaba entre dientes la princesa Anabell como parte de su rogatoria.

Faltaban pocos días para el eclipse. Anabell sabía que debía permanecer oculta, pues la gente de Malekí quería atraparla por encima de cualquier obstáculo por muy grande que este fuera, para poder realizar el sacrificio que traería de vuelta al malvado ser, usando la energía concentrada en el fenómeno astronómico.

Dariel había regresado a la Tierra a tomar su lugar de simple mortal, para así investigar cuanto le fuera posible sin que sospecharan de él. Pero no todo estaba tan bien como creía, y una mañana que salió a recorrer la ciudad fue sorprendido por Repman, quien a escondidas logró sorprenderlo por la espalda y lo paralizó

con el legendario rayo de Zetros, llevándolo luego al castillo de las sombras, para entregárselo a Husman.

— ¡Enciérrenlo! Tengo información de que este cochero es muy amigo del príncipe Darius. Vamos a interrogarlo, y lo obligaremos a revelar dónde se encuentra el hijo de mi archienemigo Ónix.

— Maestro Husman, me han contado que el prisionero es otro hijo de Ónix, y que su verdadero nombre es Dariel. Dicen, además, que es muy poderoso, se apresuró a informar Lucano, un fiel hijo de las sombras.

— Entonces con más razón hay que llevarlo de inmediato a los muros de Zetrón Allí se neutralizarán sus poderes y le será imposible escapar, acotó Repman.

— Pues, llévenlo entonces a los muros, aunque a mí el que realmente me interesa es Darius. Después tendré tiempo para encargarme de este fulano Dariel, creo que no es un guerrero, pues no siento su energía; más bien parece un simple humano, dijo finalmente Alan Husman.

CAPÍTULO XXIV

LAS GÁRGOLAS

Aún Anabell dormía cuando una figura femenina vestida de blanco abrió suavemente la puerta de su habitación, se acercó al borde izquierdo de la pequeña cama y con extremo sigilo, fue quitando de su cuello la fina cadena con la estrella sagrada, un dije que brinda casi total protección contra las fuerzas de la oscuridad. Esta fémina de blanco, era otra víctima del maestro Husman, poseída completamente por el hechizo del malhechor. Cuando Anabell despertó, apenas logró divisar la figura portando una enorme cola de gato, saliendo velozmente de la alcoba. ¡Oh, mi cadena! ¡Me la han quitado! Devuélveme mi cadena, gritaba mientras corría tras ella intentando seguir la sombra, que desapareció al entrar a los túneles.

El padre Simón, al escuchar el alboroto, corrió al encuentro de la princesa y habiendo escuchado lo que ocurrió, fue tajante al señalar:

— Ya me lo venía sospechando. Estoy seguro que esa es la hermana Laura Hert, pues ha venido desde hace un tiempo para acá actuando de manera extraña, señaló el sacerdote Simón Agustín, encargado de la custodia general de los bienes sacros de la enorme catedral. — Vamos a buscarla, no debe estar muy lejos, quizás tomó el sendero de los túneles que conducen al laberinto. Sin embargo, dividámonos princesa,

déjame a mí buscarla por el túnel que va al templo de San Francisco.

Dicho esto, el padre se condujo por donde había planeado, y la princesa buscó recorrer el túnel de los jardines. Cuando precisamente llegó a estos, todo se detuvo y comenzó una revelación: Unas gárgolas que habían permanecido rotas, casi deshechas a través de los siglos sobre una vieja y enorme lápida, comenzaron a juntar de súbito sus pedazos y al reconstruirse desplegaron sus alas y emprendieron vuelo a gran velocidad para atacar a Darius, según pudo percibir Anabell en la revelación. Ante tal situación, salió del trance muy angustiada y optó por correr a buscar ayuda o por lo menos a advertirle del peligro a su joven amado. Notó entonces con marcada preocupación, que sin la estrella sagrada se encontraba completamente indefensa.

Pero en el templo todos estaban preocupados pues ya sabían lo que estaba ocurriendo, y habían precisado quién rescataría a Dariel en el castillo de Husman, además de traer de su escondite a la princesa Anabell. Diana le pidió a Mercury que la acompañara a la catedral metropolitana de la ciudad para impedir que la joven fuera capturada, y ambos cruzaron de inmediato el portal que los condujo hasta el templo, pero con la infortunada noticia de que Anabell no se encontraba allí.

— ¡Espera Mercury! Siento una fuerte energía rondando por los techos; creo que se trata de entidades de sombra. Esperemos en silencio, le dijo Diana a su compañero del momento.

No había cerrado la boca aún la hermosa Diana, cuando aparecieron velozmente tres gárgolas reptilianas que bajaron para recorrer los pasillos del templo. — Insisto Mercury, no salgamos todavía, esperemos para ver si descubrimos lo que traman...

Cuando observaron que las gárgolas se marcharon molestas por no haber podido encontrar a Anabell, Diana de nuevo se dirigió a Mercury para indicarle que le acompañara, pues creía saber dónde encontrar a la tan requerida princesa. Cruzaron entonces rápidamente de nuevo el portal, pero esta vez fueron a la vieja casa de la bahía, la mansión de la familia Rossi. En un pequeño bote surto en el lago, pudieron mirar a lo lejos a Anabell vestida de blanco, con muchos encajes en su largo traje y en su cabeza un sombrero ornado con múltiples flores de diferentes colores.

— Es ella, no nos equivocamos Mercury, dijo Diana con tono de triunfo, mientras corrían a su encuentro.

— ¿Qué haces aquí, Anabell?

— Quise venir a buscar a Darius, Mercury, para evitar que sea capturado por las gárgolas malignas.

— No temas, ya lo sabemos todo, ahora iremos al templo de Vidrania para conversar bien de los planes que tenemos.

Al instante, Diana abrió un portal y cruzaron un túnel en una inter dimensión que los llevó a los jardines de la reina Vidrania. Al ver más tranquila a Anabell, Diana procedió a colocarle en el cuello una nueva estrella sagrada con piedras azules, con el poder de hacerla invisible en situaciones de apremio y peligro.

— Salgamos pronto de aquí Anabell, por ahora no puedes estar en esta dimensión, le sugirió Diana.

— ¡Quiero ver a Darius! Temo que las gárgolas o la gente de Husman le hagan daño. Pero no quiero que me vea así, casi convertida en una gata y con cinco ojos en mi cara.

— No te preocupes Anabell, Darius ya evolucionó en un guerrero de luz y está muy bien cuidado.

— Gracias Diana, ahora estaré más tranquila...

CAPÍTULO XXV

DIANA SE SACRIFICA

Minutos después del amanecer, Anabell fue llevada de vuelta a la catedral, portando en su cuello la nueva estrella sagrada que le proporcionaría protección adicional, pero esta vez Mercury permanecería con ella para cuidarla. Todos confiaban en que esta situación pronto acabaría, y el par de jóvenes enamorados podría encontrarse para amarse hasta la eternidad.

Diana, decidida como siempre había sido, salió del templo sin que nadie lo supiera en dirección al castillo de Alan Husman. Quería rescatar a Dariel, temía por su vida, y no quería perder más tiempo. Casi al caer la tarde pudo penetrar los muros sin ser descubierta, gracias a un traje monacal color morado similar al de los vulcanianos, que consiguió para disimular su presencia. Con este camuflaje, siguió la ruta de los monjes y cruzó junto a ellos la gran puerta que conduce al gran salón donde Husman estaba reunido con sus estrategias. Al llegar, sintió la energía de Dariel y enrumbó hacia la parte posterior de una ancha columna que le sirvió de escondite, cerca de los jardines. Desde allí pudo observar cómo algunos reptilianos llegaban, entre ellos una enorme mujer, de algunos tres metros de estatura, y con una colosal espada que proyectaba destellos de luz al contrastar su acero con los pocos rayos solares que aún llegaban.

Un pirata salió desde un túnel oscuro luciendo en apariencia una secular mugre en sus cabellos enmarañados, y cuando hubo desaparecido, Diana se dispuso a moverse de allí para dar con Dariel, sin saber que a muy poca distancia el joven se encontraba inmóvil, atrapado frente a los muros de Zetrón, en el tenebroso castillo. ¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¡No puedo moverme!, decía Dariel para sí mismo, hasta que pudo sentir una energía blanca conocida.

— Diana, si eres tú, sigue mi voz.

— Aquí estoy Dariel, voy hacia ti, respondió ella sintonizándose telepáticamente con el joven prisionero.

Fue cuestión de segundos el tiempo que necesitaron para encontrarse, ignorando que Husman tenía vigilado al príncipe cautivo, por lo que de inmediato salieron guerreros de todos lados, que habían esperado escondidos para atrapar a quien intentara liberarlo. Al llegar Diana al muro, descubrió que Dariel estaba sometido y paralizado por la fuerza del rayo de Zetrón, y blandiendo su espada con ambas manos, de un solo tajo cortó el rayo paralizante. Varios guerreros reptilianos se abalanzaron sobre ellos, comenzando una batalla de todos contra una, hasta que Dariel elevó sus brazos para que una enorme espada resplandeciente apareciera en sus manos. Diana sacó su arco, y con las flechas del bien fue eliminando en buen número a los contendientes más cercanos. Fue entonces cuando apareció un enorme guerrero encauchado que de inmediato se unió a la pelea para defender a los príncipes. Se trataba del legendario líder

reptiliano que hacía solo pocos días había acordado un pacto con Ónix: el rey Sor. Al descubrir su rostro, los guerreros reptilianos del general Lucano se arrojaron ante él.

— ¡Usted ordene, su majestad! Nuestra espada está a sus órdenes para servirle, dijo un guerrero de nombre Xera, jefe de la guardia real.

— Ataquemos a Husman y sus aliados, ordenó Sor, formándose de inmediato una batalla campal contra los seguidores de Gato Blanco que vigilaban el castillo.

Dariel y Diana desplegaron sus alas y emprendieron vuelo para hacer un reconocimiento aéreo, pudiendo ver cómo Morgan y sus piratas abandonaban la escena a través de un túnel subterráneo. A poca distancia, en el interior del gran salón donde se habían reunido las fuerzas del mal, los jóvenes seres de luz bajaron para enfrentarse a Zetrón y Zíbarus, quienes en un primer momento estaban junto a Dímax, encargado del primer anillo de protección de Alan Husman.

Las espadas chocaban con fuerza entre ellas emitiendo una especie de sonoras campanadas y despidiendo rayos luminiscentes, cuando de repente una flecha surcó los aires con la fuerza de un trueno y la velocidad de una centella, que terminó penetrando el grácil pecho de Diana al interponerse la bella princesa entre la saeta y Dariel, a quien iba destinado el mortífero flechazo. Era una flecha proveniente de la constelación Hydra, albergue del eje planetario Zetrón. Diana se había sacrificado para preservar la vida de Dariel.

Mientras, muy cerca de allí, el rey Sor acababa con la

rebelión liderada por Lucano al eliminarlo en gallardía, lo que antecedió al hecho de que los reptilianos rebeldes entregaran una a una las espadas. De este lado, Dariel tomaba delicadamente en sus brazos a la noble Diana, para llevarla a un lugar más seguro, lejos del área de batalla.

CAPÍTULO XXVI

DARIUS SE ENFRENTA A HUSMAN

Alan Husman aprovechó la confusión del combate para esconderse tras una columna, donde esperaba sorprender a Dariel, y mientras este subía las escaleras para dejar a Diana a buen resguardo, Gato Blanco con su espada en ristre listo para atacar fue sorprendido por Darius saliendo de un portal con el triángulo de luz en sus manos. El joven príncipe se lanzó al ataque, logrando amputar el brazo con el que Husman sostenía la espada. Por el portal, junto a Darius salieron Trunder y Mercury, quienes se dirigieron a socorrer al rey Sor luego de ser alcanzado por una flecha zetroniana, lanzada por guerreros que lograron escapar por un hoyo del tiempo.

Mientras tanto, Husman regeneraba su brazo y se enfrentaba de nuevo a Darius intentando contener los ataques de este. Sorprendido por la capacidad regenerativa de su rival, y sabiendo ahora que podía regenerar su cuerpo casi de inmediato, Darius no da cuartel y lo ataca ferozmente hasta lograr cortarle el brazo donde llevaba el brazalete, es decir, el brazo izquierdo. Con asombro, ve cómo el malvado ser comienza a envejecer rápidamente hasta desvanecerse vuelto polvo. *Malekí, ayúdame...*, le escuchó decir un par de veces, antes de desaparecer por completo ante los asombrados ojos del joven guerrero.

Sor, socorrido por sus dos amigos, se levantó y fue en busca de los combatientes, mientras Trunder y Mercury seguían auxiliando a los demás heridos. Al llegar al sitio donde Husman se desvanecía, tomó su báculo y se retiró del castillo con los reptilianos ganados para su justa causa.

Mientras hablaban, a lo lejos se abrió un portal con una pequeña nave nodriza con muchas luces casi cegadoras en su exterior. Era la reina Vidrania, que había venido para llevarse a los príncipes guerreros y auxiliar en lo posible a los heridos. Entre los que acataron el llamado a subir a la nave estaba Dariel, sosteniendo aún en sus brazos a Diana, quien a pesar de mantenerse inerte irradiaba un fulgurante resplandor de justicia y solidaridad desde su hermoso rostro.

Cuando acostaban a la princesa herida en la cama de regeneración cuántica de discos, a Trunder le llamó la atención la ausencia de su hermano.

— ¿Dónde está Darius?, preguntó angustiado.

— Creo que atravesó un portal, respondió Marux, quien había venido con Vidrania en la nave. Ambos se acercaron a Mercury, para ver si sabía algo del brazalete.

— Darius me dejó observar a través de nuestro canal de ondas telepáticas, el momento en el cual Husman se desvaneció completamente, quedando solo un puñado de polvo maloliente al lado del brazalete, pero no pude ver lo que ocurrió después. Asumo que alguien lo tomó, pero no puedo precisar nada más, dijo Mercury un tanto pensativo. — Alan Husman tenía más de mil años, y solo el poder del brazalete lo mantenía vivo, agregó.

— Así mismo es. Al ser despojado del brazalete, volvió a sus orígenes de polvo cósmico, remató Vidrania, sin disimular la satisfacción que sentía, y seguidamente agregó:

— Trunder, localiza a tu hermano, ubícalo por cualquier medio a tu alcance, para que le acompañes y ayudes. Debe estar buscando a Anabell en la catedral pensando que ya pasó el peligro, pero Malekí cada día intensifica más sus energías y su presencia se siente cada vez con mayor fuerza.

Al mismo tiempo que esto acontecía, en el templo devocional Anabell oraba a Dios: *Padre supremo, Padre de amor, Dios del Universo. Oh, Padre eterno, Creador de todos los cielos dimensionales entre alfa y omega, envía de nuevo a tu amado hijo Jesús, rey del último cielo, para que tome el control de esta entidad dimensional física con su legado de paz y amor por la humanidad, para eliminar así todas las enfermedades y erradicar las malas energías del corazón de los seres. Báñanos con tu misericordia, Señor Dios.*

CAPÍTULO XXVII

EL REGRESO DE DIANA

Darius había llegado al mundo físico, y se encontraba ya muy cerca de la majestuosa catedral metropolitana de San Pedro y San Pablo, al tiempo que Anabell, habiendo terminado de orar, se disponía a descansar en su habitación. Antes de darse una ducha, se quitó la cadena con el dije de la estrella y la colocó sobre su mesa de noche.

Casi de inmediato se abrió una puerta dimensional en una de las paredes, y de ella salió una figura ataviada con traje de monje que sigilosamente tomó la cadena sagrada y desapareció por donde había llegado. — ¿Quién anda allí? ¿Quién es?, preguntó asustada Anabell, al sentir una presencia energizada negativamente en el ambiente. Apresurada salió y enfocó su mirada hacia la mesa donde colocó la cadena, descubriendo angustiosamente que ya no estaba. — ¡Dios mío, se han llevado mi estrella protectora!, atinó a decir.

Vestida de monja rápidamente, salió aprisa de la habitación en dirección a los túneles ubicados bajo el templo, y al llegar a ellos un grupo de sombras siniestras calentaron de tal manera los espacios subterráneos, que casi la hicieron desistir de su intención. Pero en una demostración de fortaleza y férrea voluntad, corrió desesperadamente hasta cruzar uno de los túneles que conducen al viejo cementerio. Estando allí, se

abrió frente a ella un portal que sin pensarlo atravesó, llevada por el desespero de recuperar el símbolo protector. Pero resultó ser una trampa dicho portal, que la condujo a un laberinto cuyas paredes estaban tapizadas por frondosas hiedras que fueron rasgando su delicada piel. Atrapada y confundida, caminó y caminó por los vericuetos laberínticos hasta que notó lo infructuoso de su esfuerzo, pues estaba en una dimensión oscura, perteneciente a Malekí. Fue entonces cuando se sintió perdida, y optó por exclamar:

— ¡Dios, ayúdame! Darius, ¿dónde estás, amor mío?

Afuera, en las calles de la ciudad, una neblina rojiza se iba adueñando de los espacios, cubriendo densamente todo lo encontrado en su camino. Esta neblina estaba siendo creada por Kalima, una hechicera enlistada en las fuerzas del mal, leales a Malekí. La gente que rondaba por las calles de la ciudad comenzaba a asfixiarse, le faltaba el oxígeno, y los que estaban en casa encendían sus lámparas de aceite en busca de claridad para observar lo que estaba ocurriendo. Muchos habían colapsado ya, y solo se escuchaban gritos lastimeros inmersos en la espesa neblina. De repente, se abrió un portal en las alturas y una lluvia de relámpagos silenciosos comenzó a iluminar intermitentemente las calles de la ciudad, y poco a poco se fue regenerando el oxígeno a medida que su luminosidad se expandía a todos lados.

Un portal gigantesco hizo su aparición contiguo al lugar donde se originaban los rayos, y de él emergieron siete corpulentos guerreros, que bajaron y reco-

rrieron la urbe. Un rayo azul cayó en una montaña, develando una colosal pirámide de piedra. Finalmente se abrió un gran orificio en la cima de la pirámide y fueron saliendo de su interior cuatro aves doradas que volaron por el cielo tragándose la espesa neblina. Un segundo rayo impactó a la extensa cordillera abriendo la entrada de una vieja cueva escondida, sí, esa era una cueva que existió en los tiempos de Atterra. De allí salieron cuatro Hydras que despertaron y saltaron a las aguas del lago. Las serpientes tenían pequeñas alas y apenas podían volar. Todas las serpientes se dirigieron a las embarcaciones de los piratas Calipto y Morgan que habían sitiado la ciudad. Kalima como no podía penetrar la ciudad ya que esta estaba protegida por un escudo de guerreros se lanzó por el lago como una aceitosa mancha. Las serpientes se lanzaron sobre las embarcaciones hundiendo todas las naves y tragándose a la mayoría de sus tripulantes fantasmales. Morgan y Calipto logran salir de las aguas convertidos en grandes lacertas. Ahora muchos lagartos verdes y amarillos recorren los alrededores de la ciudad. Los siete guerreros protegían a los pobladores que en sus casas rezaban al dios supremo. La energía de Malekí aprovechando la situación había entrado al templo de la catedral convertido en un reptil hecho de espesa neblina color púrpura y se iba arrastrando por los túneles subterráneos, los iba recorriendo para llegar al portal del laberinto, donde estaba Anabell toda indefensa.

— Por fin serás mía, dijo Malekí.

— Anabell muy aterrada quiso huir, pero de inmediato fue cubierta con emanaciones energéticas rojas como la sangre, mientras Malekí abrió un portal oscuro en el piso, por donde la arrastró hasta llegar a una nueva dimensión en la galaxia Lacerta.

Cuando Darius llegó a la gran bóveda de la catedral, se encontró con Trunder, Dariel, Seto y Mercury, quienes se le adelantaron viajando por un portal de luz energizado por Ónix para la ocasión.

— Hermano, llegamos tarde, me temo que Malekí ya estuvo aquí pues no encontramos a Anabell por ningún lado. Debe haberla llevado a su oscura dimensión, le dijo Trunder.

— ¡Oh no!, hoy es el gran eclipse; debemos encontrar ese portal y enfrentar a Malekí antes de que sea demasiado tarde. La humanidad toda está en peligro, dijo pesaroso Mercury.

— ¡Anabell, voy por ti, mi amor! Gritó Darius con todas sus fuerzas.

Kalima, que se había reconstituido de nuevo después de diluirse en el agua, se encontraba de nuevo en la ciudad intentando romper con su ejército de aves negras, el escudo de protección que crearon los guerreros alados. Una luz en forma de relámpago cayó en medio de una de las calles principales, y de ella salió Diana totalmente regenerada y cargada con mucha energía blanca, y poco a poco se fue convirtiendo en una hermosa ave brillante con plumas plateadas, que al mover sus alas produjo una luminiscencia que recorrió todos los espacios oscuros que habían podido

crear las sombrías aves de Kalima. La oscuridad se fue disipando al ponerse en contacto con la luminosidad irradiada por Diana, y finalmente ambas entidades de energía se encontraron en el lago.

— ¡Detente! ¡Llegó tu hora! Es el momento de que la luz brille en este planeta, sentenció Diana dirigiéndose a la hechicera.

De seguidas, desenvainó su espada y como un torbellino se abalanzó sobre la funesta mujer oscura, quien ardida de temor solo atinó a cubrirse el rostro mientras el acero de su contrincante atravesaba su torso de lado a lado. Al instante, todos los pájaros de Kalima se llenaron de luz, y despavoridos abandonaron el lugar, al tiempo que a la ciudad retornaba la calma y la tranquilidad.

Paralelo a estos acontecimientos, en la costa se registraba otro combate, esta vez entre los capitanes Morgan y Calipto, quienes fueron enfrentados por ángeles blancos y acorralados a las orillas del lago. Estos seres de luz alados volaron blandiendo sus espadas, de las cuales se proyectó un rayo energizado que desintegró a los dos seres convertidos en reptiles verdes.

Finalmente, Diana portando entre sus manos la ánfora de Séfora, la destapó para atrapar las energías apagadas de Morgan, Calipto y Kalima y enviarlas al planeta infinito a bordo de la nave inter dimensional de la reina Vidrania. Todos en la ciudad volvieron a salir de sus casas, el sol nuevamente brilló como siempre había brillado, Mariné y Natalix – las hadas de la naturaleza – hicieron crecer de nuevo las flores, y las mariposas llenaron de colores el cielo azul.

Las aves marinas retomaron su revolotear sobre los mágicos bancos de corales de la antigua Atterra, hoy conocida como Ciudad del Sol.

Marux, desde el templo de Ónix, se trasladó a la cuarta dimensión para orientar a quienes murieron en las calles. Como siempre, había gente que pensaba que aún estaba viva y se resistían a abandonar su casa y la vida terrenal. Los padres Marcos y Simón Agustín, dos maestros de luz en el planeta Tierra, la ayudaban orientando a los más reacios.

CAPÍTULO XXVIII

LOS TRES PORTALES

Mientras todo lo anterior acontecía, en la catedral los príncipes continuaban buscando a la princesa Anabell. — Bajemos ahora por los túneles subterráneos, sugirió Trunder.

— Claro, debemos apresurarnos, respondió Darius.

Avanzaron corriendo por los túneles, acompañados de Mercury, Dariel y unos cuantos guerreros, hasta que se toparon con un muro que tenía tres puertas. Realmente eran tres portales, uno al lado del otro. La puerta de la izquierda era de color blanco, la del medio roja y la de la derecha, amarilla. Trunder y Mercury decidieron adentrarse en el portal de la izquierda, mientras que Dariel junto a tres guerreros entraron por el del medio, y Darius escoltado por dos guerreros decidió cruzar el portal de la derecha. Hasta ese momento, ninguno de ellos sabía en cuál portal se encontraba Anabell.

Marux, que seguía en la cuarta dimensión orientando a quienes habían sido víctimas del ataque de Kalima y creían estar vivos aún, se encontró con una pequeña niña de unos ocho años de edad, que lloraba profusamente bajo la sombra de un árbol a orillas del río.

— ¡Hola niña! ¿Cómo te llamas?

— Elizabeth, pero todos me llaman Eliza, contestó entre sollozos.

— ¿Qué haces aquí?

— No lo sé. Lo último que recuerdo es que no podía respirar, y me quedé dormida y aparecí en este lugar. Quiero ir a mi casa y ver a mi mamá. ¿Dónde está Karla? Preguntó angustiada.

— ¿Quién es Karla?

— Es mi muñeca. Debo cambiarle de ropa y rizarle sus moñitos...

— Descuida Eliza, estarás bien. Vamos a caminar un poco hasta allá, donde se ve aquella luz. Hay alguien que está esperándote y tiene una sorpresa para ti. No temas, los niños son bien recibidos por el maestro Jesús.

Eliza fue tomada de la mano de Marux hacia la luz, en cuyo centro apareció un ser vestido de blanco con una acogedora y tierna sonrisa, que extendió sus manos para abrazarla mientras le decía: *Ven niña, ven a mí...*

Marux, sonriente y satisfecha al presenciar aquella escena de amor, volvió atrás para orientar a los recién llegados que requiriesen de su ayuda.

Finalmente, luego de ayudar a decenas de seres desubicados, retornó al plano físico. Todos los ángeles habían regresado a la bóveda celestial con excepción de Gabriel, quien se quedó con Diana custodiando la ánfora de Séfora.

— Marux, te estábamos esperando, vamos a la catedral; allí se encuentran los príncipes y me temo que hayan cruzado los portales que son dominio de Malekí, en la dimensión espacial.

— Vamos de prisa, respondió la recién llegada.

— No te angusties, todo saldrá bien, llevaré esta ánfora al infinito, subrayó Gabriel. Diciendo esto, abrió un portal de luz y se llevó la ánfora de Séfora para el último planeta.

Diana, que había escuchado en silencio, se apresuró a decir a Marux:

— Salgamos lo más rápido posible, cada fracción de tiempo cuenta.

En Ciudad del Sol todo continuaba con normalidad. En la Tierra habían transcurrido meses desde aquellos días de oscuridad, pero en la dimensión espacial apenas habían pasado algunos minutos. Solo faltaban Diana y Marux por atravesar los portales, pero ya se encontraban frente a ellos.

— ¿Cuál será el portal donde se encuentra Anabell?

— Vamos a dividirnos Marux, para poder encontrarla.

De seguidas, Diana optó por el portal blanco de la izquierda, y Marux se internó en el portal central, de color rojo. De inmediato, Diana se encontró con Trunder y Mercury en un planeta de inmensas montañas cubiertas de nieve. Desplegaron sus alas, y sobrevolaron la amplia zona observando cuidadosamente cada detalle que les parecía una pista importante. A ellos se unió Gabriel, quien apareció transportado por un túnel cuántico, orientado por el reconocimiento energético que hizo de sus tres aliados del bien.

— ¿Qué haces aquí, Gabriel?, preguntó exaltado Trunder.

— El rey Moor me envió para apoyarlos en lo que sea necesario. Este es el astro cero, un planeta de hielo donde vive la bestia más fría del universo, que solo puede ser eliminada con la espada azul.

— Nos alegra mucho que estés con nosotros, pero dime: ¿cómo hiciste para llegar tan rápido desde la galaxia Infinitus?

— Recuerden que soy el mensajero celestial y puedo cruzar las líneas del tiempo. No hay distancia que me separe ni obstáculo que me detenga...

— Pues, al parecer, en este planeta helado el tiempo pasa muy lentamente, expresó Diana.

De repente, todo comenzó a sacudirse, como en un sismo, antes de que un descomunal lagarto blanco de robusta cola se levantara de entre las montañas.

— ¡Cuidado! Es el Tretios, un lagarto que congela todo con una sustancia gaseosa que se desprende de su cola. ¡Es muy peligroso!, advirtió Gabriel, antes de proseguir:

— Salgamos de aquí, en este planeta no se encuentra Anabell. Vamos al segundo portal, todo indica que solo querían entretenernos para ganar tiempo con su malévolo plan...

Salieron del primer portal y cruzaron el del centro. Allí entraron en un túnel muy oscuro, apenas iluminado intermitentemente por miles de luciérnagas emitiendo una tenue luz celeste. Al final, llegaron a un planeta donde había muchos peces volando sobre colinas boscosas.

— Creo que debimos cerrar el portal visitado, pues sería muy peligroso que se fusionaran dos estrellas, dando lugar a una explosión de la magnitud de un kilonova, dijo visiblemente preocupada Diana.

— Descuida Diana, la ley gravitacional de probabilidades indica que no es un evento fácil de ocurrir. Además, cuando mucho, se escaparían algunos lagar-

tos de Lacerta, dijo Trunder sensiblemente risueño.

— Creo que estamos en el planeta Pirayú, de la constelación Volans, cuya estrella es Alpha Volantis, situada a unos ciento veinticuatro años luz de la Tierra. Pero no debemos preocuparnos, pues creo que estamos en un ensueño del macro mundo. Este es un mundo de ilusión creado por Malekí, dijo con parquedad Diana.

— Sí, recuerdo que le escuché decir al rey Andrómini que existe un planeta donde los sueños y los temores se hacen realidad, acotó Trunder.

Los visitantes desplegaron sus alas y se dispusieron a recorrer el planeta desde el aire, pero casi de inmediato un enorme pez metálico con inmensas aletas se les vino encima. En la refriega, logró derribar a Trunder, quien perdió el equilibrio pero sin mayores consecuencias. Gabriel levantó su espada y al instante un halo de energía envolvió todo su ser, aumentando su fuerza y poder. Mientras se disponía a atacar al enorme pez de metal, Gabriel es sorprendido por un lagarto que ingresó tras ellos por el portal que dejaron abierto, congelándolo en el acto. Trunder, ya incorporado y listo para pelear, levanta con las dos manos la espada azul logrando aumentar su tamaño hasta alcanzar a la enorme bestia blanca, arrancándole la cabeza de un solo tajo. A continuación, Diana y Trunder unen sus espadas e invocan el poder infinito del rayo azul, y una lluvia de relámpagos cae sobre el enorme pez biomecánico, destruyéndolo y esparciendo sus miles de pedazos a lo largo y ancho del planeta. Simultáneamente, tras una cortina de cris-

tal aparece Dariel, quien se encontraba prisionero en una dimensión paralela, en el planeta de las dieciocho lunas. Trunder reconoce la onda energética de Dariel, y vuela a su encuentro.

Diana pacientemente esperó que Gabriel saliera de su estado de congelación, hasta que este se volvió energía pura y apareció al lado de ella.

— Me tenías preocupada, buen ángel, tardaste mucho en salir del hielo. Trunder y Dariel ya nos alcanzan, y estando ellos, solo faltaría Marux para que salgamos de aquí, sentenció Diana.

— Descuida, ella está a salvo quizás en el tercer portal. Yo me confié demasiado y fui atrapado por el cristal, respondió Dariel ante la pregunta de Diana queriendo saber de Marux.

— Tomémonos de las manos y salgamos todos juntos de aquí. Recuperemos la energía blanca que hayamos desperdiciado, pues me temo que perdimos un muy valioso tiempo en estos falsos portales. El planeta cero solo era un simulador, y en el planeta de los peces metálicos todo era un ensueño, la revelación, pues, de nuestros temores.

Tomados de las manos, los guerreros del bien aparecieron frente al tercer portal. Juntos lo cruzaron y llegaron al planeta de los laberintos, donde esperaban encontrar a Anabell. Habiéndola sacado Malekí de un laberinto subterráneo del mundo físico, sabían que la mantendría cautiva mientras preparaban el escenario para el ritual consagratorio.

Darius, cuya intuición lo llevó a ingresar por el tercer portal, se hallaba atrapado en un laberinto magnético

imposibilitado de volar o transportarse, y su gran esfuerzo por conseguir la salida, había llevado sus poderes a su mínima expresión. Cuando consiguió salir, de inmediato entró a otro laberinto en su afán por conseguir a su amada. ¡*Anabell, Anabell!*, repetía incesantemente a medida que avanzaba. A su vez, Anabell sentía en su corazón que Darius estaba muy cerca de salvarla, aun cuando sus latidos se habían acelerado a causa del miedo sentido ante las amenazas de Malekí y sus secuaces.

Malekí se mantenía oculto esperando ser llamado por su sacerdotisa para realizar el sacrificio de la princesa en el ritual de su regreso. Saber que pronto volvería a tener un cuerpo físico después de quince mil años, lo llenaba de regocijo y satisfacción...

CAPÍTULO XXIX

EL REGRESO DE ZIVA

En medio de toda aquella confusión, apareció una mujer de piel verdosa con rostro de anguila, alta, con una armadura de pez color rojo mate y una enorme espada sostenida en su espalda. Se dirigió al laberinto y cargó sobre sus hombros a Anabell como si fuera cualquier objeto, para llevarla a un santuario hecho de cuarzo ahumado. A pesar del esfuerzo de la princesa por zafarse, los enormes brazos con descomunales manos de la recién llegada sujetaban con tal fuerza, que era prácticamente imposible escapar de ella.

— Te llegó la hora, princesita, dijo la sacerdotisa mientras acostaba a Anabell sobre el altar de sacrificios, ubicado de tal forma, que era bañado por el influjo de múltiples lunas del planeta de los laberintos. Se despojó de su armadura y se vistió con una túnica larga y negra como la noche que transcurría, y se sentó a esperar pacientemente que las dieciocho lunas se alinearan en perfecta fila, para proceder a llamar a su maestro Malekí.

Darius, mientras esto acontecía sin su presencia, fue atacado por decenas de efigies de piedra caliza, que se encontraban a mitad de camino en el último laberinto al que había entrado. Como pudo, sacó el símbolo de los rayos gemelos y al instante una gran serpiente apareció para enfrentar a las figuras, y de un solo co-

letazo desmembró las cabezas que fueron cayendo una a una sobre la arena, que al final se convirtió en fino polvo blanquecino. Habiendo logrado devolverse y salir del arenoso laberinto, antes de continuar al siguiente, aparecieron Trunder, Dariel, Diana, Mercury, Marux y Gabriel, en procura de dar con el paradero de Anabell y enfrentar juntos a las fuerzas de la oscuridad.

— Llegamos tarde, Ziva se nos adelantó, dijeron casi al unísono, antes de ser interrumpidos por un estruendo lumínico que hizo brillar a la atmósfera circundante.

— ¡Zaneta! ¿Qué haces aquí?, preguntó Diana muy impresionada, ante la repentina aparición de la jovencita.

— ¡Vine a ayudarlos! Nunca está de más una guerra adicional. Vengan por aquí, revisé todos los lugares inter dimensionales y sé exactamente dónde está Anabell.

— Pues, bienvenida entonces. Pero dinos algo: ¿cómo pudiste encontrarla?, preguntó Darius, casi a punto de estallar de emoción.

— Recuerden que fui dotada con el don de la multiplicación. Y haciendo uso de ese don, visité simultáneamente todos los portales afines a este planeta. Movámonos, Anabell ya se encuentra en el altar de sacrificios y solo esperan por la alineación de las lunas.

Rápidamente todos se unieron de manos, para cruzar juntos el portal del viejo santuario...

CAPÍTULO XXX

TODOS CONTRA MALEKÍ

Cuando los guerreros meganianos llegaron al santuario, encontraron de pie frente a la indefensa princesa a Ziva, luciendo una estola púrpura sobre su túnica negra, preparada ya para el ritual. Malekí ya se encontraba en el sitio, oculto tras una inmensa columna de sílice templada, y al ser invocado por Ziva, el malvado ser salió en forma de lagarto energizado y destellante entre la espesa neblina, que repentinamente cubrió todo el escenario, incluyendo las doce columnas que sostenían el templo.

Ziva abrió sus brazos para dejarse poseer por la energía de Malekí, y en su cuerpo comenzó a gestarse una metamorfosis, cuya primera manifestación fue la aparición de un par de ojos en la frente, al tiempo que su color verdoso se fue transparentando hasta hacerse cristalino, y un par de brazos adicionales fueron emergiendo de su medio torso, largos y musculosos como ahora eran las piernas transformadas del cuerpo que antes fuera ocupado por la sacerdotisa. Las lunas siguieron en su proceso de alineación perfecta, y Malekí fue creciendo como un coloso casi transparente, mientras emitía eufóricos bufidos que hacían arremolinar estruendosamente los decibeles en torno a la confundida Anabell, que yacía inmóvil sobre la ara ceremonial. En ese momento los guerreros me-

garianos se dispusieron a emprender el ataque: ¡Hermano, es ahora o nunca!, dijo Trunder en alta voz, para que todos pudieran escucharle.

Comenzó entonces el feroz combate y la ventaja numérica se asomó a favor de los enviados de Ónix, quienes en ataques masivos lograron herir varias veces al brutal Malekí, que por encontrarse en su dimensión, disfrutaba de la ventaja de poder regenerar cada miembro desprendido o cualquier herida en el cuerpo de la sacerdotisa, ocupado ahora por él. El malévolo ser en su contraataque usó el látigo de batalla de Ziva, logrando inhabilitar a Mercury cuando cortó sus alas haciéndolo caer dolorosamente muy lastimado. Ante tal revés, Darius y Trunder apelaron al símbolo de los rayos de Atterra que cada uno poseía, y al unirlos un tronido ensordecedor trajo consigo a la enorme serpiente que a su vez comenzó a lanzar sus rayos destellantes contra la criatura de la oscuridad, logrando neutralizar la poderosa energía de Malekí que lo mantenía activo en el cuerpo ocupado. Ahora se encontraba sumamente debilitado, sin fuerzas para oponerse a sus rivales, tendido en el suelo de piedra alisada. Al disminuirse energéticamente Malekí, Ziva pudo regenerar su propia energía y rescatar su cuerpo, para intentar revivir a su amo y así poder seguir con los pasos del ritual. Sin embargo, la astuta Diana se adelantó a los movimientos de la maligna mujer y le disparó una flecha de luz del planeta Gema, que logró atravesar su cuello de lado a lado haciéndola caer de rodillas, herida, sobre el pedregoso piso del

templo. Su cuello entonces comenzó a derramar un fluido verde, muy viscoso, mientras iba a gatas en busca de la coraza de pez para tomar el yelmo y lanzarlo contra Diana, quien se acercaba a ella para rematarla. Inmediatamente luego de pretender detener a su atacante, Ziva hace esfuerzos desesperados por retirar la flecha de su cuello, pero antes de lograr su cometido es paralizada y sometida por Gabriel, quien neutralizó su fuente energética para posteriormente introducir lo que quedaba de su energía en la ánfora de Séfora, donde quedaría prisionera y lista para ser llevada al planeta infinito.

Malekí, debilitado como estaba, pero muy enfurecido por el revés sufrido, logró absorber la energía de las cuatro lunas más próximas y se fue transformando en un dragón colorado, para inmediatamente comenzar a expulsar por su boca una especie de gas altamente tóxico, que al instante comenzó a derretir todo a su alrededor, incluyendo la piedra donde Anabell yacía esperando ser sacrificada. Una especie de ácido licuado empezó a inundar el área y arrastrar consigo la ara en la que permanecía inconsciente, y el aire se hizo absolutamente irrespirable. Fue entonces cuando apareció Marux para rescatarla, mientras las emanaciones gaseosas arreciaban y se hacía más incontrolable la situación, porque la sustancia iba incrementando su poder explosivo a medida que entraba en contacto con el aire. Por sus ojos brotaban grandes cantidades de rubidio, (un metal que pierde su brillo rápidamente y que es tan reactivo al oxígeno

que puede arder espontáneamente, a pesar de que su punto de ebullición es de 688° C), y de sus garras salían finos hilos de telurio (un metaloide de color grisáceo o pardo, con propiedades similares a las del azufre, extraído a través de minerales de sulfuro). Entre ambos, producían un olor nauseabundo, espantoso, asfixiante *per se*, que propiciaba en el malvado un entorno impenetrable que le permitió aislarse por algunos momentos.

En vista de lo acontecido, los guerreros activaron al mismo tiempo su estrella de seis puntas, lo que les proveyó al instante de un escudo de luz que se integró a sus cuerpos en forma de nuevas armaduras hasta la cabeza, capaces de soportar el más intenso calor producido por fuego o por combustión ácida, explosión de kilotones o efectos primarios de rayos cósmicos, además de suministrar el oxígeno necesario para una respiración con altos niveles de asepsia. Marux colocó en el cuello de Anabell una estrella similar a la usada por cada uno de ellos, y al instante una armadura biogaláctica cubrió todo su cuerpo, proporcionándole protección total a pesar de que se mantenía inconsciente.

Ahora con los guerreros protegidos y Anabell a salvo, Malekí hecho dragón seguía creciendo y su tamaño ya rebasaba las alturas de las más altas cenefas del templo. Marux entregó a Diana la ánfora que confinaba la energía de Ziva para evitar cualquier riesgo de escape, y se unió a Trunder para pedir a Darius que invocara ya el poder de los ángeles ascendidos,

a través de los cristales con las siete lágrimas. Darius sin pensarlo le entregó los cristales a Gabriel.

Un río de lava ácida seguía su curso cada vez con mayor intensidad, corroyendo la superficie a su paso y se acercaba peligrosamente a la piedra de cuarzo oscuro donde estaba Anabell. Darius invocó el máximo poder de los cielos, y al serle concedido se lanzó al río ácido para llegar hasta el altar y alzar la enorme roca que lo constituía, y sobre la cual aún estaba su amada princesa. Al llegar a un lugar de mayor altura donde estarían a salvo del acidificante maleficio, desató a Anabell y la tomó en sus brazos para entregársela a Marux, pidiéndole que cuidara de ella.

Hecho esto, giró su cuerpo y se lanzó sobre la bestia, dando vueltas alrededor del dragón con la impresionante velocidad de la luz, hasta provocar un torbellino que por fuerza gravitacional logró disminuir el tamaño del reptil saurio, que fue degradándose hasta llegar a ser un ordinario lagarto de piel cobriza. Ahora Malekí, presionado por la fuerza de fisión de su constitución gaseosa, comenzó a bullir como si estuviera a punto de explosionar.

Gabriel rompió los cristales y lanzó las lágrimas al espacio para que en el macro mundo celestial, más allá del último cielo, se abriera un portal entre Sirius y Pegasus desde donde provino una nave nodriza que se detuvo levitando sobre el planeta de los laberintos. De ella, por un túbulo transportador bajaron siete ángeles uno tras otro junto al rey Ónix y el rey Andrómini, quienes fueron llegando rápidamente al lugar de los

acontecimientos. De inmediato, una energía celestial arrastró suavemente a los guerreros de luz presentes hasta el túbulo de la nave, y esta vez con gravedad invertida fueron subiendo uno a uno, incluyendo a Anabell en los brazos de Darius. Solo el ángel Gabriel se quedó para sumarse a los recién llegados, que de inmediato lo conminaron a levantar junto con ellos las llamadas espadas de Dios. Apuntaron entonces a la bestia, que en sus últimos estertores había absorbido la energía de otras ocho lunas, y los aceros de las espadas de Dios crearon un cuerpo electro sideral alrededor de él, del cual pudo salir airoso para convertirse en un coloso galáctico que terminó tragándose las lunas restantes para expulsarlas luego en una especie de polvo cósmico que esparció sobre los ocho ángeles. Maleki sintió la presencia de la energía de su legendario enemigo, aquel que hace quince mil años lo derrotó en los tiempos de Atterra. *Me vengaré, Ónix, voy por ti*, fue un pensamiento transmitido por impulso telepático, que alcanzó a llegar a todos como un grito tenebroso y aturdidamente desafiante.

Seguidamente Ónix es sacudido por una fuerza sísmica, de naturaleza abismal, que hace temblar su cuerpo y disminuir sus fuerzas, provocando que caiga al suelo con una rodilla. Andrómini sin perder tiempo cubre a su hermano lanzando su rayo, logrando neutralizar por un instante al maléfico atacante. Sabían ambos hermanos lo difícil que era enfrentarse a alguien que carece de cuerpo físico, y buscan refugiarse bajo techo. Reunidos con los ángeles, Ónix

ordena: *Guardemos las espadas y usemos los báculos para invocar al Creador.*

¡Padre del supremo cielo, enciende con tu luz la estrella espiral liberadora!,

dijeron al unísono.

Al instante se abrió la bóveda celeste y salió por ella una enorme estrella que comenzó a girar emitiendo una muy intensa luz blanca que fue tornándose amarilla, anaranjada, para finalmente adoptar el color azul, un azul vidrioso que tomó la forma de un espiral que fue absorbiendo lentamente toda la energía de la colosal bestia roja. A pesar de haber opuesto resistencia, el malévolo Malekí terminó absorbido por completo, quedando atrapado en la poderosa ánfora de Úrsula, conocida también como la prisión galáctica del juicio final.

Paralelo a estos acontecimientos, el planeta de los laberintos había colapsado y estaba a punto de estallar, cuando de un portal giratorio salió un enorme Titán que sopló un viento frío que detuvo cualquier actividad incandescente o explosiva que antes pudiera haber existido. Los ángeles legendarios circunvalaron en vuelo rasante todo el planeta, y flora y fauna se fueron restituyendo a su paso, dando vida de nuevo a los tradicionales laberintos con múltiples rosales y preciosas gladiolas.

Por su lado, Ónix y Andrómini abordaron una nave piramidal que descendió de la cosmonave nodriza, y los ángeles legendarios otra similar, dirigiéndose ambas astronaves al planeta dorado, un exoplaneta de la

galaxia Infinitus, en los altos cielos, para finalmente depositar las ánforas de Úrsula y Séfora, en las que se encontraban cautivas las energías altamente negativas de Kalima, Morgan, Calipto, Ziva y el lacerta Malekí. El plan final consistía en transformar esta negatividad en una nueva forma de vida positiva, tarea a ser cumplida por las grandes entidades blancas de energía superior. De regreso al planeta Tierra, Ónix y Andrómini fueron transportados por la misma nave piramidal que los llevó a cumplir la importante misión.

CAPÍTULO XXXI

LAS CAMAS

REGENERADORAS

Al ingresar a la atmósfera terrestre la nave que traía a Ónix y Andrómini, activó una serie de hologramas de su propia imagen estructural, que se esparcieron alrededor del planeta de manera que podían visualizarse desde cualquier punto del globo terráqueo. Mientras, la nave nodriza se mantenía surcando los espacios siderales del universo en espera de la recuperación de Anabell y Mercury, quienes permanecían encapsulados en un par de camas de regeneración vital. A su lado, en permanente vigilia, se encontraba Darius angustiado y apesadumbrado por el tiempo que Anabell llevaba en estado de inconsciencia, hasta que una mínima reacción motora de la princesa, fue el inicio de la motivante algarabía de todo el equipo encargado de los cuidados y recuperación de ambos afectados. Anabell movió de manera casi imperceptible el dedo índice de su mano derecha, y sus párpados entraron en fase REM (movimiento rápido del ojo), mientras que con su mano izquierda tocó suavemente el cristal del cilindro capsular, como buscando sensaciones táctiles que le permitieran contextualizarse en espacio y tiempo. Todos saltaron de alegría, todos lanzaron hurras altisonantes entre abrazos y felicitaciones. Darius, conmovido por las primeras reacciones de

su amada, y las muestras de cariño y solidaridad de los presentes, rodeó con sus brazos la cápsula como si con ello pudiera estar abrazando a la princesa. *Mi amor, estoy aquí esperando por ti*, repetía incansablemente seguro de que ella le escuchaba.

Pero no todo podía ser alegría. Por un lado, la apariencia felina de Anabell se mantenía, y por el otro, Mercury aun no recuperaba la consciencia.

Enterados de la buena nueva de los jóvenes convalecientes, Ónix y Andrómini se devolvieron en el mismo aparato aeroespacial de forma piramidal a la astronave nodriza, con el propósito de acompañar a los otros integrantes de las fuerzas del bien, a ser testigos de la recuperación de los dos valiosos miembros afectados.

Ónix, acompañado de Andrómini, aprovechó entonces para reunirse con su hijo Trunder y hacerle una proposición: Ser el nuevo rey de la séptima dimensión. Abatido por la sorpresa y sin hallar qué responder, Trunder da uno, dos, tres, cuatro inseguros pasos hasta alcanzar a Marux, a quien toma de la mano, y dirigiéndose a los reyes, dice: Quiero que sepan de mi amor por esta valiente mujer, a quien deseo pedirle con ustedes como testigos, que sea mi reina por el resto de nuestros días. Marux saltando de felicidad abrazó a Trunder casi hasta asfixiarlo, repitiendo incesantemente: *sí, sí, sí, sí, y mil veces sí, amor mío*.

— ¡Bienvenida a la familia real!, le dijo Ónix a Marux, acompañando sus palabras con un efusivo y paternal abrazo.

— Trunder, siempre te he admirado, y creo que el mejor regalo que me puedas haber hecho, es haberte enamorado de mi hija. Y tú hija, gracias por haber seleccionado al mejor de los candidatos para que sea mi yerno, y que además te hará reina, dijo Andrómini visiblemente emocionado y a punto de mostrar la más hermosa fortaleza de los seres de luz: el llanto.

Lo anterior significaba que a partir de ahora Ónix y Vidrania serían los nuevos monarcas del octavo cielo, pasando el rey Ross a regentar el noveno. Andrómini y Raddia prefirieron permanecer en el quinto cielo, lugar donde desde siempre se han sentido muy a gusto.

Paralelo a estos placenteros eventos, en la sala de recuperación ya Anabell había despertado y pedía que la sacaran del ahora incómodo cilindro que logró revivirla. Golpeando con fuerza el cristal aislante, llamó la atención de Darius para que abriera y la dejara salir.

— ¡Mi amor, al fin juntos!, fueron sus primeras palabras al verse libre y fuera de peligro.

— Sí amor mío, y esta vez nadie nos separará. Viviremos en la Tierra, tal como se previó siglos atrás, respondió Darius con su mejor sonrisa en mucho tiempo. Pero... Zaneta, siempre escurridiza y sorpresiva, había estado con ellos desde hace horas, solo que con su invisibilidad activada, de manera que nadie pudo percatarse de su presencia hasta ese momento, cuando se visibilizó. Con ojos de asombro, y sin importarle disimular ni una pizca su curiosidad, se fue acercando lentamente con sus manos extendidas para tocar la piel de Anabell. A pesar de la apariencia

anormal de la princesa revivida, la abrazó cariñosamente y le musitó al oído:

— Me alegra mucho conocerte. Mi hermano me ha hablado maravillas de ti. Él te ama de verdad...

— ¡Oh Zaneta! Me hace feliz conocerte, gracias por venir. Estoy segura de que nos la llevaremos muy bien.

Todos lo sabían. Todos podían ver aquella transformación a medias que había sufrido la otrora hermosa Anabell, pero nadie la miraba con ojos de lástima, cumpliendo a cabalidad con la promesa hecha a Darius, cuando les pidió que ignoraran la apariencia actual de su prometida. Sin embargo, ella sentía que algo andaba mal, intuyó que aquella manera de verla no era normal, no le era familiar la mirada de los presentes y un cierto dejo de conmiseración los delataba.

Un pequeño espejo que pendía de una pequeña pared que hacía esquina al fondo de la sala de recuperación, le sirvió para ver su rostro. La apariencia felina era inequívocamente frustrante, y sus brazos y cola que ahora se hacían evidencia ante sus ojos, indicaban que el hechizo mantenía su influjo, aunque a medias. Solo atinó a correr espantada por cómo se veía, y a zancadas salió rumbo a ninguna parte; solo quería estar lejos de allí, lejos del alcance de los ojos escrutadores de sus amigos y familiares, y sobre todo, lejos de Darius. El joven enamorado la siguió y apenas logró detenerla instantes antes de que abriera la escotilla de escape.

— Anabell, mi amor, detente. No te preocupes por tu actual apariencia, yo te amo y estaré contigo bajo

cualquier circunstancia. Debes esperar, encontraremos alguna solución, si eso te sirve de algo. Pero te ratifico, que no me importa cómo te veas, igual te amo...

Cabizbaja, visiblemente entristecida, pero mostrando el coraje que da el amor, se acercó a Darius, y colocando sus manos sobre el pecho del príncipe, le dijo:

— Te amo con todas mis fuerzas, amado mío. Pero debes entenderme, con esta apariencia no podría vivir entre ustedes, todos me mirarían como el fenómeno en que me he convertido. No te mereces tanta infelicidad...

Diciendo esto, ambos buscaron con seductora espontaneidad los labios del otro, y sutilmente se fundieron en un apasionado beso. Se besaron como nunca lo habían hecho, con los ojos cerrados y la respiración entrecortada, como buscando nutrir su existencia con el oxígeno que apenas podía circular entre ellos. Quizás fue el trance del momento lo que no les permitió percatarse del halo de luz púrpura que fue cobijándolos, en una especie de burbuja etérea con destellos que iban girando aleatoriamente a su alrededor, hasta envolverlos por completo para luego bañarlos con una lluvia de escarcha dorada, que a poco a poco se fue disipando para dejar que todos los que se habían acercado a ver aquel hermoso espectáculo, fuesen testigos de la transformación de Anabell.

¡Entonces ocurrió el milagro! Aquella joven que se dejó amar con el beso más puro y sincero que le habían dado, fue adquiriendo su normal apariencia hasta ser de nuevo la bella y hermosa Anabell, de la que originalmente Darius se había enamorado.

Eufóricos, todos aplaudieron largamente a la pareja, y con vítores celebraron el final del maleficio que tanto había afectado a la linda princesa.

— ¡Es la magia del amor! El amor puro, sincero, verdadero, ha vencido al hechizo, exclamó la reina Vidrania, que había llegado al enterarse de la recuperación de la joven rescatada.

Pero no todo era felicidad. En su respectiva cápsula de regeneración, Mercury seguía inconsciente, a pesar de que su particular lecho de enfermo había sido construido con partículas de bio rubíes desprendidas de la corona solar de la Vía Láctea. Ante esta situación y dada su fortaleza, se pensaba que su recuperación era cuestión de tiempo. Sin embargo, al mirar la cápsula donde se encontraba el joven guerrero, la recién llegada Diana notó que algo andaba mal, pues pudo ver que la energía de Mercury se apagaba.

— ¡Lo estamos perdiendo!, gritó desesperada, mientras corría a abrir el cilindro para traspasarle su propia vitalidad energizada a través de la boca, apretándolo contra su pecho.

— ¡No te nos vayas! ¡Resiste, por favor! ¡Toma mi energía, recíbela!, decía Diana, con los ojos a punto de colapsar en sus cuencas orbitales.

— No podemos dejar que salga de este cuerpo y vaya a la cuarta dimensión, gritaba para sí y para todo el universo posible.

Y quizás debido precisamente a los decibeles que imprimía a sus gritos lastimeros, envuelta en un fugaz

torbellino escarlata apareció Megan, legendaria científica guerrera ganada a las causas del bien.

— Aún podemos hacer algo, pero será complicado, no será nada fácil. Trasladémonos en mi cosmonave a mi laboratorio inmediatamente, implementando la desintegración molecular cuántica, expresó la recién llegada.

Solo entrar a la cosmonave de Megan bastó para que estuvieran en su laboratorio...

— Colóquenlo en esta cápsula de polarización de partículas moleculares de ADN. Transferiré su espíritu, su consciencia, su energía y su esencia vital toda a un cuerpo bio meganiano que yo misma diseñé, indicó la mujer científica.

— Pero ese cuerpo es de un niño, expresó Diana con inquietud.

— Sí, así es. Pero en menos de cinco años volverá a ser un guerrero adulto tal como lo es hoy, acotó de manera tajante la doctora Meghan Ramsay, conocida como la científica Megan.

Autorizada a distancia por el rey Ónix, Megan activó el dispositivo de transferencia y al cabo de muy escaso tiempo el proceso concluyó. Sin embargo, el cuerpo receptor no se activaba.

— ¡Reacciona mi amor, reacciona, por Dios! Gritó desesperada Megan, sin importarle que todos se enteraran que desde siempre había amado en silencio al guerrero, cuya vida intentaba salvar ahora.

— Detente Megan, no sigas, estamos en situación de peligro. Ya no hay nada que hacer, algo salió mal. Hay muchas partículas expandiendo su estructura

molecular en la cápsula, creo que lo perdimos..., dijo azarosa y muy preocupada Melax, su hermana mayor y asistente de laboratorio.

— Si perdemos su cuerpo tendremos que buscarlo en la cuarta dimensión antes de que cruce el último portal; si lo cruza jamás podrá regresar, balbuceó Megan, notablemente afligida.

— ¡Me ofrezco a rescatarlo!, acotó rápidamente Marx. Recuerden que nací en esa dimensión y soy guía espiritual allí.

A pesar de todo lo conflictuado que se había vuelto el asunto, Megan no se entregaba. Realmente no estaba escuchando a nadie, seguía allí, perseverando ensimismada, intentándolo una y otra vez, con la esperanza de revivirlo. No se daba por vencida, no quería renunciar a la posibilidad de salvar a su gran amor secreto. Desesperada, golpeaba los discos de zafiro azul que activaban la cápsula donde estaba el nuevo cuerpo de Mercury.

— Megan, salgamos de aquí, el dispositivo está a punto de estallar, le advirtió Melax.

— No te dejaré morir, amor mío, no puedes morir, reacciona por favor, gritaba desesperada la doctora.

A medida que Megan presionaba con mucha fuerza los discos, Diana optó por descargar su impotencia golpeando airadamente la cubierta del cilindro, hasta que este repentinamente comenzó a cambiar de color y Mercury inició su reaccionar en el cuerpo de niño.

— ¡Gracias a Dios Creador que volvió!, dijo a todo pulmón Megan, dirigiendo sus brazos abiertos a las alturas.

Cuando la afanada científica abrió la cápsula, aquel cuerpo desnudo de niño salió muy confundido, y al instante tanto Megan como Diana se apresuraron a abrazarlo fuertemente.

— ¿Quién soy yo, y qué hago aquí?, preguntó aún más confundido el niño Mercury.

Diana lo tomó de la mano y lo abrazó también.

— ¿Quién soy y qué hago aquí? dijo el niño Mercury. Todos se miraron la cara y la reina Raddia respondió muy feliz: — Tú eres Mercury, no temas, esta es tu familia.

Mercury se acercó a la reina y la abrazó.

— Vamos a llevarlo al séptimo cielo para que recobre su conciencia a plenitud y en menos de cinco años se convierta en el nuevo Mercury. Allá va a aprender muchas cosas con los otros niños, dijo la reina Raddia.

— Yo quiero acompañarle, dijo Megan.

Megan ya había estado en Tierra azul, en el séptimo cielo, allá atendió a los niños que habían sobrevivido en las diferentes tragedias: muchos fueron llevados por sus ángeles guardianes. Otros fueron salvados por los maestros sagrados después del ataque del capitán Willians en el año 1710. En ese ataque naval fallecieron los padres de Darius, don Joaquín y doña Lucrecia.

En aquel naufragio Darius y otros niños fueron salvados y llevados a Tierra Azul por un grupo de ángeles llamados los Guardianes Celestiales comandados por la reina Vidrania. En aquel tiempo le tocó a Megan cuidar a Darius; el príncipe apenas tenía diez años. Un año después salió de Tierra Azul (en el sép-

timo cielo) hacia Europa (en el planeta Tierra) para continuar su educación, incluyendo las bellas artes, ciencia y defensa personal.

Darius a los quince años fue llevado a la Tierra del Sol para encontrarse de nuevo con Anabell en la misma ciudad.

CAPÍTULO XXXII

REENCUENTRO EN EL SÉPTIMO CIELO

Mientras tanto en la nave nodriza todos se preparaban para bajar a la Tierra. Una atmósfera llena de hermosas nubes se hacía presente en medio de un cielo rojo crepuscular. Muy cerca de una laguna rodeada de manglares en la falda de una larga cordillera, la nave logró aterrizar. Posteriormente cuatro naves salieron de la nave nodriza y cruzaron el portal de los relámpagos. Andrómini y Raddia se fueron al quinto cielo, Megan y Mercury se dirigieron al séptimo. Trunder y Marux también cruzaron el portal y posteriormente salieron Dariel y Diana.

No obstante, en la nave nodriza se habían quedado el rey Ónix junto a Vidrania reunidos con el rey Sor para realizar una convención que redefiniría el nuevo orden mundial, y reina Amanda, así como otros representantes estelares y del planeta Tierra, fueron convocados. El rey Sor sería el encargado de abrir la convención, ya que era un meganiano con sangre reptiliana materna (Ibis) y se buscaba que liderara a todos los reptilianos en la Tierra con un mensaje de paz.

El rey Sor, que tenía el rostro igual al de los humanos, a diferencia de su piel que era celeste metálico, buscaba también que reconocieran a su hija Iza como reina de los cuatro estados de las tierras antiguas, y poste-

riormente heredara la corona su nieta Isabel, quien era nieta a la vez de Amanda, su esposa (hermana de Séfora y Úrsula). Iza y el príncipe Zibel estaban preparando a su hija Isabel para que fuera la reina futura de los cuatro estados de las tierras antiguas del planeta azul.

La reunión había comenzado en la nave nodriza. El rey Ónix, Orix, Zibar, Moss, Morr, Arthur, Roddio, Tambo y otros ocho reyes, así como varios presidentes terrícolas, estaban decidiendo sobre la realidad terrestre y el nuevo orden. El mismo Roddio, nuevo comandante de los reptilianos, había aceptado que la nieta del rey Sor fuera la nueva reina de las cuatro naciones. El resto del poder sería repartido entre los descendientes de las siete tribus.

La reunión había terminado y la nave nodriza se preparaba para dejar el planeta Tierra. El rey Ónix finalmente salió del planeta azul para viajar al octavo cielo. Ross viajaría al noveno, pero antes visitaría los primeros cielos para ver el ascenso de los planos dimensionales, y junto a ello la toma de posesión de los nuevos reyes.

Mientras tanto, en la casa de Roberto y doña Graciela, había una nave suspendida bajo el crepúsculo. Era una de las naves del rey Ónix, la misma que trajo a la joven pareja, comandada por el maestro Seto.

— ¡Mi adorada Anabell, por fin estamos en tu hogar, el fantástico lugar donde tuvimos nuestro primer encuentro después de muchos años! Un escenario con los jardines internos más románticos que haya visto

en una mansión. Fue aquí donde cruzamos el primer portal, sin saber aún quiénes éramos, expresó Darius.

— Mi amor, llévame otra vez a ese jardín de rosas azules...

— ¡Claro que sí, volveremos allá! Pero por ahora, iremos en el coche a pasear por los alrededores.

— Sí, amado mío, vamos a hablar con mamá y papá para pedir su consentimiento.

— Vamos princesa, apurémonos antes de que se acabe el día.

Los jóvenes caminaron a la habitación principal. La joven tocó la puerta e inmediatamente salieron doña Graciela y don Roberto.

— Madre, Darius me invitó a pasear por los alrededores de la mansión.

— Déjame ver qué dice tu padre...

Don Roberto, quien estaba cerca, le contestó:

— Claro que sí, hija mía, vayan a pasear. Les recomiendo los jardines boscosos, con árboles color lila y fucsia que son una fuente de inspiración. Allí hay una buena vista al lago.

Anabell amaba a Darius y la idea de casarse y tener hijos no estaba lejos, pues ya ellos se amaban antes de llegar a la Tierra. Ambos salieron del palacete y se montaron en el coche para pasear por aquel camino de ladrillos y arenales con árboles color lila y fucsia lleno de muchas aves y mariposas. En el camino había un gran arbusto lleno de mariposas azules y plateadas. Muy cerca estaba Marine y su hija Natalia, observando cómo la naturaleza armonizaba con la brisa. A lo lejos se escuchaba la suave melodía de un violín: era Magento, el hermanito de Anabell.

— ¡Escucha Anabell esa tierna melodía!

— ¡Sí! ¿Verdad que es preciosa e inspiradora?, respondió la princesa. Creo reconocer esas notas musicales. ¡Qué emoción!... es mi hermanito Magento. ¡Hace mucho tiempo no lo veo!

Darius apuró el paso de los caballos que tiraban del coche, y rápidamente llegaron y se detuvieron frente al talentoso ejecutante. El príncipe bajó para ayudar a la princesa a bajar segura, y de inmediato Anabell dio dos pasos hasta abrazar al pequeño genio. Magento Esteban Rossi, a quien sus familiares cercanos llamaban “Mag”, había cumplido ya ocho años. Era muy pequeño cuando Darius comenzó a visitar a Anabell, encontrándose para entonces al cuidado de su tía María Rosa Rosim, hermana mayor de doña Graciela, y quien residía en España. La tía Rosim es una excelente violinista, además de destacada profesora de arte en una academia de Madrid. Se encargó de la educación inicial del pequeño Mag cuando este apenas tenía tres años de edad, y le enseñó a ejecutar magistralmente el violín y a crear obras de arte.

— ¡Mi hermanito querido! le dijo Anabell emocionada mientras lo abrazaba.

— Darius, conoce a Mag, mi hermano menor, de quien siempre te he hablado.

— ¡Hola Mag! Te felicito, ¡qué bien tocas el violín! También sé tocarlo... ¿me lo prestas?

— ¡Claro! con mucho gusto...

El pequeño muy gentilmente le cedió el instrumento a Darius, y este comenzó a interpretar la melodía favorita de su

prometida, *La Rosa Azul*, mientras iban por los caminos de piedras amarillas que conducen a los jardines boscosos.

— Anabell tomó de la mano a Mag y muy sonriente caminó al lado de su amado, avanzando al ritmo de la música. Cuando Darius finalizaba su interpretación, aparecieron Marine y Natalia en medio de un repentino remolino de flores y hojas secas.

— ¡Saludos, príncipes! expresó entusiasmada Marine.

— ¡Saludos Marine! ¡Hola Natalia! ¡Qué gusto verlas de nuevo por estos lados!, dijo entusiasmado Darius, mientras tomaba de la mano a Anabell.

El joven príncipe, sonriente, se dirigió a su prometida para decirle:

— Te presento a Marine, diosa de la naturaleza, y a su encantadora hija Natalia. Ellas son las encargadas de regir el mundo natural. Además, son grandes amigas de mi madre.

— ¡Hola Anabell!, se apresuró a expresar Natalia, para agregar luego: ¿Qué te pareció la sorpresa que te envió la reina Vidrania? Nos pidió que trajéramos a tu hermanito Magento, y con mucho agrado lo hicimos.

— ¡Gracias! Estoy muy feliz y agradecida con ustedes...

— Darius cargó al niño y siguió caminando con su princesa mientras conversaba con Marine.

— Natalia, entrégale a Anabell su regalo, mientras yo me transporto con el niño a casa de sus abuelos. Ellos estarán muy contentos y sorprendidos cuando vean de nuevo a Mag, dijo Marine.

— Sí, lo sé, dijo Anabell, mientras tomaba de los brazos de Darius a Mag.

Anabell lo abrazó fuertemente, lo besó y le susurró al oído: *Nos vemos luego*.

Al instante Marine caminó con Mag y desapareció en el camino, dejando muchas mariposas revoloteando por el lugar.

Finalmente Natalia movió sus manos y de la nada apareció una yegua plateada rodeada de una neblina.

— Anabell, esta yegua es un obsequio de la reina Vidrania. También es hija de Pegasus.

— Gracias, Natalia. ¡Qué yegua más hermosa me ha regalado mi suegra! Realmente me siento muy feliz, comentó Anabell con lágrimas de felicidad.

— ¡Darius! ¡Mira al final del camino, allá donde nace la luz del lago!

— ¿Ves el caballo que corre sobre las aguas y se dirige a nosotros? Ese es tu obsequio. Recuerda que tu madre te lo regaló hace tiempo, le dijo Natalia.

— ¡Gracias!, lo voy a disfrutar mucho al lado de mi princesa.

Darius tomó a Anabell de la mano y la ayudó a montar en la yegua. Posteriormente se montó en su corcel negro, y juntos salieron por un portal que Natalia abrió a orillas del lago.

CAPÍTULO XXXIII

EL PLANETA ZAFIRO

Los jóvenes cruzaron emocionados el umbral de energía que les abrió Natalia. Anabell con su elegante vestido de seda, se mostraba muy feliz volando con su yegua plateada al lado del príncipe.

— Oye Darius, voy a soltarme el cabello, sujétame por favor la sombrilla y el sombrero. ¡Este túnel en espiral es increíble! ¡Qué luces tan espectaculares se ven al final de este mágico portal!

— Sí princesa, es increíble, pero sujétate; hay una fuerza poderosa que nos arrastra hasta el final.

De pronto, esa fuerza fue creciendo hasta superar la velocidad de la luz y del pensamiento mismo. En ese instante, los dos hijos de Pegasus se fueron fusionando para convertirse al final en un fantástico ejemplar multi alado. A la vez, un nuevo ejemplar surgió de esa fusión: un corcel con luminiscencia plateada, con cuatro alas desplegadas que se desplazaba casi invisible por las líneas helicoidales desde el centro del túnel. Los felices jóvenes viajaban a tal velocidad que solo se podían comunicar con el pensamiento. Anabell sujetó a Darius con un sublime abrazo, mientras el joven guiaba el caballo de luz con su mano derecha, ya que en la izquierda tenía las prendas de la princesa: la sombrilla con encajes rosados y el sombrero.

Mientras viajaban, solo podían comunicarse a través de la mente, como si fuese un solo ser.

— Mi amor, no sé el porqué, pero te escucho con claridad en mi pensamiento; creo que estamos conectados por una gran energía, pensó Anabell.

— No te preocupes amor mío, es que en este portal hay algo especial que te está elevando la consciencia y despertando los recuerdos de tu vida pasada. Ya pronto sabrás quién fuiste antes de nacer en la Tierra. Mira aquella luz blanca que apareció en el frente, eso indica que estamos llegando al final del túnel.

Casi de inmediato los viajeros llegaron a la salida de la luminosa galería y se encontraron con una enorme esfera cristalina que esperaba por ellos. Esta esfera fue abriéndose lentamente hasta completar su ciclo.

Darius sin perder mucho tiempo saltó con Anabell desde su fantástico ejemplar alado y abordaron la extraña nave. Esta cerró su entrada y fue elevándose con lentitud, hasta encontrarse en el centro de la dimensión estelar. Allí se disparó a gran velocidad hasta que desapareció en el espacio.

Dentro de la nave un precioso ser salió del interior de una cabina. Era una esplendorosa mujer que fue a su encuentro; una mujer galáctica con cabello largo y un traje azul ajustado a su talle, de alta estatura y ojos azules, quien al ver a Anabell de inmediato la abrazó. Los condujo luego al salón frontal de la nave, que viajaba a tal velocidad, que no pudieron notar que cambió su forma esférica a la de un búmeran.

— Me alegro mucho de haber sido yo quien los recibiera, Darius. Estoy muy contenta por verte de nuevo. Y volviéndose a Anabell, le dijo:

— Princesa Zafir, soy Zetta, la hermana del maestro Seto. Él ahora mismo está en la Tierra a bordo de su nave, cuidando la mansión de tus padres hasta que ustedes regresen. Su nave se encuentra invisible sobre la atmósfera celeste. Zafir (Anabell), comenzó a recordar su vida pasada, adquiriendo nuevamente un nivel de consciencia muy elevado. Sonrió plácidamente, y tomó de la mano a Zetta para expresarle:

— ¡Ya recuerdo muy bien todo! ¡Oh, Zetta, mi amiga de la infancia! ¡Qué gusto volver a verte! Gracias te doy amiga y espero que me hagas saber muchas cosas más.

— ¡Qué bella estás, Zafir! Como programaron tus padres, naciste en la Tierra, solo que más hermosa. Me alegró saber que Darius siempre ha estado a tu lado.

— Y dime Zetta, ¿mis padres dónde están? Los del planeta Zafiro, mi madre Danna y mi padre Vega.

— Tu madre es la reina del planeta Megan. Fue secuestrada por las fuerzas oscuras, pero liberada recientemente. Tu padre el rey Vega, soberano del planeta Zafiro, la estuvo buscando por todos los mundos hasta que finalmente la encontró. Pero no te preocupes, ellos te están esperando en el planeta más precioso del universo. Danna fue secuestrada seis meses terrestres después que tú naciste en la Tierra y fue llevada al micro mundo. Fue liberada cuando acabamos con la energía de Malekí, cuyas fuerzas aliadas fueron debilitándose y muchos de ellos abandonaron

los espacios dominados, retirándose a los abismos de los mundos bajos, es decir, a sus lugares de origen. Pudimos entonces liberar a Danna y entregarla a los brazos del rey Vega, tu padre. Él le llevó de inmediato al planeta Zafiro, de la constelación Casiopea, a donde nos dirigimos en este momento.

— Este viaje era una sorpresa para ti, pero ya lo sabes. Todo fue planificado por la reina Vidrania, con el fin de que te reencuentres con tus padres dimensionales. Pronto llegaremos a Zafiro, planeta que está a más de veintiún años luz de la Tierra, y será descubierto por los astrofísicos terrestres en menos de trescientos años. Algún día, parte de los habitantes de la Tierra estarán viviendo en diferentes planetas. Algunos de ellos vivirán en Zafiro, cuya masa es cinco veces mayor a la de la Tierra (Atterra). Otros viajarán a diferentes constelaciones. La gente primitiva de la Tierra en una época muy remota vivió en la superficie de Marte y después en el subsuelo, hasta que dejó el planeta debido al intenso calor. Tanto ellos como los habitantes de los continentes desaparecidos vivieron en la Tierra por muchos años hasta que cumplieron su misión.

— Algunos hoy en día viven en montañas y cuevas del planeta Zafiro (planeta luz Divina) y otros regresaron a Megan (sabiduría del universo). Existe un infinito número de estrellas con diferentes nombres, e incalculables constelaciones. Los nombres son supuestos, dependiendo de dónde y quién las esté observando; al final este universo es la obra de arte más hermosa que soñó y creó el único Dios, el Padre de

la vida y el amor Divino (Yo soy, Yavet, Alá) como lo queramos llamar, Él es uno y único, es alfa y omega y está en cada uno de nosotros.

— Muy bien, príncipes. ¿Qué tal si continúo luego con la charla y nos preparamos ahora para el aterrizaje? Voy a abrir los paneles de protección de las ventanas frontales, para que puedan observar los anillos cósmicos de luz que rodean al planeta. Observen los destellos rojo y azul violeta que se reflejan en el hemisferio norte de la atmósfera de Zafiro. Si observan bien, verán los movimientos de la lluvia de gemas que se desprenden de los volcanes activos.

— ¡Qué hermoso espectáculo! Estoy disfrutando a plenitud este momento, me siento feliz, dijo pausadamente Anabell, a lo que Darius respondió:

— ¡Este es uno de los planetas más hermosos del cosmos!

— Sí, y realmente en la infinitud del universo, los planetas son incontables. Solo el Dios supremo, el Creador, tiene la cabeza en el Cielo y sus pies en los planetas; solo Él sabe lo grande que es su creación, agregó Zetta.

— Quisiera llegar ahora mismo, estoy ansiosa por ver de nuevo a mis padres, musitó entusiasmada Anabell al tiempo que suspiraba.

— Muy pronto estaremos con ellos, amor mío, expresó Darius complacido.

Finalmente la nave aterrizó y los príncipes de inmediato observaron los grandes edificios con increíbles cúpulas de cristal rodeados de montañas rojas y azules. En el centro de las grandes edificaciones había colosales estatuas de zafiro tallado, seguidas de un

amplio camino con hermosos jardines exóticos que conducía al majestuoso palacio del rey Vega.

Una vez estabilizada la nave se transformó en esfera, y fue abriendo lentamente su cúpula de cristales. Zetta le suministró unos artefactos circulares y al posarse los príncipes sobre ellos, se elevaron y salieron para dirigirse a la entrada del palacio. Su hermoso caballo los seguía desde las alturas y poco antes de llegar a la entrada se desvió hacia las montañas, donde desapareció como si fuese un punto de luz.

Varias carrozas sin ruedas y provistas de bandas magnéticas en la parte inferior, llegaron para recibir a los jóvenes monarcas. Cuando estos se encontraron frente a la estructura se abrió una entrada holográfica, desde la cual aparecieron varios cuerpos físicos: Eran la reina Danna y el rey Vega (escortados por su séquito), quienes caminaron de prisa para abrazar a su radiante hija y su prometido.

— Zafir, ¡que hermosa estás!, le dijo su madre, evidentemente feliz.

En tanto su padre también la abrazaba fuertemente, para decirle al oído:

— ¡No veíamos la hora de volver a verte!

— Y yo, en cuanto recobré la consciencia, solo pensaba en ustedes y en este momento, acotó Anabell.

Danna tomó de la mano a Darius, y después de abrazarlo cariñosamente, lo invitó a pasar al palacio.

— Zetta, acompáñanos por favor, pidió Anabell.

Todos entraron a palacio por la puerta camuflada que después se invisibilizó. El palacio tenía un dise-

ño de ensueño, donde sus seis torres se perdían en las alturas, los ventanales se abrían y cerraban con el pensamiento y los balcones eran cerrados, camuflados con la luz del área. Cuando finalmente estuvieron todos adentro en medio de elevadas columnas de estilo corintio con piedras en las hojas de acanto, y rodeados de fuentes en un jardín central que lucía pequeños rosales azules, Anabell emocionada le exclamó a Darius:

— ¡Mira todas estas hermosísimas rosas azules!

— Sí amor mío, son las rosas de tus sueños, tus preferidas. Fueron traídas desde el planeta Megan por tu madre especialmente para obsequiarte este bello momento de satisfacción. Ella sabía que te ibas a emocionar, pues siempre fueron tus preferidas.

— Sigamos hasta el salón principal, indicó Danna.

Todos entraron al majestuoso salón y se sentaron a charlar amenamente. Darius se ubicó al lado de su prometida y la tomó suavemente de la mano. Así fueron transcurriendo los minutos, entre anécdotas y recuerdos. Vega y Danna no se cansaban de hablar y preguntar, entusiasmados con la presencia de su adorable hija, a quien con insistencia le mostraban una sublime sonrisa. Al cabo de aproximadamente una hora, el rey Vega se levantó y pidió a Darius con amabilidad que hiciera lo mismo, para que le acompañara a un salón privado.

— Entremos, te enseñaré los famosos mapas estelares de todas las estrellas en este hemisferio, le dijo al llegar a la puerta.

Solo unos pasos después, se detuvieron ante un visualizador holográfico.

— Estamos frente al visualizador más potente del universo. Fue diseñado por la princesa Megan como un obsequio especial para el rey Ross. En él puedes apreciar todos los astros habidos en este hemisferio universal. Por ejemplo, esta es la famosa constelación Casiopea, nombre asignado por los humanos del planeta Tierra. Vista desde Zafiro pierde su figura constelar, por lo que para nosotros es un cúmulo de estrellas codificadas numéricamente. Este otro sector es el Z25:190, constituido por Zafiro, veinticinco estrellas y ciento noventa planetas. En el otro extremo está el M10:70, que constituye el área donde está la estrella y el planeta Megan; en cambio la Tierra está en la zona terrestre A: 51: 9, de tal manera que todo el plano estelar está codificado de la misma forma hasta la última estrella del hemisferio, que sería Alfa Centauri 3E AB.

Al cabo de más de una hora, tiempo en el que hablaron amplia y detalladamente de los planos siderales y su correcta lectura, optaron por volver con la reina y la princesa, quienes de seguro le estarían esperando. Cuando llegaron y entraron al salón, Anabell se levantó de inmediato y se acercó a su padre para besarlo tiernamente en la mejilla. Posteriormente abrazó a Darius y lo condujo luego tomados de la mano hasta el jardín de las rosas azules. Anabell tomó una de ellas y se extasió inspirando el aroma. Mientras, Darius introdujo la mano hasta el fondo en un pequeño ma-

nantial que fluía entre las flores, donde nadaban peces dorados y cristalinos. Tomó una piedra de zafiro azul con hilos de plata y líneas de oro, para colocarla con delicadeza en la mano de su amada.

— Toma mi vida, quiero que la guardes como testimonio de lo que siento por ti, que es un algo más que amor infinito.

Tras haber escuchado tan románticas palabras, la princesa y el joven galante se fundieron en un abrazo, estrechándose con mucho ímpetu, como muy pocas veces lo habían hecho. En la misma escena un largo y sentido beso fue protagonizado por los labios de ambos, sedientos de pasión y colmados de satisfacción.

Al poco rato, el rey y la reina se acercaron al jardín hasta llegar a ellos, y entonces Vega los acogió en sus brazos para expresarles con dulzura:

— Nos ha hecho muy felices verlos y tenerlos aquí tan contentos. Sus ojos destilan alegría y felicidad.

— ¡Bien, bien, bien! Todos estamos muy emocionados pero es hora de ir a descansar, dijo la reina fijando su mirada en Anabell.

Danna y su hija se dirigieron a su aposento, y Darius y el rey hicieron lo mismo en dirección a los suyos. Esa noche madre e hija optaron por dormir juntas, por lo que el rey Vega se dirigió a una habitación contigua a la de su yerno.

Al amanecer del siguiente día, Anabell se levantó muy temprano. Su prometido seguía durmiendo gratamente en su amplia cama vestida con sábanas azul marino, con la oscura banda tapa ojos colocada aún en su lu-

gar. La cama estaba ubicada frente a un amplio ventanal que permitía disfrutar de una hermosa vista al lago. El sol en su arribo comenzó a cubrir las encantadoras montañas de zafiro rojo y rubí, incendiándolas de vida y armonía, mientras dejaban escapar cromáticos destellos contra los muros del palacio real.

Anabell y su madre desde el balcón pudieron apreciar el maravilloso espectáculo, mientras la joven novia insistía en despertar con la mente a su futuro esposo. — Despierta mi amor, estoy esperándote. Me agradaría mucho que compartiéramos la hermosa vista que nos obsequia este amanecer.

Darius despertó de inmediato ante el llamado de Anabell y se acercó al ventanal, logrando ver parte del gran espectáculo de la aurora en el planeta Zafiro.

— ¿Viste esa hermosura mi amor?, le preguntó Anabell telepáticamente. Me gustaría que fuéramos a pasear al lago. ¿Quieres que vlemos a caballo hasta la bahía?

— Sí, me parece muy bien. Haré lo que tú quieras, amada mía. Ya me alisto y voy a tu encuentro.

En pocos minutos Darius estaba atravesando la puerta holográfica y llegó al salón real en busca de Anabell. Ella apenas vio que salía del umbral holográfico corrió hacia él y lo abrazó. Ambos ignoraban la sorpresa que les aguardaba: el rey y la reina habían preparado un agasajo, para lo cual pidieron a todos los cortesanos y a los invitados, que vistieran ataviados con ropaje a la usanza del siglo XVIII. Los hombres lucían sombrero, traje y bastón; las damas se exhibían con vestidos de encaje, sombrero y paraguas.

Llegado el momento de la sorpresa, todos los invitados entraron velozmente y sorprendieron a los jóvenes visitantes, dándole un ambiente antañón al agasajo. El corazón de Anabell palpitaba de contento, pero cuando realmente se emocionó fue al ver aparecer un portal de energía con luz y reflejos de espejos, de donde salió la reina Vidrania hermosamente trajeada. Ella era la autora intelectual de todo este evento sorpresivo. — ¡Madre! ¿Qué haces aquí? preguntó Darius a viva voz, sorprendido por la recién llegada. Solo a ti se te ocurren estas cosas, ya te estaba extrañando. Ven madre, déjame abrazarte...

Cuando se hubo separado de su hijo luego de un efusivo abrazo, Vidrania se acercó a Anabell para también abrazarla. Luego de los respectivos abrazos y saluciones de rigor, en escasos minutos todos conversaban afectuosamente en el colosal festejo.

Los reyes anfitriones no paraban de hablar de su hija y su futuro esposo con los invitados. A su vez, los enamorados conversaban muy contentos con todos. Algunos de los asistentes al agasajo habían llegado a tempranas horas desde el planeta Megan y otros planetas vecinos.

Y así, entre bailes, brindis y entretenidos diálogos, fueron transcurriendo las horas en el marco de la elegante recepción festiva en el palacio del rey Vega. Tan pronto pudieron hacerlo, Vidrania y Danna se retiraron del salón para ir al balcón principal. Allí, comenzaron a planificar el futuro de la pareja de príncipes.

— ¿Qué opinas de que se casen nuestros hijos aquí en Zafiro?, propuso Danna.

— Creo que por ahora no será. Anabell quiere vivir unos años de romance con Darius antes de casarse, apuntó Vidrania. Ella todavía sueña con ese romance que fue interrumpido por Malekí. Darius en cambio, quería casarse y viajar con Anabell por algunos planetas en su luna de miel, para disfrutar a plenitud del universo. Pero al final terminó complaciéndola, y se hará como desea ella. Él la quiere mucho y acepta todas sus propuestas. Van a seguir viviendo en la tierra, aprovechando la mejor época como novios hasta que de mutuo acuerdo decidan casarse.

— Sí, el siglo XVIII es la mejor época de todas, agregó Danna.

— Bueno, ellos toman ya sus propias decisiones, y no nos queda más que apoyarlos en todo lo que se propongan a hacer, indicó Vidrania, para luego agregar:

— Creo que es tiempo de retornar al salón; ya habrá ocasión para organizar el matrimonio.

— Sí, vamos antes de que finalice la tarde.

Mientras tanto, en un aparte momentáneo que tuvo la pareja de novios entre conversación y conversación, él planteó:

— Mi amor, ¿qué te parece si vamos al lago solos tú y yo?

— ¡Claro! mi amor, estoy de acuerdo. Pero primero debemos pedir permiso a mis padres. ¡Ah, mira!, precisamente allá viene mi madre junto a la tuya.

— Madre, Darius quiere que vayamos a recorrer el lago antes de caer la tarde.

— Está bien, vayan, Vidrania y yo nos encargamos de los invitados.

CAPÍTULO XXXIV

LA BODA

Los jóvenes novios caminaron tomados de la mano hacia la torre norte, frente al amplio ventanal de cristales. Darius llamó a su caballo alado y en cuestión de segundos el hermoso ejemplar estaba frente a sus ojos. Montó, y de inmediato ayudó a Anabell a montar a sus espaldas, y ella sin perder tiempo rodeó el torso del jinete con sus manos, apoyando sutilmente la cabeza sobre la nuca de Darius.

En instantes, surcaban los aires disfrutando del hermoso paisaje. El fino vestido blanco de encajes morados se movía con el viento, y ella mantenía la sombrilla cerrada y el sombrero lo aprisionaba con su mano izquierda, de manera de que ninguna prenda abandonara su lugar. Iban sobre la cordillera norte, de formaciones de zafiro rojo, evitando sobrevolar el lado sur donde se encuentran los grandes volcanes, que expulsan en sus erupciones piedras preciosas y gases conteniendo partículas de polvo cósmico, que al recibir los rayos del sol irradian luces multicolores, convirtiendo a Zafiro en el planeta más cromático y brillante de todos. Zafiro a pesar de tener cinco veces la masa del planeta Tierra, carece de este valioso elemento (tierra, arena). Es evidente la escasez, por lo que la tenencia de lotes aptos para la agricultura, se convierte en una bendición para quien los posea.

Los jóvenes paseantes luego de haber podido divisar gran parte de las bellezas del planeta, decidieron bajar al brillante lago.

— Creo que este es el lugar que nos recomendó la reina Danna. Aquellas de allá parecen ser las embarcaciones de las que nos habló...

— ¡Sí! desmontemos y tomemos una de esas barcas, Darius.

Así lo hicieron, y al cabo de unos pocos minutos remando, el joven le comentó a su novia:

— ¡Mira esas montañas, mi amor! ¡Vamos! Debe ser allí donde se encuentran las cuevas que alojan a los unicornios. Dicen que en el corazón montañoso existen cavernas que permanecen iluminadas día y noche, dado que sus paredes están formadas por millares y millares de luminosas piedras preciosas que despiden luz constantemente. Precisamente los unicornios que allí habitan se encargan de la custodia de estas grutas, junto a un grupo de hadas que actúan como vigías para anunciar cualquier amenaza o peligro que se aproxime.

— Sería interesante visitarlas y conocer esos lindos caballos con cuernos y a las mágicas hadas, dijo emocionada Anabell, decidida a emprender la aventura.

— Estoy de acuerdo contigo. Pero recuerda lo que dijo tu padre: en las profundidades de las cuevas viven gigantes seres transparentes que se mimetizan con los colores de los muros de corindón. Y aunque son seres sabios, amigables y llenos de amor y pureza, debemos ser cautelosos.

— Me gustaría conocer a esos seres, a los unicornios y a las encantadoras hadas; aunque no sé si sería mejor dejarlo para una próxima ocasión, Darius.

— De acuerdo, Anabell. Será en otra oportunidad que tú escogerás cuando lo desees. A propósito, mira a tu derecha. Quiero que vayamos a esa playa de arena violeta y agua cristalina; podría ser un lugar muy romántico. Pasemos un rato allí... Aquella orilla me parece un lugar ideal para lo que quiero: caminar descalzos por toda la costa hasta agotarnos de felicidad...

— ¡Claro, lo que tú digas, mi amor! Además, creo que allí estaremos más cerca de las cavernas, y el destino pudiera tenernos como regalo el encontrarnos con un unicornio, expresó sonriente y satisfecha Anabell, quien sin esperar que Darius llevara por completo la barca a tierra firme, se lanzó a las aguas luego de despojarse de sus zapatillas.

— ¡Alcánzame si puedes!, le gritó contenta a su amado, al acelerar la marcha.

Darius soltó los remos y se quitó la camisa para perseguirla.

— Atrápame y te daré un beso, le gritó la mujer mientras corría.

Finalmente el príncipe logró alcanzarla, la tomó en sus brazos y la llevó a la sombra proporcionada por unos exóticos uveros de playa. Con ella todavía en sus brazos, se sentó sobre las suaves arenas mirándola fijamente a sus ojos. Acarició su mejilla y la besó en sus carnosos labios. El corazón de Anabell latía deprisa y parecía querer salirse de su pecho.

— *Te amo Anabell*, susurró el amante joven mientras acariciaba sus cabellos.

Repentinamente, la novia lo miró fijamente y sentándose a su lado, lo tomó de ambas manos

para expresarle con evidente alegría:

— ¡Quiero casarme contigo! Desde que llegamos a esta playa es un pensamiento que no ha abandonado mi mente, como si algo mágico hubiera tocado las fibras de mi amor por ti. La duda es, que si nos casamos en Zafiro o en la Tierra. De hacerlo aquí, tendríamos que dilucidar cómo haremos con mis padres terrestres, y si nos casamos allá no sé cuál podría ser el lugar ideal.

— Tranquila, lo mejor será preguntarle a mi madre Vidrania, ella es especialista resolviendo este tipo de situaciones.

— Sea donde sea, quiero casarme lo más pronto posible para que tengamos descendencia, Darius.

— ¡Epa, epa! Vamos por pasos mi amor, estás muy acelerada ja, ja, ja.

— ¡Sí! Estoy acelerada. Esto que siento por ti me acelera. ¡Te amo mucho, mucho!

Darius se incorporó para luego arrodillarse y escribir en la arena: TE AMO ANABELL, con dos corazones dibujados a los lados. La tomó por las sienes y luego de un acariciante roce a sus labios la besó tiernamente en la frente.

La bonita escena de amor fue abruptamente interrumpida cuando de una cueva cercana de la cual no se habían percatado, comenzó a salir una escarcha blanca seguida de cientos de mariposas luminiscentes, que fueron revoloteando sobre sus cabezas hasta alcanzar la delicada tez de Anabell, a quien con muy sutiles toques (una especie de mensaje codificado, quizás) estimularon para que se levantara. Ella se le-

vantó danzando y poco a poco sin perder el ritmo, se fue acercando a la entrada de la cueva de corindón.

Darius la observaba con atención, y pensaba en lo agradada que estaba la princesa. *Este lugar es tan mágico, que ahora Anabell quiere casarse lo más rápido posible. ¡Qué feliz me siento!*, se dijo a sí mismo, mientras se apresuraba a alcanzarla antes de entrar. La intranquila enamorada sin darse cuenta fue adentrándose en la caverna, hasta que de lo más profundo escuchó salir un agradable sonido que casi logró encantarla. Para entonces Darius le había dado alcance y tomándola suavemente por la cintura, juntos fueron caminando con lentitud hasta una especie de pórtico interior cristalizado. Al traspasarlo pudieron observar a un extraño niño con un cuerno dorado que salía de su frente. El niño se acercó y les dijo:

— No teman, soy Charly, el príncipe unicornio. Sé quiénes son ustedes y solo pasé por aquí para saludarles. Ya me retiro, mis padres no saben dónde estoy.

Seguidamente, el pequeño fue desmaterializándose y rearmándose de nuevo para convertirse en un atractivo unicornio con alas, que de un gran salto alzó vuelo entre las pequeñas criaturas voladoras que proyectaban luces.

— ¡Qué hermoso sería conocer y poder tocar una manada de unicornios!, expresó consternada Anabell.

— Sí, amada mía. Hay muchas cosas que parecen envueltas en un profundo misticismo tanto dentro como fuera de estas montañas. Pero lo mejor ahora será retirarnos de aquí. En una próxima visita a Zafi-

ro viviremos tantas aventuras como queramos, hasta que nuestra curiosidad quede saciada por completo.

— ¡Sí, vayámonos! Se hizo tarde y nuestros padres deben estar angustiados, pero principalmente, vayamos a dar a todos la noticia de nuestra decisión de casarnos muy pronto.

Darius llamó con la mente al robusto equino alado y al instante el cielo se iluminó y apareció el caballo de luz descendiendo frente a ellos. Anabell se apresuró a acariciar su iluminada crin y quedó pensativa con la mirada perdida en los confines de la paz y el sosiego. Darius al observarla embelesada, le preguntó:

— ¿Qué nombre te gustaría para este fusionado animal, por demás leal y útil?

— Creo que *Crusoe* sería un buen nombre, en honor al aventurero Róbinson. ¿Te parece?

— Me parece un excelente nombre. En *Crusoe* vamos a recorrer los mundos posibles, amor mío.

Habiendo montado ambos en el caballo, este emprendió su vuelo sobre los hermosos paisajes del lugar en dirección al palacio. Al batir sus alas hacía flotar los delgados cabellos de Anabell, y estos se confundían entre los rojizos rayos del sol que iba muriendo sobre las brillantes montañas, en cuyas entrañas guardaba la naturaleza infinidad de minerales preciosos. Anabell se sentía realizada, estaba plenamente feliz...

Mientras tanto en la playa, una niña y un niño unicornios caminaban con el sombrero, la sombrilla y las zapatillas de la princesa Zafir, mirando al cielo cómo se alejaban los príncipes en el corcel de luz.

Un tercer niño amarró el bote a un árbol cercano a la orilla y tomó la camisa de Darius antes de dirigirse caminando a la entrada de la cueva.

Los núbiles príncipes llegaron a palacio por la misma ventana por donde salieron. Al saltar del caballo al balcón, encontraron a sus padres aguardando su regreso. Sin perder ni un segundo, Anabell corrió al encuentro con su madre, para darle la buena nueva:

— ¡Madre, qué día tan maravilloso he tenido! ¡Este paseo fue mágico de principio a fin! Tengo algo que decirte, algo que me hace muy feliz y quiero que me escuchen todos: Deseo casarme con Darius, y acabo de decidir que sea aquí en Zafiro esta misma semana.

— ¡¿Esta semana?! ¿A qué se debe este cambio tan repentino, Anabell?

— Hoy precisamente estuvimos conversando tu madre y yo al respecto, intervino Vidrania, y no logramos establecer una posible fecha, y ahora tú nos sorprendes con esto. Bien, no hay nada más que hablar entonces; habrá matrimonio, solo que en apenas una semana es muy pronto. Me complace que te cases con mi hijo, pero ¿no pudieran darnos un poco más de tiempo para arreglar todo?

— Bueno, ¿qué les parece si fijamos la fecha de la boda para dentro de un mes? Así tendremos tiempo suficiente para traer a mis padres terrenales, puntualizó entusiasmada Anabell.

— Si les parece bien, puedo decirle a mi hermano Seto que se encargue de traerlos. Precisamente él está cuidando de ellos, apuntó Zetta.

— Madre, estoy muy feliz. Anabell tomó esa decisión cuando estábamos en la playa. Algo mágico sucedió después de tomarla en mis brazos, pues al besarnos me miró fijamente a los ojos y me confesó su deseo de casarnos lo más pronto posible.

— Bueno Danna, nos toca abocarnos a planificar todo lo concerniente a la boda, y no tenemos tiempo que perder, sentenció Vidrania.

El rey se acercó junto a algunos invitados que escucharon la noticia, y abrazó a su hija deseándole lo mejor para ella y su futuro esposo. Lo mismo fue haciendo cada uno de los allí presentes.

Pasaron los días y todo en palacio seguía con un tono festivo, de alegría, de contento. La joven pareja seguía saliendo de paseo, y tanto Vidrania como Danna seguían dedicadas a organizar y dirigir todo lo que tuviera que ver con el matrimonio.

Apenas a una semana ya de lo que prometía ser un fastuoso evento, Darius le pidió a la novia que lo acompañara a los jardines internos de palacio para que pudiera ver la sorpresa que le tenía. Al llegar al sitio, se encontró con los dos seres que más ama en la Tierra.

— ¡Madre! ¡Padre! ¡Qué alegría verlos aquí!

— Hija, te extrañamos mucho todo este tiempo. Pero la emoción de saber que te casas con Darius, compensa todo lo que sufrimos sin ti, dijo emocionado don Roberto.

— Ven, cuéntame todo mi bella, tenemos mucho de qué hablar, señaló doña Graciela mientras la abrazaba y besaba repetidamente en la frente.

Anabell, doña Graciela y don Roberto se fueron a un pequeño salón anexo donde se sentaron y estuvieron conversando por varias horas. Justo cuando Anabell creyó haberles contado todo sin que escapara ningún detalle en tiempo y espacio, Vidrania y Danna se sumaron a la animada conversación hasta que la tarde fue despidiéndose y los invitados comenzaron a marcharse a la habitación correspondiente. La princesa acompañó a su madre Graciela hasta la habitación matrimonial asignada, y mientras caminaban la dama terrestre recordaba que no hacía mucho Anabell apenas era solo una niña, y ahora era toda una mujer. Al despedirse de su hija, le hizo saber lo orgullosa que se sentía con su cercano matrimonio.

De regreso al salón la princesa se topó con su papá y con Darius, quienes venían a la habitación de don Roberto. Darius se ofreció amablemente a escoltar a su suegro, quien al ver a su pequeña en el pasillo le preguntó altisonante:

— ¿Cómo está la niña de mis ojos, la razón de mi alegría, el motivo de mi felicidad?

Como única respuesta recibió de su hija un fuerte abrazo que se extendió en duración y alegría, hasta que Darius tomó de la mano a su prometida para acompañarla a la habitación, despidiéndose con un tierno beso luego de hacerle saber que en la mañana recorrerían los jardines con el grupo familiar.

En efecto, al siguiente día estuvieron durante el recorrido al lado de familiares y amigos cercanos disfrutando de la belleza de los jardines, y conversando

sobre temas relacionados con el matrimonio y uno que otro con su adolescencia.

Así ocurrió día tras día hasta que transcurrió un mes de aquella sorpresa. La joven pareja se fue preparando y asesorando en temas relacionados con las lides nupciales, hasta que finalmente llegó el día fijado para el casorio. En Zafiro hacía mucho tiempo que no ocurría una gran boda, por lo que los habitantes estaban expectantes y a la vez alegres por el acontecimiento.

En la recepción había mucho colorido. La decoración con rosas azules, las mesas vestidas con fina mantelería que remataba sus puntas en hilos de oro, banquete con más de cien exquisiteces para degustar, y un ejército de criados vestidos de librea color rojo fosforescente para atender con amabilidad y buen gusto a los invitados. A la excelente anfitriona reina Vidrania no se le escapó nada. Los músicos contaban inclusive con la sorpresiva presencia de Magento (el hermano de Anabell), quien sería el encargado de interpretar la marcha nupcial.

El Gran Salón Real estaba atestado de invitados, varios de ellos llegados desde Megan, Kepler, Ur, Tierra, Zafiro y muchos planetas más, pertenecientes a las galaxias vecinas, vestidos cada uno con el respectivo traje de gala típico. Los novios optaron por vestirse a la usanza del siglo XVIII. La novia lucía un traje blanco confeccionado en seda y encajes de tul bordado alrededor de las mangas. En la parte delantera tenía decenas de perlas y pequeños zafiros azules engastados en una especie de ancho cordón que ro-

deaba su cintura, y un delicado velo de organza blanca cubría su rostro como muestra de la pureza virginal de la princesa. El novio llevaba puesto un chaqué azul marino con chaleco gris y un corbatín azul intenso que hacían juego a su camisa blanca con elegantes flecos de organdí y un pantalón gris claro con rallas verticales gris plomo que resaltaban los largos plises proyectados casi hasta la rodilla. Las mancuernillas de plata usadas destacaban por su pulcro brillo con incrustaciones de zafiro azul, joyas cuya procedencia y orfebrería de confección eran las mismas que las lucidas por Anabell.

Entre los invitados se podía apreciar disímiles estilos y trajes, algunos elaborados con colores vivos como el dorado, el plateado y el rojo, algunos muy tallados al cuerpo y otros menos estrechos con accesorios variados y muy vistosos. Doña Graciela llevaba un elegante traje verde claro con una hermosa mantilla terciada en sus hombros, y una fina peineta de nácar nautilo en su cabeza. Por su lado, don Roberto vestía un chaqué negro con sombrero de copa y un pantalón blanco con bias de la misma tela del chaqué.

Todo fue transcurriendo con la sobriedad correspondiente en espera de la novia, quien arribó al altar del templo de Dios ubicado en el interior del palacio, acompañada del rey Vega y don Roberto, quienes la condujeron tomándola cada quien por uno de sus delicados brazos. En ese preciso instante salió de entre los asistentes un niño tocando con su violín la marcha nupcial, y con la melodía entonada pareció encantar mágicamente

a los presentes. Anabell se emocionó al ver a su pequeño hermano y quiso correr a abrazarlo, pero ya Darius la esperaba ansioso con una radiante sonrisa. Los papás de la novia la entregaron solemnemente al novio y el sacerdote comenzó el ritual de casamiento.

Posteriormente y después de los “sí” de ambos enamorados, se escuchó la tradicional conclusión de todo connubio:

— *Los declaro esposo y esposa, unidos en matrimonio para toda la vida. Puedes besar a la novia.*

Darius, pletórico de felicidad, apartó con delicadeza el velo que cubría el rostro de su ahora esposa, y en tierno beso que movió a emoción a todos los presentes, sellaron su unión. Todos lanzaron simultáneamente flores al aire cuando los recién casados se dirigían al salón para el legendario vals correspondiente, siendo don Roberto quien tuvo el honor de ser el primero en bailar con la novia. Lo siguió en esta prerrogativa el rey Vega, quien lucía un traje idéntico al de don Roberto. Llegado el turno de Darius, este tomó a su esposa de los brazos de Vega y comenzó a danzar con ella como en un sueño, donde sus pies no tenían contacto con la superficie sólida y parecía flotar emotivo y feliz. Sin darse cuenta de lo que ocurría en su rededor, de inmediato fueron flanqueados por decenas de parejas celebrantes del magno vínculo nupcial, es decir, casi todos los asistentes salieron a bailar.

De repente se detuvo la música y se escuchó la voz del rey Vega invitando a todos a pasar al salón del banquete, para brindar y degustar luego las *delicatessen* ofreci-

das en exquisita porcelana. Los nuevos esposos cruzaron sus brazos para tomar de la copa del otro, mientras se miraban con profundidad a los ojos. Sorbieron una vez, para luego besarse ardorosamente al tiempo que todos aplaudían con efusividad y entusiasmo.

De repente, sucedió algo sorpresivo que hizo mirar a todos al final del salón: la puerta virtual se materializó haciéndose visible, y aparecieron a través de ella el rey Ónix y Andrómini junto a Dariel, Diana, Marux, Ailuz, Raddia, Trunder y Gabriel, quienes se fueron acercando uno a uno a los recién casados para entregar sus presentes. Con todos reunidos, el nivel de alegría se elevó *ipso facto*, haciendo sentir las vibraciones positivas a lo largo y ancho del planeta huésped. Solo faltaban Megan y Mercury, quienes aún se encontraban en el séptimo cielo.

El arribo de la nave nodriza trayendo a los príncipes llenó de contento a los recién casados, al saberse rodeados de sus seres amados. Ambos pasaron de grupo en grupo y mesa por mesa atendiendo y compartiendo con sus invitados, tanto simples conocidos como familiares y amigos. Darius le ofreció una atención especial a su padre Ónix, confesándole lo feliz que se encontraba con su presencia, e igual hizo con su tío Andrómini, con Trunder (a quien abrazó fuertemente) al igual que a su hermano Dariel, a Diana y finalmente a la traviesa Zanetta, quien le confesó que todo el tiempo estuvo allí callada e invisible acompañando a su madre Vidrania.

— Sí hermano, te estuvimos cuidando durante los últimos días. Conozcan a mi amiga Sarah, ella también

tiene mis poderes, dijo Zanetta riendo ruidosamente a su hermano y a su cuñada.

— Soy Sarah Jennings y es un placer conocerlos, príncipe y princesa.

El rey Ónix se acercó para abrazar de nuevo a la princesa recién desposada, a quien le indicó:

— Sarah será tu amiga y protectora. Estará pendiente de tu casa cuando regreses de la luna de miel. Vivirá con ustedes en la Tierra después que recorran los planetas que escogieron para visitar.

— Gracias a Dios llegaron a tiempo; un poco tarde, pero a tiempo para la celebración.

— ¿Cuál es tu agenda para la luna de miel, hermano?, preguntó Trunder curioso.

— Vamos a pasar alrededor de una semana en Anvar, la quinta luna de Zafiro, porque a lo lejos nos parece la más hermosa y hasta dicen que es mágica. Posteriormente recorreremos algunos planetas y al finalizar el periplo iremos a la Tierra, lugar donde fijaremos residencia.

Al cabo de casi cuatro horas de alegre compartir con todos, Darius tomó de la mano a su esposa y sin más preámbulos atravesaron un portal que los conduciría a la luna Anvar, su primer destino. Al llegar, una increíble dimensión se hizo visible y en medio de un amplio jardín repleto de flores multicolores, pudieron avistar no muy lejos un caudaloso riachuelo alimentado por manantiales de agua cristalina, que nacían en la proximidad de la orilla y formaban parte del estupendo paisaje. Ninfas, delfines y mariposas abundaban embelleciendo aún más la hermosa vista.

Poco más allá, coronando una pequeña ladera, se podía divisar una modesta casa de madera con una torre de cristal en el centro, provista de amplios ventanales y ramilletes de flores colgando de la base de dos grandes balcones. Anabell soltó la mano de su esposo y empezó a correr hacia la estancia, pidiéndole que la atrapara si podía. Ya muy cerca de la vivienda, Darius le dio alcance y la tomó entre sus brazos, para entrar a lo que en pocos minutos se convertiría en su nido de amor. Al entrar en la habitación, se encontraron con un lugar increíblemente preparado para la especial ocasión: Una enorme cama vestida con sábanas blancas y una figura de corazón en el centro, hecha con cientos de pétalos rojos y en la mitad de este, una hermosísima rosa azul. Alrededor había varias velas azules encendidas, que le daban al lugar una atmósfera de placentero romanticismo. El príncipe, en su humildad de amante esposo, no quiso confesarle que él y su madre habían sido los autores intelectuales de tan acogedor ambiente.

Darius se sentó con su esposa en la cama y comenzaron a besarse con pasión, como inicio de la consumación del fuego de amor que ardía dentro de ellos. Ambos se entregaron sin restricción alguna al deseo del otro, y el éxtasis experimentado por cada uno de ellos, marcó el encuentro como uno de los más espectaculares actos de amor puro y sincero habidos en todos los tiempos.

Al cabo de una semana, y habiendo consumado a placer el hermoso romance vivido, la feliz pareja em-

prendió su recorrido por algunos planetas de la galaxia Lily M282 Casiopea Reúl, así como por otras galaxias y constelaciones vecinas, a través de portales estelares. Este recorrido se amplió a más de tres meses, hasta que decidieron retornar a la Tierra. Allí se instalaron en la mansión heredada por Darius, siempre amparados por los generosos padres de Anabell. Sarah se convirtió prontamente en su ama de llaves y mejor amiga, y junto a doña Graciela y don Roberto estuvo siempre pendiente del periodo gestacional y el parto de Anabell, quien finalmente dio a luz a preciosos gemelos a quienes nombraron Orín y Mira.

Antes del feliz acontecimiento, Vidrania y su hijo habían conversado en repetidas oportunidades con respecto a la discreción debida. Habían decidido mantener oculto el nacimiento, por cuanto se escuchaban rumores de que fuerzas oscuras conspiraban en la Tierra para dañar la estable felicidad de la pareja. Ante tal grado de peligrosidad, Vidrania prometió a su hijo estar pendiente para garantizar el equilibrio y la armonía estelar, por lo cual decidieron trasladar a los niños al séptimo cielo en busca de mayor seguridad.

Paralelamente, Sarah le comunicó a Vidrania que pronto debería marcharse pues su misión en la Tierra había sido cumplida satisfactoriamente.

— Infinitamente agradecida por tu eficiente desempeño, le dijo la reina, antes de agregar: Megan y Mercury regresarán a este planeta muy pronto.

Dicho esto, se dispuso a ingresar al portal que la había traído.

Mientras tanto, en el séptimo cielo estaban Dariel y Diana de visita. Desde que asumieron el reinado del tercer cielo, ambos se pusieron de acuerdo para invitar a Darius y Anabell a un encuentro en el séptimo cielo. Anabell recibió la invitación y se la pasó a Darius, quien se alegró mucho y juntos decidieron cruzar el portal de los relámpagos. Ya Anabell y Darius tenían veinticinco años y la Tierra vivía en constante paz y armonía.

No obstante en el séptimo cielo Dariel y Diana, quienes habían llegado desde el tercer cielo, esperaban impacientes la llegada de Darius y Anabell. De pronto se abrió un portal y unos rayos cayeron en los jardines de la séptima dimensión; junto al esplendor apareció una pequeña nave espacial que aterrizó en el centro del mismo jardín. Pero cuando aparecieron Darius y Anabell, ya todos los estaban esperando, especialmente Mercury, quien había dejado de ser un niño para convertirse ahora en un guerrero adolescente. Megan cuidó de Mercury desde que lo transfirió al cuerpo de niño; ahora con un cuerpo bio meganiano perfecto, Mercury tenía más cualidades de poder.

Mercury fue hecho a imagen y semejanza de Megan, y se parecía mucho a ella. Hasta tenía habilidades biotecnológicas avanzadas.

No obstante, Dariel y Trunder junto al resto de los guerreros estaban ansiosos por ver a Darius para abrazarlo y poder compartir con su hermano. Pero la sorpresa fue que en vez de ver a Darius con Anabell, vieron a dos niños tomados de las manos de Anabell

y Darius. Les presento al príncipe Orín y a la princesa Mira, dijo Anabell.

Los niños salieron caminando, cruzaron entre la gente saludando y sonriendo hasta encontrarse con el rey Ónix y la reina Vidrania.

— Abuelito, dijo Orín, y lo tomó de la mano.

— ¡Abuelita!, dijo Mira, y la reina extendió sus brazos y la levantó. El rey Ónix hizo lo mismo y besó a su nieto. La reina Vidrania se acercó al rey Ónix e intercambiaron los niños y juntos bajaron y se acercaron al resto de la gente, para presentar formalmente a los pequeños. Explicaron que la estricta discreción de su nacimiento, se debió al peligro que corrían por las amenazas de secuestro por parte de las fuerzas oscuras habidas para el momento.

El rey Ónix y Andrómini sonrieron. Andrómini tomó al príncipe Orín de la mano.

— Niños, vamos hasta la zona alfa, allí conocerán otros niños. Caminaron con ellos a la zona de recreación. Allí había muchos niños jugando. Saltaban y flotaban, cruzaban entre círculos de portales de colores. Miles de mariposas luminosas se paraban sobre los troncos de los árboles con flores amarillas.

Ónix llamó a todos los niños y los primeros en llegar fueron Rad y Xula (los hijos de Trunder y Marux) quienes cruzaron el espacio como dos rayos de luz. Después llegaron Anaid y Aire, los hijos de Diana y Dariel. También se encontraban entre los niños Luna y Otezz, los hijos del gran Seto.

El encuentro fue increíble. Dariel, Trunder y Darius volvieron a estar juntos y conversaron sobre el

talento de sus hijos, la nueva generación. También hablaron sobre la expansión de los cielos, pues con el tiempo, Trunder y Marux gobernarán en el octavo cielo y Darius será el nuevo monarca del séptimo cielo junto a su amada Anabell.

Después de un largo rato, el rey Ónix se acercó y levantó sus brazos frente a todos, miró hacia arriba y agradeció al dios creador del universo.

— *Oh Padre infinito y eterno, te queremos dar las gracias por todos los dones que nos has concedido, por darnos la confianza de ser los guardianes del campus celestial. Somos tus hijos amados, guerreros y protectores de toda tu creación, de tu mundo abajo y arriba, eres nuestro dios verdadero. Gracias por las bendiciones, por tu presencia de luz y de amor que nos acompaña en cada misión.* Finalmente todos se retiraron a descansar y al día siguiente los guerreros salieron en sus naves a las diferentes dimensiones.

El tiempo fue pasando y al cabo de diez años, Darius y Anabell junto a Megan y Mercury retornaron a Tierra luego de permanecer este tiempo en compañía de sus padres.

Mira y Orín volvieron al palacete legendario de la familia Rossi, donde desarrollarían los poderes que heredaron de sus padres.

Mientras, en la Tierra un nuevo mal trataba de ocupar el poder: un nuevo caudillo se rebelaba con ideas populistas. Zalocín quería el poder. Al mismo tiempo los reptilianos querían derrocar a su reina. Isabel era la nueva reina, y la llamaban “la elegida”. El rey Sor había perdido el control y pidió ayuda al

rey Ónix, quien inmediatamente envió a Trunder y Darius para restaurar el orden.

CAPÍTULO XXXV

EL SECUESTRO

Al cabo de un año, en las grandes extensiones de tierra del palacio de Anabell, estaban Mira y Orín paseando a caballo cuando vieron caer una bola rojiza de fuego. La princesa Mira corrió al encuentro:

— ¡Hermano, el que llegue primero!... dijo. Orín, quien estaba distraído, salió retrasado y la princesa le sacó mucha ventaja.

— ¡Espérame hermana!

Sin embargo, el príncipe Orín recordó que el caballo que montaba era un hijo de Pegasus.

— ¡Vuela Pegasus!, pronunció las palabras mágicas para que el corcel sacara sus alas y volara sobre aquel territorio dejando a la joven princesa muy atrás.

Finalmente el joven Orín se aproximó al extraño meteorito, que parecía arder en fuego. El príncipe se acercó demasiado y descubrió que esa enorme bola de fuego había dejado un túnel en la superficie de los campos. Bajó del caballo y activó su traje de protección y cruzó por el túnel.

— No lo puedo creer, dijo. ¿Quiénes son ustedes? le preguntó a dos mujeres que se escondían en la penumbra, y de pronto dos seres indescritibles salieron de las paredes del túnel y lo atraparon. Lo montaron en la nave de fuego, salieron del túnel y se alejaron a través de un portal de color rojo que estalló frente a la mirada

de la princesa Mira, quien acababa de llegar. La princesa encontró el caballo de su hermano frente al túnel. — Orín, ¿dónde estás? *No encuentro a mi hermano. No quiero ser negativa, pero creo que se lo llevó esa nave que salió*, pensó. ¡Oh no!, regresen a mi hermano, gritaba con lágrimas en su rostro. *Dios mío, tengo que avisarle a mamá*. ¿Quién me mandó a correr detrás de esa bola de fuego?, pensó, mientras montaba en su caballo blanco (otro hijo de Pegasus). Los dos caballos desplegaron sus alas y volaron al palacio en busca de Anabell.

Cuando Anabell se enteró, salió corriendo a buscar a Megan para contarle lo sucedido.

Megan y Mercury sorprendidos se comunicaron con Ónix a través de meditación astral. El rey muy alarmado solo alcanzó a decir:

— Se los han llevado los trogolitos a la galaxia perdida. Será difícil encontrarlos.

— ¿Qué pasa mi amor?, dijo Vidrania.

— Creo que los trogolitos o los vulcánicos han raptado al príncipe Orín. Que no se entere Darius, pidió.

— No, él por ahora no lo puede saber, dijo la reina.

— No sé qué hacer, creo que es mejor consultar a nuestro padre el rey Ross. Creo que no volveremos a ver al príncipe.

— Yo abriré el portal a la galaxia perdida y lo buscaré, manifestó Vidrania.

— No vida mía, podrían entrar muchos seres extraños y eso causaría un caos en el universo, respondió Ónix.

Andrómini se enteró y cruzó un portal.

— Hermano, usemos la pirámide del tiempo y evitemos el secuestro, dijo.

— Recuerda lo que sucedió en Atterra hace más de quince mil años, cuando tuviste que viajar en el tiempo para evitar la tragedia, le recordó Andrómini.

— Sí, lo recuerdo perfectamente. Esa es una historia que tendremos que contar más adelante frente a todos los guerreros para que conozcan la verdad, dijo Ónix.

No obstante el rey Ross se enteró y se comunicó telepáticamente con sus hijos, el rey Ónix y el rey Andrómini, y les dijo:

— Reúnanse todos, esta tarde estaremos allá, llegaré por el portal sagrado con mi hermano el rey Mor. Tengo que contarles algo sobre la pirámide del tiempo, sin ella es imposible rescatar a Orín, ya que viajar a la galaxia perdida está prohibido.

El rey Ónix, muy sorprendido, expresó:

— Ahora sí entiendo las paradojas y daños colaterales que aparecieron después que regresé del pasado.

— Sí hermano, pero regresaste a la vida a las siete princesas y acabaste con Malekí, además el mundo volvió a su curso; los pueblos sumergidos salieron a la superficie, acotó Andrómini.

— Creo que va a ser difícil rescatar al príncipe Orín sin la pirámide del tiempo. Tal vez más nunca lo volvamos a ver, pero vamos a esperar que lleguen Ross y Mor y que sea el propio Darius quien decida qué hacer, dijo Ónix.

— Sí hermano, tendremos que esperar, acotó Andrómini...
¿Cuál será la historia oculta de Aterra? ¿Qué cosa tiene que contar el rey Ónix sobre la pirámide del tiempo?

¿Qué pasará cuando Darius se entere del secuestro de Orín? ¿Podrá regresar Orín de la galaxia perdida?

Contenido

PRÓLOGO	7
CAPÍTULO I EL REENCUENTRO	13
CAPÍTULO II EL RETRATO	23
CAPÍTULO III LA ROSA AZUL	29
CAPÍTULO IV EL ENCUENTRO CON GATO BLANCO	35
CAPÍTULO V EL CASTILLO AZUL	39
CAPÍTULO VI EL EXTRAÑO CASO DE LA NANA ELENA	43
CAPÍTULO VII UN CORTO ENCUENTRO	51
CAPÍTULO VIII JUAN Y MARIE CRUZAN EL PORTAL	53
CAPÍTULO IX DARIUS DESARROLLA LA CONSCIENCIA	61
CAPÍTULO X EL GATO ASECHA	65
CAPÍTULO XI TRUNDER VIAJARÁ A LA TIERRA	67
CAPÍTULO XII LA LLEGADA DE SETO	69
CAPÍTULO XIII LA LLEGADA DE MERCURY	73

CAPÍTULO XIV EL SECRETO DEL REY ROSS	77
CAPÍTULO XV LA MAESTRA KWAN YING	81
CAPÍTULO XVI DARIUS Y ZANETA SE CONOCEN	85
CAPÍTULO XVII EL REGALO MISTERIOSO	87
CAPÍTULO XVIII CHOQUE DE ESPADAS	97
CAPÍTULO XIX LA CUARTA DIMENSIÓN	103
CAPÍTULO XX UN MISTERIOSO NAVÍO	105
CAPÍTULO XXI EL PACTO	111
CAPÍTULO XXII EL MISTERIOSO CELADOR	113
CAPÍTULO XXIII DARIEL ES CAPTURADO	117
CAPÍTULO XXIV LAS GÁRGOLAS	119
CAPÍTULO XXV DIANA SE SACRIFICA	123
CAPÍTULO XXVI DARIUS SE ENFRENTA A HUSMAN	127
CAPÍTULO XXVII EL REGRESO DE DIANA	131
CAPÍTULO XXVIII LOS TRES PORTALES	137

CAPÍTULO XXIX EL REGRESO DE ZIVA	145
CAPÍTULO XXX TODOS CONTRA MALEKÍ	147
CAPÍTULO XXXI LAS CAMAS REGENERADORAS	155
CAPÍTULO XXXII REENCUENTRO EN EL SÉPTIMO CIELO	165
CAPÍTULO XXXIII EL PLANETA ZAFIRO	171
CAPÍTULO XXXIV LA BODA	183
CAPÍTULO XXXV EL SECUESTRO	203

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 21 días del mes de julio de 2022, para ser presentado en la cuarta edición de la Feria Independiente del Libro de Maracaibo.